

andré lorulot

entre los lobos

novela de costumbres
anarquistas



André Lorulot

ENTRE LOS LOBOS

Novela de costumbres anarquistas

Traducida del francés por

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

Edición digital: C. Carretero

Están dedicadas estas páginas

A LA MEMORIA

de todos los que fueron víctimas de la represión y de la injusticia sociales, de aquellos que, por sus arranques irreflexivos o por sus impacientes deseos de un mundo más equitativo, han sucumbido a los golpes de la vindicta de las leyes.

A. L.

Nota:

El traductor había escrito un prólogo para presentar a André Lorulot y explicar su obra interesante y oportunísima; pero se ha visto precisado a retirarlo, porque, por su desgracia o por su fortuna, el tiempo lo dirá, es uno de los españoles a quienes en el momento actual les está vedado comunicarse con el público.

E. B. H.

Al lector

En los medios anarquistas hay hombres dotados de un gran valor moral, espíritus concienzudos y probos, idealistas sinceros y apóstoles convencidos. Debo proclamarlo aquí de la manera más solemne: este género de hombres no es raro entre los que luchan por la realización de un sistema social que nadie está obligado a aceptar, pero en el que son características innegables la elevación y la belleza.

¿Por qué vemos con tanta frecuencia surgir junto a estos hombres tantos degenerados sociales, tantos tarados irresponsables, tantos vanidosos preocupados por disfrazar sus apetitos con la careta de tan magnífico ideal? ¿Por qué la quimera de un mundo fraternal y justo es explotada por los peores intrigantes, bribones y parásitos?

Creo útil recordar al lector dos principios elementales: No es lícito condenar una idea porque algunos de los que en sus milicias se alistan sean indignos. ¿Qué religión, qué partido, qué secta no han contado entre sus adeptos gentes despreciables o grotescas?

Y no es más lícito generalizar, englobar en una misma reprobación a los que la merecen y a los que no la merecen.

Este libro no es, ni mucho menos, un ataque dirigido contra el anarquismo; pero responde fielmente a los dictados de la verdad. Yo no critico de un modo sistemático; en conciencia, describo de un modo equitativo y sincero los diversos tipos anarquistas que hago pasar ante los ojos del lector, ¿Podrá suceder que a nadie satisfaga?

Los detractores del anarquismo acogerán fríamente un libro del que no podrán hacer un arma nueva en la querella emponzoñada de los partidos.

Por el contrario, ciertos fanáticos me censurarán acaso el que no haya diluido y envuelto suficientemente la verdad, el que no haya colocado para el mundo anarquista una decoración mentirosamente embellecida,

Por fortuna, yo no pretendo "contentar a todo el mundo". He trazado las páginas que siguen con pluma leal; nada exageré; nada desnaturalicé.

Viví más de quince años de mi vida en la vanguardia del ideal. Viví en esos medios su existencia impulsiva, tan pronto trágica como ingenua, como generosa, como repugnante. Hablo con un espíritu advertido y adoctrinado; con un corazón sin odios y repleto de indulgencia; con un alma imparcial y con un ardiente deseo de ser útil; impidiendo

acaso exageraciones, faltas nuevas, crímenes odiosos y desgracias lamentables.

La pintura sincera de los "Lobos" me valdrá, indudablemente, muchos reproches... Yo los soportaré con serenidad y hasta con alegría si llego a adquirir el convencimiento de que estas páginas han contribuido a arrancar algunas víctimas al error ilegalista, al culto de la violencia y del odio.

A. L.

Quiero añadir que me propongo presentar mi relato en la forma más adecuada para evitar la menor polémica. Ninguno de mis personajes podrá ser "identificado". Hasta cuando los hechos que relato han acaecido realmente, he hecho todo lo necesario para evitar discusiones sobre personas. No se pierda, pues, el tiempo en un trabajo estéril de reconstrucción que cuidadosamente he hecho imposible con la distribución de papeles, la descripción modificada de personajes, etc., etc.

I

Son tal vez las siete o las ocho de la mañana. En diciembre, las mañanas en la comarca de la Beauce son tan lúgubres...

Las cosas de la tierra se pierden en el seno de una atmósfera vaporosa. Todos los caminos parecen cortados por la bruma, que pesa y oprime con hostilidad sombría.

Entre la neblina matinal se distinguen difícilmente detrás de la humedad flotante los edificios vetustos, los muros desiguales, las ventanas raras y estrechas, y un camino embarrado y desierto.

La primera casa de la población es una extensa granja. Con una especie de arrogancia se mantiene entre las casuchas acostadas unas sobre otras; a favor de la iniciación de la ruina en los muros, en el tejado, en todas partes, deja adivinar que muchas generaciones de trabajadores, algunas bien acomodadas, pasaron por allí

... Nada se mueve en el patio ni en los aledaños. Sólo en el primer piso una luz mortecina hace destacar las grandes

sombras que se alargan en las espaciosas habitaciones en donde dos viejos inquietos reposan.

De pronto una puerta se abre y aparece la rubia cabeza de una adolescente.

Gentil, avispada, bonita, proyecta en el sombrío cuadro una nota de alegría. Su paso ligero no turba el silencio, y el vaivén de su graciosa juventud parece presagiar días de sol.

Vuelve a la casa y se entrega a los menudos quehaceres cotidianos; pero su rubia cabeza se torna muchas veces hacia el camino, que todavía no se ve claramente, como si al través del lodo grisáceo y de la niebla esperase descubrir alguna cosa grata y buena.

Vuelve afanosa a sus quehaceres y a sus idas y venidas, atraída sin duda por los cuidados domésticos.

-Esperaba hoy una carta de Luis... ¡Qué perezoso!... ¿Vendrá para Nochebuena, como nos prometió?

Luis es el hermano mayor, el orgullo de toda la barriada, y la joven, a quien él llama "hermanita", Ivona, consagra al ausente sentimientos tiernos y admirativos a la vez. El hijo de los labradores ha estudiado un poco, y está empleado en París en la Caja de Depósitos y Consignaciones. Sus maneras y su lenguaje le diferencian mucho de sus antiguos

compañeros de la villa campestre, y como los ojos de las jóvenes tienen una singular complacencia para "el señorito Luis", los muchachos recelan de él y le tildan de orgulloso.

-Aún no es tarde. Acaban de dar las ocho. ¿Me llegaré a la Estafeta?.

Un andar pesado resuena en el primer piso; la madre mueve los trastos de las habitaciones, mientras el padre -el señor Mahieu- se ocupa en las reparaciones de los instrumentos de labranza entre los escombros del corral.

Ivona envuelve sus cabellos dorados en una toquilla de lana blanca, y se dirige a la puerta evitando los charcos fangosos que salpican el vastísimo patio.

En la Estafeta nadie hay. Sin duda el anciano cartero no acabó aún de dar su vuelta.

Ivona sale y avanza algunos pasos en el camino, intentando sondar con su vista la húmeda opacidad que envuelve la villa.

Un ladrido estridente le hace detenerse. Es "Turco", el can de los granjeros, que se aprovechó de hallar la puerta abierta para arriesgarse a dar un paseo. Un segundo ladrido, otro más otro..., toda una serie de gritos furiosos y lastimeros...

- Ha visto sin duda un vagabundo. ¡Ven acá, "Turco"!...

"Turco", como buen perro de campesinos, no quiere bien a los vagabundos. A pesar de los llamamientos de su ama, continúa gritando sin descanso.

- Espera un poco, que voy a buscarte.

Sin duda está muy cerca; pero la oscuridad lo cubre y sus lamentos continúan.

Dejando a la espalda el poblado, marcha Ivona en la dirección que marcan los ladridos, y apresura el paso porque aquel aire helado la traspasa y la entumece.

- ¡Papá!... ¡Mamá!... ¡Venid!... ¡Venid!

Ivona vuelve corriendo, con los ojos llenos de espanto, y allí abajo, en el camino invisible, los ladridos del perro se han convertido en quejas y en gemidos sin fin.

- ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? -interroga Mahieu saliendo del corral.

-Un hombre... muerto o herido... Está... muy cerca de aquí... tendido junto... al camino.

- ¿Qué historia del diablo es esa?

Mahieu es algo más que cincuentón. Sus rasgos, y sobre todo su mirada, traicionan la placidez clásica que da la tierra a los que pasan sus días inclinados sobre ella. En su alma quieta las decisiones se elaboran con lentitud; pero Ivona, impaciente, lo arrastra.

- ¡Ven, ven pronto! ¡Tú también, mamá!

La señora Mahieu sale, en efecto, de la casa, con un pañuelo de rayas anudado en torno de su faz rojiza. Hasta donde se lo permite su respetable gordura se apresura a seguir a su marido y a su hija, que desaparecen va por el camino impenetrable

"Turco" ladra siempre; sólo se interrumpe para oler una masa extraña que se alarga sobre la tierra. Mahieu y las dos mujeres se inclinan con emoción.

Se trata de un hombre joven correctamente vestido: la sangre coagulada fija sobre su frente un largo mechón de cabellos castaños; su rostro está espantosamente pálido.

- ¡Aun no ha muerto! ¡Aun no ha muerto! -exclama Ivona-. Su pecho se mueve. Vamos a llevarlo en seguida a casa.

El señor Mahieu se rasca la oreja; delibera...

- ¡Vamos pronto, papá! ¡No podemos dejarlo aquí! Vamos. Cógele por los brazos suavemente.

Así. Y tú, mamá, ayúdame a levantarlo de las piernas... sobre todo no lo sacudáis...

- Es un hombre que se habrá visto atacado- sugirió la madre al llegar a la casa.

- Puede ser... pero es muy extraño... el que un hombre que no es del país... venga aquí a que lo ataquen...

El señor Mahieu, visiblemente desconfiado, añade cuando han depositado al herido incógnito sobre una cama:

- Voy a dar parte a la gendarmería; es lo más seguro cuando ocurren estas historias...

Las sacudidas del transporte han sacado al herido de su letargo. Ya en el camino habla abierto los ojos, unos bellos ojos grises, agrandados por el sufrimiento. Al oír que se nombra a la gendarmería, tiembla y dice con voz muy débil:

- Por favor, buen hombre, no mezclemos a la Justicia en este asunto... No haría más que agravar las cosas... Yo se lo suplico...

Al cabo de un silencio un poco hostil, con un gran esfuerzo pudo añadir el herido:

- Yo lo contaré todo. En cuanto pueda abandonaré ésta casa sin causarles ningún disgusto: estén seguros de ello.

El señor Mahieu no se siente convencido y murmura:

- No está bien... no es cosa derecha... eso de quererse ocultar...

- Nada teman, absolutamente nada: estén tranquilos. Si yo quiero encubrir mi desventura es sencillamente por mi familia. Ya les contaré...

La conversación ha fatigado su cabeza ensangrentada y la deja caer sobre el almohadón.

- Seguramente, papá, que nada arriesgamos. A nadie diremos nada y asunto arreglado. Lo primero que hemos de hacer es colocarlo en el cuarto de Luis, y ante todo, cuidarlo y hacerle que tome alguna cosa... ¿Quieres ayudarme, mamá?... Tranquilízate, papá -añade más dulcemente-: en la cara se le conoce que no es un malhechor.

Mahieu calla. Al cabo de un instante, se retira con su paso lento. Su cerebro suspicaz se somete y su desconfianza queda desarmada -aunque no por completo- a favor de la defensa cariñosa de la rubia Ivona.

En cuanto a la madre, mujer de corazón excelente, no quiere sino que Ivona disponga, puesto que el padre consiente. Y las dos se apresuran a atender al herido silencioso, cuya mirada rinde a la joven un agradecimiento turbador.

El herido está ya instalado en el primer piso, en la habitación de Luis, que es la más bella de la casa. Se ha colocado ropa limpia en la cama de hierro casi nueva, y en el velador próximo hay vendajes, guata, una botella de vino añejo y un tazón de caldo caliente: testimonios de que las dos mujeres han dispensado al joven los cuidados exquisitos que tanto avaloran el alma femenina.

Las miradas del herido, cuyos rasgos fisonómicos están más aquietados, vagan en torno de la alcoba y se fijan con interés en muchas estampas claveteadas, sin marcos, en los muros blanqueados de cal.

La madre sigue los ojos del herido y explica lo que representan aquellos dibujos traídos de París por su hijo mayor.

Retratos de hombres célebres -dice-. Mi hijo tiene muchos y es muy devoto de "sus ideas"...

El desconocido descifra los nombres impresos sobre las cabezas de aquellos apóstoles de cabelleras flotantes, de barbas fluviales y frentes inmensas. En un sitio puede leer: Karl Marx. En otro: Babeuf. Están también allí los retratos de Jaurés, Guesde, Vaillant, Proudhon... Y este panteón parece interesar prodigiosamente al joven pálido de la frente vendada.

Ivona ha bajado a buscar un calentador para los pies del huésped, que ya conturba demasiado su tranquila existencia. Sin embargo, aun no le ha dirigido la palabra. ¡Incomprensible timidez! Ivona no es torpe y habla fácilmente con todo el mundo. Las conversaciones con los mozos no la desconciertan aun cuando se planteen en terreno tendencioso... ¿A qué se debe, pues, su emoción en presencia de aquel hombre?

¿Es la profundidad de su mirada lo que detiene en la garganta de Ivona las banalidades prestas a salir?

¿Impresionan tal vez su lenguaje y sus maneras a la joven campesina?

Cuando sus ojos se encuentran se apresura ella a bajar los suyos, y cuando quiere preguntarle alguna cosa, se sirve de su madre como de un intérprete. Y no es que el desconocido le inspire antipatía, ni mucho menos... ¡Todo lo contrario!...

La madre, plenamente tranquila, cuando puede hablarle de su hijo, se muestra gozosa:

- Es un muchacho muy inteligente y muy bueno. Seguramente hará carrera, porque es muy instruido, y no tendrá que penar para vivir como nosotros...; aunque nosotros no podemos quejarnos-, añade, con un poco de vanidad-. Hay otros mucho más desgraciados.

Ivona sube de prisa, rebosante de alegría.

- ¡Mamá, una carta de Luis!

- ¿De mi hijo?

- Sí. Ha estado un poco enfermo. Por eso no ha escrito antes; lo vamos a ver muy pronto: tiene un permiso de ocho días para Nochebuena y Año Nuevo.

- ¡Qué alegría! Va usted a conocer a nuestro Luis, y va verá cómo no he exagerado, señor...

- Renato.

- Pues bien, señor Renato; verá cómo es un guapo mozo, y muy valiente, a pesar de su cultura.

Se hizo el silencio, y las dos mujeres dieron el último toque al ajuar del herido.

"Renato -piensa Ivona-. Es un bonito nombre nada ordinario. En toda esta comarca no hay uno que se llame Renato."

Cierra la noche. Las obstinadas brumas de la mañana se hacen rápidamente más espesas. Fuera, ni un ruido, ni un resplandor. En la alcoba, limpísima, los rostros proféticos de

los muros se ahogan también en las sombras. y el herido dormita...

Suben la madre y la hija. Su llegada saca al joven de la somnolencia en que reposa desde hace algunas horas.

Colocan una lámpara junto al lecho, y su pobre luz hace que parezca n más oscuros los ángulos lejanos de la habitación.

- ¿No necesita nada? ¡Pobre hombre! ¡Cómo se han ensañado con él los canallas! Un golpe brutal en la cabeza, el brazo atravesado por una cuchillada y golpes en todo el cuerpo...

Estas palabras recuerdan al herido una realidad desagradable; una realidad de la que acaso estaba llamado a no acordarse. Su rostro se contrajo.

- Yo les contaré...

- No corre prisa. Ahora lo que le hace falta es descansar-
repuso la madre sin convicción.

- Será muy breve, porque es muy sencillo: Tengo un amigo rico, con el que hago muchas correrías. Ayer por la mañana salimos de París en su automóvil, para irnos a almorzar a Orleans. Pasamos el día agradablemente con algunos amigos de dicha ciudad, y ya era muy de noche cuando emprendimos el regreso. Con la ingrata neblina se nos apagó el buen humor y reñimos. Al principio fue una discusión

íntima, y después, no sé cómo, las palabras se envenenaron. Mis recuerdos están confusos; creo, sin embargo, que mi amigo, loco de rabia, me golpeó y me arrojó del coche...

- ¡Dios mío! -exclamó la madre-. ¡Y pudo haberle matado!

- Había bebido mucho... Ya sabe usted, pues, señora, la razón de haberme encontrado desvanecido en ese camino, después de pasar una gran parte de la noche a la entrada de esta villa, cuyo nombre ignoro...

- Sangy, señor, Sangy. Es muy pequeña; pero está junto a la carretera general.

Ivona comenzó a trastear como una diligente ama de casa.

La madre se aprovechó de ello y dijo, bajando el tono y sonriendo:

- Todo esto, a mi no se me oculta, son historias de mujeres.

Renato no dilo sí ni no.

- No es eso, precisamente... La aventura es muy desdichada; y por mi familia, por mi amigo y hasta por mí, deseo que no se sepa. Cuento para ella con ustedes. Interese también a su marido; a la vez que la vida pueden salvarme el honor, y les guardaré el más vivo reconocimiento...

Pero, ¿por qué Ivona se habla puesto tan pálida? ¿Por qué prestaba tan diligente atención cuando su madre, insinuante, preguntaba a Renato por las historias de mujeres? ¿Por qué se agitaba su corazón al evocar las correrías de que habló Renato? En torno de aquel hombre había, sin duda, mujeres, y mujeres lindas y coquetas, como son todas las de París... Pero este hombre es un forastero... Ayer ella misma ignoraba su existencia, Y hoy ya, por este desconocido, se podía asegurar que sufría la joven...

* * *

- Muy bien, hermanita; te encuentro cambiada.

- Te aseguro, Luis, que te equivocas.

- Veamos, Ivona: tú eras alegre, alborotadora y revoltosa, y ahora te encuentro soñadora y melancólica; Apenas si me hablas. Si no estás enferma, ¿qué tienes? ¿Ya no te merezco confianza?

- ¡Pero qué locuras estás diciendo!

Y lanzó Ivona una carcajada: después añadió:

- Déjame ahora que atienda mis labores: en los tres días que llevas aquí no he hecho nada.

- Espera un minuto; aún tengo que decirte otra cosa.
- Dila.
- Es con respecto a Renato. Tu actitud para con él me parece inexplicable. Nunca le hablas y hasta parece que tratas de huir de él. ¿Tienes con él algún resentimiento?
- Ninguno. Todo lo contrario.
- ¿Acaso te ha faltado al respeto?
- ¡Qué tontería! ¡Si es correctísimo!
- Pues no comprendo tu frialdad.
- No es frialdad... Es que... el señor Renato... no es un hombre de nuestro género... y debe encontrarme muy tonta.
- Si verdaderamente no tienes otra razón para huir de él, haces muy mal, querida Ivona. Es el mejor muchacho que hay en el mundo, y nada presuntuoso. Figúrate tú que....

Luis tiende por la estancia una rápida mirada para asegurarse de que nadie les escucha. Están completamente solos en la gran cocina del portal. A la madre la oyen barrer en el primer piso, y él padre se entretiene eternamente con los aperos del corral, que repara y adereza con extraordinaria lentitud....

- Figúrate tú que, desde mi llegada, hemos hablado mucho Renato y yo. Rápidamente hemos hecho amistad. Además, profesa como yo ideas avanzadas.

- ¿Y no es, como nos había dicho, hijo de unos comerciantes ricos?

- Sí; pero está un poco distanciado de su familia, precisamente a causa de sus ideas. Hemos discutido mucho, y este es un placer que no creía encontrar aquí... Hasta es más avanzado que yo; muchas veces, en nuestras conversaciones he tenido yo que reconocer la superioridad de sus argumentos.

En fin, hermanita, sus heridas están ya casi cicatrizadas, y creo que en la semana próxima podrá volver conmigo a París. Tendré la satisfacción de contar en la gran ciudad con un buen compañero, con un verdadero amigo. Vamos a seguir juntos, apasionadamente, el movimiento social...

Ivona no escucha o, por lo menos, no entiende. Mientras Luis desarrolla sus tesis favoritas y habla de socialismo, de propaganda y de mítines, está ella aplanada por la noticia: "La semana próxima partirá ya con dirección a París..."

¿Había supuesto ella que el joven eternizaría allí su presencia? ¿Por qué la apenaba la marcha de aquel extraño? ¿Por qué pensaba en él tan obstinadamente, hasta el punto

de que su antes queridísimo hermano Luis fuese ahora para ella una persona casi insignificante?

-Renato es un excelente muchacho, querida Ivona. Me extraña mucho tu actitud para con él; no me la explico.

Ya se ve que Luis Mahieu no era un psicólogo.

Rubio como su hermana, tenía el color sonrosado y gracioso el rostro; amplia chalina ceñía su cuello, y su vestido copiaba el de los artistas bohemios de París. En sus conversaciones afectaba un gran conocimiento de las cosas y de las gentes. Miraba el mundo un poco desde arriba, y estaba un poco envanecido de sí mismo. Pudiera decirse que era en el fondo un gran corazón, en el que había sembrado la gran urbe unos granitos de fatuidad.

- Si, querido Luis, ya reflexionarás y retirarás tú confianza a esos falsos redentores que no predicán la felicidad del pueblo sino para procurarse la suya con mayor comodidad.

La voz de Renato, convaleciente, se hizo más firme, y sus labios, finamente dibujados bajo un bigotillo gracioso, guardan en sus comisuras un pliegue irónico.

Los "falsos redentores" a quienes aludía eran nada menos que los pontífices socialistas, tan amados y admirados por su nuevo amigo Luis.

- La mayor parte no son sino arribistas, y no merece la pena el arrojar los ambiciosos y los aprovechados de la burguesía para reemplazarlos con hombres que repetirán sus palabras engañosas y que imitarán sus gestos tiránicos en cuanto lleguen al Poder...

Luis sufría cuando escuchaba estas blasfemias, y animoso intentaba la defensa de sus ídolos y de sus sueños.

- Creo que exageras, Renato...

- De ningún modo: los hechos me dan la razón plenamente.

- Porque te fijas en casos excepcionales.

Di más bien que los políticos sinceros son los que constituyen una rarísima excepción. Los traidores son los que abundan.

- Pero nosotros somos los que hemos de elegir nuestros hombres.

- ¡Qué ingenuidad! Ese es el sistema peor: el que más deforma y corrompe el alma humana, de suyo tan corruptible. A vuestros mejores militantes los, convertís en ventajistas y en picaros. Este es el resultado de lo que llamáis pomposamente la acción parlamentaria.

Y estalló burlona la risa de Renato.

- ¿Qué hay que hacer, pues, según vosotros?

- Aplicar integralmente las palabras de Marx: "La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos." Nada de delegaciones de poderes populares; nada de representantes bribones; nada de gobernantes defensores de la iniquidad...

- Pero eso que tú dices es la anarquía. Tú entonces eres...

- Llámame como quieras: me es igual. ¿Crees acaso que anarquistas como Reclus, Kropotkine y Tolstoy no valen más que todos vuestros politicastos?

Luis queda un poco asombrado ante las audacias intelectuales de su interlocutor. Este, además, tiene la ventaja de razonar serenamente y de poseer una dialéctica mejor ejercitada.

Cada día la discusión se hace más viva, sin dejar de ser cordial, y la resistencia de Mahieu es cada vez menos vigorosa. ¡Cuánto terreno ha cedido ya!... Cuando estemos en París yo te introduciré en nuestros grupos y te llevaré a nuestras conferencias. Allí verás hombres emancipados y conscientes a su contacto bienhechor comprenderás mejor estos problemas, y tu evolución será rápida.

Los últimos momentos de la vacación de Luis se hacen pesados y molestos. Ivona se abandona a la tristeza. Luis, por su parte, está nervioso: el espíritu idealista de este gran muchacho está fatigado por las controversias que con su amigo sostiene; éste, con un gran aplomo, sabe contestar a todo, y sus palabras dejan a Luis dudoso y febril.

Hasta durante la noche persiste su agitación mental; impotente para cerrar los ojos, batalla siempre indeciso con las grandes quimeras que se disputan la presa de su cerebro joven...

- ¡Anarquía!...

Esta palabra se agita como un terror sangriento. ¡Anarquía! Su nombre espanta y fascina al mismo tiempo. ¿Quiénes son los anarquistas? ¿Qué quieren? ¿En qué se diferencian de los demás hombres? ¿No sería prudente huir de ellos?

- ¡Qué teorías más pobres las tuyas, querido Luis! -La voz de Renato le perseguía en su insomnio:

- Todos nuestros males vienen de la autoridad; la del cura, la del guerrero, la del legislador, todas son nocivas. ¿No es tan esclavo el pueblo en las Repúblicas como en las Monarquías? El colectivismo no mejorará nada; en él habrá directores y parásitos y la masa de los productores se verá esclavizada siempre. ¡Progresos ilusorios! ¡Promesas embusteras!

La anarquía, por el contrario, soluciona definitivamente el problema social; coloca al hombre en el puesto que le corresponde en la naturaleza Nada de leves ni de amos; el trabajo libre y el consumo libre. Esta es la organización fraternal y consciente de los hombres, que llegan a ser todos Iguales en derechos. Las ruedas inútiles desaparecen y la dicha y la abundancia reinan...

Esto es lo que quieren los anarquistas. No nos dejemos engañar por los que los presentan como dinamiteros y como locos... ¡La anarquía es el porvenir de la Humanidad!

Tú vendrás con nosotros; Luis, a la vida libre y bella, a la vida sin trabas ni servidumbres...

... Y los argumentos perentorios de Renato arrollan las tímidas objeciones que se ofrecen al espíritu de Luis, le apremian por todas partes y el joven apenas se atreve a murmurar:

- Seguramente, todo eso es soberbio; pero ¿se puede realizar? Ese maravilloso Paraíso Terrenal se instaurará tan fácilmente como creen los anarquistas? ¿No será más razonable marchar progresivamente, obtener reformas y no apresurar la evolución? Es verdad que se nos arrolla con demasiada frecuencia y que nuestros esfuerzos son muy poco eficaces contra la corrupción social contemporánea...

Las noches de Ivona eran igualmente atormentadas... pero por otras ilusiones. No es con la "cuestión social" con lo que sueña durante la negra noche, con los grandes ojos abiertos y el corazón henchido de penas...

¡Qué pronto se quedará vacía la casa! ¡Qué sola se quedará Ivona! Renato partirá despreocupado hacia la villa de los caprichos y de los goces. Esto se acabará para siempre. El encontrará allí sus placeres habituales y acaso sus habituales amantes. En cambio ella, la pobrecita rubia del corazón puro, ya nunca le verá... nunca...

Al pensar esto se oprime su garganta, de sus ojos fluyen gruesas lágrimas y la joven se entrega por completo al sufrimiento de amar.

Llegó el mal día y el mal día fue el de la marcha de Renato, que ya se encontraba fuerte para ponerse en camino. Vuelve a París en compañía de su nuevo amigo.

Juntos se despidieron de los viejos.

Ivona dispuso ir a la estación.

¡Pobre Ivona! Hubiera preferido recluirse en la habitación que acababa él de abandonar. Los sollozos que la ahogaban los hubiera dejado escapar sin testigos, en el aislamiento cruel que en adelante iba a rodear su vida...

... Ya marchan. Aún el tren no anuncia su llegada. Los dos jóvenes reanudan su discusión. La muchacha permanece silenciosa junto a ellos y su mirada, que vaga negligente al través de la atmósfera grisácea, no parece animarse con los acentos revolucionarios de la conversación...

El tren llega. Muy lejos serpentea su blanco penacho. Ivona abraza a su hermano. Después tiende la diestra al "señor Renato" y articula con pena un tímido adiós.

- Hasta que tenga el gusto de volverla a ver, señorita Ivona. Espero que no falte ocasión... En todo caso, por medio de su hermano, recibiré con mucho gusto noticias de usted.

Durante largo tiempo retuvo entre las suyas la mano de la joven., que no correspondió con palabras al cumplido; pero su rostro enrojeció violentamente.

- ¡Hasta la vista, Ivona, hasta la vista! –exclamó Luis.

Por la portezuela del coche Renato saluda con el sombrero; Luis agita la mano y el tren reanuda su marcha por los campos que endureció el invierno, Se acabó todo. Partieron. Sobre todo marchó él. Vuelve a tomar Ivona lentamente el

camino de la casa: de la casa que en adelante habrá de encontrar desolada y fría...

II

Bajo las miradas poco acogedoras del encargado y de su mujer, atraviesan el salón del café para entrar en otra sala, en la que hay de veinticinco a treinta personas, de ellas cinco o seis mujeres.

Las mesas en torno de las que se reúnen estos parroquianos están vacías de vasos y botellas, y esto es probablemente lo que motiva el mal humor del cafetero.

Sobre una mesa se ha instalado un modesto comercio de folletos multicolores y objetos de caucho rosado. Parece ser el dueño de aquella exposición un hombre pequeño y mal afeitado, hablador y gangoso, con gesto de fraile predicador, que vive de intermediario entre las mercancías de la mesa y los "camaradas clientes". El ardor con que se entrega a su apostolado le ha valido el mote halagüeño de Malthus, a pesar de la poca semejanza fisonómica existente entre el joven y modesto vendedor y el venerable pastor inglés.

Celebra su reunión semanal la "Juventud Libertaria": En el fondo de la sala habla un hombre como de cuarenta años, orlado el rostro de luenga barba y espesa cabellera negras... Rafael Blum, el orador anarquista, desenvuelve una tesis apasionante: "El amor libre y el matrimonio legal". Ante la general atención denuncia los horrores de las uniones

desdichadas y se encrespa vehemente contra la autoridad conyugal.

-El matrimonio legal es evidentemente un acto de prostitución. Yo lo reprocho con toda mi energía; todos debemos sublevarnos contra él. La prostitución del matrimonio es más repugnante, más inmoral que la prostitución ordinaria -de mancebías y burdeles- porque es más hipócrita. ¡No encadenemos a la mujer!

A los sentimientos de los seres ninguna coacción debe llegar. El amor libre es la única forma de unión armónica. El amor libre es el fin de las esclavitudes femeninas y de los celos estúpidos. El amor libre es la dicha para todos...

La elocuencia de Blum se impone al auditorio. Su pensamiento es claro; su dicción, correcta, y los puntos de vista que adopta son demasiado sugestivos para el público que le oye.

Reina en la sala un silencio absoluto. Los oyentes están impasibles. Nada traiciona en sus rostros la naturaleza de sus sentimientos. Sólo las mujeres aprueban de cuando en cuando, y sonrín a las alusiones tendenciosas...

El orador ha terminado. En el momento, sin abandonar su puesto, uno del auditorio le objeta:

-... ¡Ya tenemos conquistado el Paraíso una vez más! Rompamos el matrimonio; libertemos la mujer y la dicha reinará infaliblemente. ¿No es esto lo que dices?... Pues yo no creo en ello. En el amor existirán siempre las alegrías y las penas, la inquietud y la serenidad; el abandono, la incompleta satisfacción, la infidelidad, el afecto no compartido, engendrarán siempre los mismos sufrimientos inevitables. Y hasta en los días más felices, la aprensión y la duda harán con frecuencia vibrar sobre la fragilidad de los corazones una perversa amenaza.

Cierto que yo me burlo de los matrimonios, y de los comediantes legales; pero ¿no ve el compañero Blum que las uniones libres no son más armoniosas que las otras?

-Narsaggis siempre es escéptico -exclama una mujer.

Narsaggis sólo contesta con una sonrisa. En aquella modesta asamblea parece el más viejo. Una barba inmensa de tono grisáceo envuelve su rostro severo y la melancolía de su mirada da a sus rasgos un encanto inexplicable y raro.

Blum se ha levantado para contestar al pesimista contradictor; pero un tercero hace signos de que desea decir alguna cosa. Es un hombre corto de talla, de frente deprimida, que esquivo de sus interlocutores la mirada. Inspira mucha menos simpatía que la persona franca y

despierta de Blum y que la serenidad emocionante de Narsaggis.

Sólo conocían al nuevo orador por el pseudónimo presuntuoso de "Souvarine", con el que firmaba hojas de crítica despiadada con epígrafes feroces.

- Habéis hablado los dos para no decir nada, camaradas. En el terreno absurdo del sentimiento, la verdad resulta inaccesible. Interroguemos a la Ciencia, puesto que solo ella puede contestarnos útilmente.

- Y "Souvarine" explica con gran abundancia de términos científicos, doctoralmente pronunciados, que la palabra "amor" debe desaparecer del lenguaje. El amor libre es un error de la misma categoría que el del matrimonio; la solución verdadera -dice- está en el coito libre.

Tenemos necesidades que satisfacer. Estudiemos las leyes naturales y no tratemos de eludirlas. La necesidad sexual, como la de comer o la de beber, quiere ser satisfecha libremente, integralmente. Los arreos sentimentales de que se adorna este acto fisiológico son peligrosos, nos esclavizan, envenenan nuestra vida y nos hacen desgraciados.

La mujer, lo mismo que el hombre, debe tener libertad absoluta; debe disponer de su cuerpo con arreglo a su fantasía.

¡La cohabitación! Este es nuestro peor enemigo. No podría existir sin concesiones y en consecuencia, sin esclavitudes. El anarquista debe devolver a la célula social -individuo- su plena autonomía. Sería inútil abolir el matrimonio para sustituirlo con una forma de unión igualmente servil aunque menos legalizada. La relación entre los individuos de sexo diferente sólo debe estar regida por sus propios deseos y por sus propias voluntades. Satisfecha la necesidad, cada cual debe recobrar su libertad de acción, y la asociación, en cuanto ha cumplido su fin, debe ser disuelta.

!Camaradas! Así únicamente es como se libertará la mujer. Por su parte, el hombre evitará la influencia nefasta de su compañera, que casi siempre llega a ser un tirano. El matrimonio desaparecerá para siempre; la familia será destruida y la vida anarquista podrá ser vivida al fin...

Las declaraciones de "Souvarine" interesaron a la asamblea, sobre todo a las mujeres, que parecían aprobarlas.

Pero Narsaggis repuso desdeñoso:

-El ideal de "Souvarine" -si es que se puede dar a eso el nombre de ideal- no puede seducir sino a almas rudas, instintos groseros y corazones insensibles. ¿A qué discutir, pues?...

Blum se muestra más locuaz que el sonriente Narsaggis. Su refutación es larga y metódica; tiene, sin embargo, el

defecto de repetir demasiado su primer discurso. "Souvarine", dice, es un ultrancista; confunde el amor con los falsos sentimientos tan estimados de los legalistas. El individuo, hombre o mujer, debe evidentemente ser libre; pero hay que respetar los temperamentos. Unos individuos son más sensuales que otros; unos son, eh cambio, más sentimentales que los otros. ¿Con qué derecho hemos de censurar a quienes busquen satisfacciones diferentes de las de la carne?

A su vez "Souvarine" toma la palabra para reeditar sin corregirla ni aumentarla su apología del coito libre.

Blum ha hablado por tercera vez, y por tercera vez le ha contestado "Souvarine". El auditorio está menos sereno; unos sonríen; otros se encogen de hombros; otros interrumpen con palabras de aplauso o de censura; muchos se levantan en actitud de tomar la palabra, sin advertir que ni "Souvarine" ni Blum quieren abandonar el torneo; y las "compañeras" se regocijan, interesadas en aquella discusión que les divierte y les halaga, puesto que ellas son el lema de la controversia. Eva se engrandece ante sus propios ojos siempre que ve avivarse en el corazón de Adán los eternos tormentos de la tiranía del sexo.

Y la sonrisa de aquellas mujeres parece decir: ¿Qué nos importan vuestras teorías? ¿No seréis siempre y a pesar de ellas nuestros esclavos? ¿No seguiréis obedeciendo siempre

las imperiosas leyes de las que somos graciosos instrumentos?

La discusión se desvía mu chas veces; se abordan en ella los temas más variados. "Souvarine" lanza de pronto una estocada a fondo contra el "viejo anarquismo":

- ¡Ya pasaron aquellos tiempos en los que se moría por la anarquía! Nosotros a todo trance queremos vivir. No quiero juzgar a Ravachol y los demás; pero lo cierto es que no los imitaremos, porque nuestro fin es disolver nuestra vida en egoísmos conscientes.

Blum se revuelve contra una teoría tan poco sentimental; se le replica; las palabras chocan y los argumentos se cruzan; ¿Quién dirá la última palabra?

Le está reservada al cafetero. Se acerca en silencio, y después de haber oído la discusión durante algunos minutos, hace notar, un poco temeroso, que las horas avanzan y el gas arde... Un camarada se coloca en la puerta, sombrero en mano, y entre el ruido de la sala, que a vaciarse comienza, solicita de todos un óbolo, porque la "Juventud Libertaria" no es rica, y es preciso hacer que el cafetero olvide -mediante una ofrenda- el perjuicio que le causa una clientela tan sobria.

En la calle fresca resurgen las conversaciones.

Después los discutidores se fraccionan en pequeños grupos, que se van alejando. Blum perora en medio de uno de ellos. En dirección contraria se oye la voz dogmática de "Souvarine", que trata de catequizar algunos fieles. Narsaggis camina aislado y pensativo.

- ¡Hola, Narsaggis! ¿Cómo te va? El soñador se vuelve y replica:

- ¡Hombre, Renato. Cuánto bueno!

- Si no vas muy de prisa, te presentaré a mi amigo Luis Mahieu.

Se estrecharon las manos y continuó Renato Reybaud:

- Y a ti, Luis, te presento el camarada Thibault y su compañera Margarita.

Era él un hombre como de treinta años, vestido de obrero. La mujer, morena y bonita, tenía el rostro confiado; se peinaba con patillas y tenía un poco remangada la nariz. Era además la más atildada de cuantas mujeres hubo en la reunión.

- ¡Camaradas, salud!

Nuevos apretones de manos; el grupo se pone en marcha y Renato dice a Narsaggis, pasándole un brazo por encima del hombro:

- En amor, como en todo, te encuentro descorazonante mi querido amigo.
- ¿No debemos ver las cosas y los hombres en su verdadero aspecto?
- Exageras, el amor y el dolor se asocian muy raramente.
- Al contrario –interviene Margarita, la morena, riendo mirando a Luis que se turba.

Narsaggis con su calma habitual, continúa:

- Creer en la dicha perfecta es una ilusión de la juventud; sin embargo, en cierta medida ésa ilusión es a veces útil.
- ¿Por qué?
- Pues porque el ser humano no puede sustraerse a los deberes que nos impone la "fuerza desconocida" que se burla de nuestros orgullos.
- Eres demasiado absoluto, Narsaggis.
- ¿Preferirías verme en compañía del "racionalista" "Souvarine"?
- No, porque su tesis no me agrada.

- Ese camarada -corroboró Luis- es un ultrancista; estaba Blum en lo cierto.

Margarita, curiosa, interroga:

- ¿Por qué dices que son malas las ideas de "Souvarine"?

- Esa pregunta no puede ser más femenina -comenta burlón Narsaggis.

- No apruebo su teoría, porque hace del amor una cosa demasiado animal; despoja a la vida de sus mejores encantos. ¡Hay tanta belleza en dos seres que son todo el uno para el otro!

Habla Luis con emocionada gravedad. Margarita le mira un poco sorprendida y Narsaggis subraya:

- Tú tienes veinte años, amigo mío.

Tus ilusiones, al menos, son bellas y puras, mientras que los pensamientos de "Souvarine" se arrastran como animales viscosos.

Margarita insiste:

- Sin embargo, "Souvarine" es un gran defensor de la mujer.

- No lo creas; él y sus semejantes son vuestros peores enemigos. "Souvarine" no predica el coito libre sino para librarse con respecto a vosotras de toda obligación moral. Al

suprimir el sentimiento, si ello es posible, hace de vosotras algo así como el instrumento de un goce sucio, el deyectorio dócil de cínicos placeres.

- Tiene razón Narsaggis -apoya Luis-. El placer sensual no es todo el amor.

Thibault, que aun no ha hablado, quiere dar su opinión:

- Hay un extremo, a mi juicio, sobre el que nadie insiste bastante: los celos. Este, éste es el flaco. Amad sensualmente o sentimentalmente; lo mismo me da; pero no seáis celosos.

El anarquista se expresa con severidad, pasándose rápidamente la lengua por los labios para contener una salivación abundante.

- Pides un absurdo: los celos son indestructibles. Y explica Narsaggis entre generales protestas:

- Evidentemente, los celos violentos, el derecho del macho violentamente afirmado la sospecha estúpida e injusta, son cosas inmorales, porque nada puede justificar la violencia, y el odio siempre es odioso...

Sin embargo, hay otro sentimiento Que difiere totalmente de los celos ordinarios, y yo no sé cómo llamarlo. Así como el oro y el ceno están formados por los mismos átomos. diferentemente concentrados y combinados, tal vez el

sentimiento que yo me explico sólo tiene de común con los celos la esencia. En todo caso me refiero a unos celos superiormente sentidos y superiormente manifestados. Los celos de un bruto son feroces; los de un ser refinado son más tiernos. El primero se enfurece contra quien se los causa; el segundo es más fuerte y sufre en silencio.

Pero los dos sufren. Los dos ven con pena escapar de sus corazones como una nube burlona y cruel la ilusión más querida. Ahora bien; esta pena esta inquietud, este sufrimiento, son los celos y temo que han de sobrevivir a todas las revoluciones y a todas las reformas que intentéis...

Nadie contesta, y el pequeño grupo reanuda su marcha. Pocos minutos después desemboca en la Plaza de la República, en la que se observa un intenso movimiento a pesar de lo avanzado de la hora.

Thibault, después de haberlo pensado con detenimiento, se arriesga a decir:

- ¿Es razonable el que hayamos de sufrir porque la mujer que amamos se entregue a otro hombre?
- Eso tal vez no sea "razonable", pero nuestro corazón encontrará siempre "razones" desconocidas para nuestra "razón".

- Nada hay que esté por encima de la razón y del libre examen.

- Pero hay muchos que son demasiado razonadores y muy poco razonables...

- Eso no me explica el por qué debo yo ser celoso. Mi intención con respecto a mi compañera de ningún modo se modificaría porque ella decidiera ser de otro hombre.

- No lo veo muy probable; el encanto maravilloso del amor proviene de su intensidad. Repartir los latidos del corazón entre dos o más elegidos es renunciar a esa donación absoluta de sí mismos que sugestiona tan apasionadamente a los enamorados.

- Por mi parte, no soy celoso ni muchos menos. Bien poco me importa el que mi compañera tenga relaciones con quien le dé la gana, con tal de que sea él un compañero, y no uno de los "embrutecidos".

Se detienen en la Plaza y forman corro para discutir más a su gusto. Margarita mira a Luis con disimulo, mientras su compañero Thibault afirma la fuerza de su voluntad y la independencia de su corazón.

Narsaggis renuncia a proseguir la controversia y deja a sus amigos; pero al estrechar la mano a Thibault, le dice:

-Al hablar así haces sospechar que no amas a tu compañera. Sin embargo, la amas a tu modo... Sin darse cuenta, cada uno sigue su temperamento y obedece a las circunstancias; y con frecuencia la vida, irrespetuosa, se burla de las teorías que nos esforzamos en combinar.

Y se fue con la frente inclinada y el andar solemne. Luis, siguiéndole con la vista, comenta:

- Los pensamientos de este hombre son para mí nuevos y perturbadores.

Thibault se encogió de hombros:

- No es interesante; es un verdadero "anarco"; tantea siempre, duda siempre y jamás se sabe adónde quiere ir a parar.

- Pero es muy superior a "Souvarine". Las teorías de éste me atraen, porque tenemos necesidad de amar y de ser amados. La verdadera felicidad no puede residir sino en la unión ideal de dos almas... Pero la mujer es ignorante; nuestras ideas la asustan. ¿En dónde encontrar la compañera que a la vez pueda ofrecernos la belleza, la inteligencia y el amor?

Luis se detiene azorado al notar que los ojos de Margarita no le abandonan.

Thibault da la orden de separación; se despiden y quedan solos Luis y su amigo Renato.

- Pasearemos todavía un poco; la noche está muy agradable
-propone Renato.

En la frescura de la noche caminan silenciosos, sorbiendo el aire puro que acaricia sus frentes ardorosas.

Suenan las doce y de pronto Luis se siente atraído por la realidad. Piensa en las pesadas tareas del mañana. Se levantará fatigado y aturdido; el escritorio y sus colegas le serán odiosos. ¡Tan agradable como sería discutir siempre, pasear con los amigos, estudiar y leer!... Pero hay que someterse a la ley de una necesidad estúpida. Es preciso trabajar mañana y tarde, alinear cifras, cambiar palabras banales, saludar con respeto a los superiores grotescos y arrogantes... A esta realidad ingrata opone un contraste la sonrisa de Margarita.

- ¡Qué feliz eres, Renato, tú que no conoces el escritorio y la esclavitud! ¡Esa es la pesadilla de mi vida!... ¿Cómo puedes arreglarte para guardar para ti tu libertad y para disponer alegremente de las horas preciosas de tu juventud?

Renato, negligente, le contesta:

- Es bien sencillo. Tenía un poco de dinero... y habrá que reponerlo muy pronto porque se me agota... Pero... vámonos, que es muy tarde. Buenas noches, querido amigo.

* * *

Febrero. Una pequeña, pequeñísima promesa aparece en el cielo encapotado. Un rayito de luz alegre permite explorar la vasta llanura, todavía desolada, pero pronta a florecer con los próximos calores.

Despacio, muy despacio, Ivona, la doliente Ivona, se dirige a la estafeta. ¿Habrá escrito Luis? Y junto a la figura de Luis contempla otra, llena de melancolía...

- ¡Una carta a mi nombre! ¿Quién me escribirá?... ¿Por qué ha temblado la joven?

¿Por qué ha ocultado la carta en su seno rápidamente?

¿Por qué dice a su madre, con una voz cuyos temblores se esfuerza en disimular, que no ha habido carta. y que seguramente mañana...?

Sube, palpitante, a la alcoba en donde fue curado el herido. Apenas refugiada allí arriba, despedaza el sobre y lee de un golpe estas líneas inesperadas:

«Señorita Ivona: ¿Cómo me atrevería a dirigirme a usted? ¿No voy con ello a comprometer para siempre la causa que tanto me interesa? Sin embargo, ya esperé demasiado...

Yo la conozco lo suficientemente para comprender que mi marcha ninguna sensación le causó. Su rectitud de espíritu me perdonará la libertad que me tomo para, sinceramente y sin rodeos, mostrarle el fondo de mi corazón.

¿Acaso usted lo adivinó? Yo la amo. Desde aquellos días trágicos, en los que usted me prodigó sus dulces cuidados, su cara imagen rubia está grabada en mí. Sobre todo, desde mi regreso, París es cuándo más he notado lo grande que es el espacio que usted ocupa en mi vida...

Hubiera querido tomar a Luis de confidente, pero no me he atrevido. Veinte veces he renunciado a entablar con él esta conversación.

¿Qué más habré de decirla, Ivona? La angustia y la duda hicieron mi vida insoportable. No obstante, espero en usted. No es fatuidad, créamelo; pero no

puedo resignarme a la idea de haberle sido indiferente...

Mi suerte está en sus manos. Si usted no me rechaza... ¡qué felicidad! ¡Qué vida tan maravillosa se iniciaría para nosotros!

Con terrible impaciencia espero una respuesta, aunque sea muy breve. Porque usted me contestará, ¿verdad, Ivona? Y disculparé mi audacia, puesto que mi falta es de amor.

Suceda lo que suceda, jamás la olvidaré.

RENATO REYBAD.»

Pegada al muro, Ivona lee y relee el papel, que sus manos estrujan nerviosamente, como si quisiera escapársele. Luego sus ojos se llenan de lágrimas, lágrimas de alegría, lágrimas dulces...

¿Era aquello un sueño? El deseo magnífico, secretamente formulado, podía realizarse. El la amaba. ¡La amaba!

Renato imploraba una respuesta urgente... y la joven se apresuró a buscar un papel y un sobre.

Desde hacía algún tiempo había perdido el hábito de leer y escribir: se ruborizaba de su ignorancia. ¿No había

consagrado muchas veladas a la ingrata lectura de los folletos de su hermano, impulsada por el vago deseo de hacerse digna del amado?

Pero... ¿qué decirle?... Jamás se atrevería a confiar al papel la dicha que inundaba su alma... ¿Cómo encontrar las palabras? ¿Cómo podría pintar sus sentimientos?

Una sonrisa iluminó su rostro. La hija de Eva ha encontrado una solución ingeniosa y delicada.

Saca de un cuadrito su retrato, y sobre él traza sencillamente estas palabras:

«A Renato, su Ivona. 26 de febrero.»

¿No será esto demasiado?

Luego sus labios se posan sobre el cartón, que muy pronto irá a sus manos. Todo su ser tiembla y se ofrece... desde tan lejos.

- ¡Me ama! ¡Me ama!

- ¡Ivona! ¡Ivona! ¿En dónde se ha escondido esa muchacha? Válgame Dios. ¡Lo que cambia de día en día! Dijérase que se consume de aburrimiento. ¡Ivona! ¿En dónde estás?

La escalera cruje bajo los pies de la señora Mahieu. vacilante. Ivona se precipita.

- Aquí estoy, querida mamá. Estaba arreglando un poco esta habitación. ¿Qué quieres?

Y salta, ruborosa todavía, saturada de su oculta dicha, a los brazos de su madre, que se asombra de verla de pronto tan alegre.

III

Los alrededores del Louvre están repletos de animación y de alegría. Este hermoso domingo de mayo ha hecho madrugadores a los parisienses. Los tranvías, lo mismo los que van al bosque de Vincennes o al de Bolonia, los que van a Clamart o a Créteil, son tomados por asalto. Nadie quiere hacer a la recién llegada Primavera la injuria de quedarse en casa. Familias enteras se lanzan, cargadas de provisiones, a los ingenuos placeres que promete el césped, todavía demasiado tierno...

Junto al embarcadero de los vapores para Suresnes hay un grupo especial. Los que lo componen tienen una sonrisa desdeñosa para los obreros endomingados y para las progenituras excursionistas. Con sus amplios sombreros, sus largas melenas y sus flotantes corbatas negras, quieren -a la vista está- no dejarse ahogar en la banalidad ambiente. Llevan grandes paquetes de periódicos de subversivos títulos, y entre los grupos circulan mujeres destocadas, con una grata confianza. Varios niños añaden al conjunto una nota de sincera turbulencia.

Sin duda esperan para coger el vapor a algunos que se retrasaron. Muy atareado, Rafael Blum va de uno en otro,

pues, como secretario de la "Juventud Libertaria", es el organizador de aquella excursión de propaganda, a la que las gacetas anarquistas de la semana han invitado a los camaradas de uno y de otro sexo.

La mirada escrutadora de Luis busca a alguien: y su frente se arruga al ver que comienza el embarque. Se apodera el grupo de la popa del vapor, con el fin de evitar el contacto, poco deseado con las turbas.

Ha sonado la señal de marcha cuando dos nuevos excursionistas llegan precipitadamente. Son Thibault, embutido en su hermosa gabardina, y Margarita, enrojecida por la carrera, más atrayente que nunca.

El rostro de Luis se ilumina.

- ¡Qué poco ha faltado para que no nos viéramos! Un minuto más y desatraca el vapor...

Con estas palabras se saludan. Luis prefiere hablar con la joven compañera. Su tuteo le parece una caricia y aún lo apreciaría más si no fuera costumbre general entre los compañeros. No deja de molestarle un poco el oír que Margarita tutea a todos aquellos hombres, como ellos hacen a su vez con lamentable familiaridad. El sueña una Margarita que a él solo diga "tú".

Se sienta junto a ella mientras Thibault en el centro de un cenáculo mantiene una discusión tormentosa. Su primitivo lenguaje de obrero iletrado se ha enriquecido con términos fastuosos tomados al azar en lecturas eruditas.

Thibault es imperturbable; jamás deriva de la secta anarquista. Se dice liberado de todos los prejuicios y esto le permite censurar acremente a su prójimo. Es lamentable el que este apóstol se vea aquejado de cierta tartamudez que no le permite articular exquisitamente las palabras científicas y los términos técnicos, de cinco sílabas o de seis, con los que gusta de adornar sus discursos. Este defecto oscurece las elucubraciones oratorias del anarquista Thibault; pero no obsta para que sus conclusiones sean radicalmente intransigentes.

Luis y Margarita hablan deliciosamente sobre naderías. La compañera de Thibault el sociólogo es refractaria a las discusiones serias y a las lecturas fatigosas... Todo lo que ha oído en las reuniones se concreta en su cerebro diminuto en fórmulas extremadamente sencillas; y las arengas interminables por las que su compañero pretende "hacer su educación", no le producen sino culpables bostezos.

Por de pronto, Luis, más avisado, no propone a su inteligencia sino cosas frívolas. Le muestra por un lado el Palacio Borbón, la Explanada de los Inválidos y el Campo de Marte, y por el otro, el Palacio Grande y el Pequeño, los Cam

pos Elíseos y el Trocadero. Margarita se divierte con los detalles triviales y sobre ellos hace preguntas ingenuas.

- En una sociedad como la que nosotros queremos, estos monumentos no tendrían razón de ser... Y juzgando profundísima esta su reflexión, eleva sobre Luis sus ojos, que esperan un gran contento de sí misma.

Llegan en aquel momento a las agrestes cercanías de Meudon y luego al parque de Sèvres, tamizado de alegre verdor. Margarita palmorea regocijada. ¡Qué agradable va a resultar la excursión! Durante meses y meses ha vivido en la brumosa capital y en los mítines saturados de humo...v ahora el sol, los árboles, el placer en toda su plenitud...

Pareció como si todos sintieran a la vez el mismo bienestar.

Para afirmar su satisfacción y su ideal, cinco o seis camaradas entonan un himno:

Adelante, adelante marchemos,

y en esta gran hora de luz cegadora,

de vivir el derecho afirmemos.

Nos tenemos que unir para que el porvenir

nos dé la libertad que merecemos.

Ya la Humanidad en dulce amistad
no sufrirá más de anemia sombría.
Llenen arte y ciencia todo con su esencia
en el mundo que engrandezca la anarquía.

Algunas voces poderosas, prolongando el estribillo, gritaban ardorosamente: ¡Viva la anarquía! La curiosidad, un poco aterrada, de los viajeros, fue grande, y Blum escogió aquel momento para desliar sus paquetes de periódicos y proceder a distribuirlos.

- Es para deshollinaros el cerebro -dice a todos al ofrecerles el papel un muchachito delgado cuya risa es de una estupidez agresiva.

Margarita ha dejado caer su mano sobre la banqueta y Luis la aprisiona sin que ella se muestre dispuesta a retirarla. El vapor se desliza junto a una ribera guarnecida de florecillas y de casetas rústicas, mientras el espíritu de Luis vaga y se pierde por el país radiante del amor. Son unos minutos felices, profundamente felices; son minutos de los que en la vida humana pasan con demasiada rapidez...

Se acerca el jovenzuelo delgaducho.

- Bueno, compañera: ¿por qué no nos ayudas? La propaganda es misión de todos, hombres y mujeres.

Y fija en ella su mirada estúpida.

- Tienes razón, Langlois; dame algunos "invendidos".

Luis queda solo en el banco, un poco molesto al ver a su amiga loqueando entre una turba que se la quiere comer con la vista. Sobre los lindos ensueños, una nube antipática viene a colocar un velo inquietante y sombrío.

Discuten siempre vehementemente, infatigablemente.

En el grupo más próximo. Luis reconoce a "Souvarine". Una mujer alta y delgada que se llama Elisa y es más conocida por el apodo, que no parece disgustarla, de la Mujer-cerebro, está junto a él. Agita su nariz ganchuda coronada por unas gafas y hace resonar una voz áspera. Aquel a quien se dirige de una manera especial se llama Breusten y es uno de los poquísimos camaradas que Renato Reybaud no ha presentado a Luis. Sobre Breusten, pequeño, pero musculoso y fuerte de rostro y mirar duros, se apoya una joven de fisonomía vulgar y alma ausente.

- Vuestros discursos a nada conducen; sólo es útil la acción.

Breusten, después de haber lanzado su frase en un tono cortante, vuelve la espalda a sus interlocutores con visible desprecio.

En otro corrillo declama pomposamente un camarada:

- No se debe separar la sociología de la antropología, de la psicología ni de la biología.

El que acaba de hablar es uno de los más convencidos adeptos del "anarquismo científico". Lee enormemente y perora sin descanso. Su lenguaje es difuso y elige, como casi todos sus amigos, los términos poco vulgares y las palabras técnicas y facultativas. Le llaman "Charabia".

Este mote incoherente es un regalo del burlón Narsaggis.

- El camarada "Charabia, tiene la palabra -dijo un día de controversia, como protesta contra un discurso abrumador, y con ese apresuramiento que el hombre emplea en recoger las flechas que han herido a sus hermanos, recogieron y retuvieron los camaradas el epíteto malicioso. El joven sabihondo, con una sonrisa de resignación, tuvo que aceptar aquel bautismo tan poco halagador. Tiempo después se lo sustituyeron por un diminutivo menos ingrato: "Charabia" pasó a ser el camarada "Chara".

- En el seno de la patología social el anarquista es el fermento evolucionado y renovado que debe afirmarse por

todos los medios: ardid o violencia. Apoyémonos sobre los dones de la Ciencia, los únicos que pueden hacernos fuertes, y no olvidemos que el egoísmo es la base de la sociedad, como ha dicho Le Dantec. La célula social autónoma no se inclina ante leyes ni ante prejuicios; no reconoce más que el utilitarismo y no persigue más que su propio desarrollo por los caminos más diversos. El derecho a la vida lo legitima todo. La vida de otro deja de ser sagrada para nosotros; sólo lo que interesa a nuestro "yo" puede tener un valor a nuestros ojos. Si me es necesario aplastar para vivir millares de antropopitecos embrutecidos, lo haré sin el menor remordimiento. Si es preciso golpear duro y firme sobre todo lo que nos rodea, no vacilemos un momento. No hay víctimas inocentes, como ha dicho muy bien Emilio Henry. ¡Golpeemos! ¡Seamos fuertes! Esta es la gran moral de la vida, tal y como la biología nos la enseña. Este es el verdadero revolucionarismo, que nada tiene de común con el verbalismo místico y redundante de los charlatanes obreristas.

¡Cuando pienso que sin conocer la astronomía, ni la anatomía, ni la psicología, ni la zoología, ni la embriología... tantos imbéciles se atreven a hablar de la cuestión social...!

El discurso continúa entre gestos y categóricas explosiones de voz. Chara es un rebelde, mucho más rebelde aún de lo

que su condición de modesto empleado de Correos y Telégrafos permite suponer...

Luis desde la popa del vapor no oye a los oradores; sólo contempla las campesinas riberas. Sus amigos, sus ensueños, sus quimeras, todo danza en gran confusión en torno de la linda Margarita, sobre la estela blanca y crujiente en la que fija con obstinación su mirada.

* * *

- ¡Ya estamos en Saint-Cloud, compañeros! ¡A tierra!

Y comienza el desembarco tumultuoso. Los diez últimos "no se han cuidado" de pagar su pasaje y salen en pos de los otros en una carrera violenta. El empleado grita y protesta, y ello le vale los epítetos: ¡Embrutecido! ¡Esclavo! ¡Resignado!...

Para ahogar las protestas de la concurrencia, que apoya al empleado el grupo libertario canta una de sus tonadillas favoritas:

¡Arriba, arriba, hermanos en miseria!

No más ejércitos, no más tiranías...

Y con estos acentos bélicos hacen su entrada los anarquistas en la apacible localidad.

Los comerciantes de Saint-Cloud, que con los brazos remangados acechan la llegada de su clientela parisiense, miran con alguna inquietud el paso de aquellas gentes extrañas que nada compran, y que pegan hasta en sus escaparates menudas etiquetas con este contenido:

*Los que combaten la anarquía son los que la ignoran:
Conocer la anarquía es amarla.*

¡Viva la anarquía!

O bien:

Alquilar el vientre, el cerebro o los brazos, es igual. Todo ello es prostituirse y esclavizarse.

¡Viva la anarquía!

Un rentista pimpante se ajusta las gafas y descifra, no sin emoción:

El hambre hace salir al lobo de los bosques. Contra una sociedad inicua el individuo tiene todos los derechos.

¡Revuélvete!

¡Viva la anarquía!

Después de haber atravesado el pueblo deliberan sobre adónde han de ir, y Thibault, tartamudeando un poco, ofrece sus servicios.

- Yo conozco un sitio delicioso y muy tranquilo, porque no van a él los embrutecidos. Es por allá...

Y sorbiendo la saliva que se le escapa, invita a sus compañeros a seguirle.

Una pequeña retaguardia, que se ha encargado de las compras, se incorpora al grueso del cortejo con miradas triunfadoras y orgullosas sonrisas.

Entre cuchicheos, los recién llegados dan a conocer sus hazañas. Mientras uno entretenía al tendero o a la tendera, los demás han llenado sus bolsillos y comienzan a sacar quesitos, latas de sardinas y paquetes de chocolate. Las mujeres han guardado huevos entre sus blusas, y hasta un camarada distribuye ajos adquiridos clandestinamente.

- Esto es muy sano -dice con aire de doctor. Todos deparan miradas aprobatorias sobre el botín, y cuando reanudan la marcha "Souvarine" resume la opinión general:

- Algo hemos recabado de la sociedad que nos tiraniza

Transcurre el almuerzo sazonado con gritos, risas y teorías. Sobre la verba, que en parte tapan los periódicos grasientos y los despojos de las vituallas, los miembros de la "Juventud Libertaria" digieren indolentemente sentados o tendidos.

Los excursionistas se han agrupado según sus afinidades. Los "científicos" puros forman un corrillo, del que "Souvarine" es el alma arrogante; miran con desprecio a los compañeros -menos evolucionados- que entre sus provisiones han traído carne, y sobre todo a los que no supieron prescindir de las botellas de cerveza o de vino.

Fiel a su misión, Malhus dispone sobre un ribazo sus folletos y sus aparatos, porque como él dice, la teoría no es nada sin la práctica. Y los pequeños objetos de color de carne ponen una nota tierna en la verdura que los rodea.

Orador vigilante, Rafael Blum se levanta, pide silencio y -postre de circunstancias- aborda su tema: "¡Libertemos la mujer!"

Gestos reposados, palabras cálidas, disertaciones poéticas: su discurso habitual. Más combativo que nunca, condena las

"prostituciones legales", y evoca bajo aquel sol fulgente las bellezas superiores del amor libre, que jamás conoció leyes...

Contradictor declamatorio y pesimista, "Souvarine" se yergue contra los celos, contra el sentimiento y contra la monogamia; da sus argumentos familiares en favor del comunismo sexual, y evoca el testimonio de la Naturaleza entera.

- En ninguna parte veréis la locura de nuestros gestos. Los animales se emparejan según sus deseos, y no viven juntos más que en las épocas de gestación y de educación de sus crías. Nosotros, como individualistas, vemos en la procreación una disminución del yo; somos neomalthusianos y sometemos el instinto sexual a la voluntad. ¿Por qué, pues, hemos de soportar el servilismo de la monogamia? Todas las mujeres deben ser de todos los hombres: tal es la fórmula de la fraternidad social. Para que reine la anarquía es preciso acabar con el amor, como hemos acabado con todos los prejuicios, las trabas, las religiones, los dogmas, las solidaridades impuestas...

Blum no comparte estas concepciones y replica. Sin fatigarse nunca renueva sus declaraciones. La discusión se prolonga y los dos campeones vuelven muchas veces a la carga. Por último, Blum queda dueño del campo, que "Souvarine" le abandona para ir a reunirse con Elisa detrás de una tapia vecina.

Este ejemplo han seguido numerosas parejas. ¡El cielo es tan dulce y el aire tan perfumado! Y estos hombres y estas mujeres, todos jóvenes, tienen tanto amor a la vida...

Sin embargo, la discusión no se extingue. Breusten la encauza sobre un terreno nuevo, en el que parecen estar conformes todos los pareceres, si hemos de creer en el frenesí de los gestos y en la convicción de los acentos.

- Un anarquista no puede, sin degradarse, entrar en la casa de un "simio". El que se deja explotar no es anarquista, como no lo es el que ingresa en el Ejército o el que vota para darse amos.

Blum replica:

- En teoría todo eso se puede sostener; pero tú olvidas, Breusten, que en la práctica somos muy débiles frente a la sociedad. Nos emanciparemos en la medida de nuestras fuerzas, desde luego; pero debemos ser algo menos severos para con los que, menos favorecidos...

- ¡No! ¡Nada de concesiones! Con razonamientos como el tuyo se legitiman todas las desviaciones.

Seamos anarquistas integralmente y de continuo. Vosotros no sois más que soñadores y religiosos. Menos teoría y más actos de revolución útil; este es mi lema.

Thibault oscila entre las dos tesis. Él es, ciertamente tan dogmático como el que más; pero a la vez es de los que, para adquirir su subsistencia, no se ha atrevido con otra solución sino la del mezquino salario.

Pero esta duda no logra reducirle al silencio. Al cabo de complicadas demostraciones que nada demuestran, se aventura a conciliar un sectarismo, implacable con un oportunismo atrayente. Y habla, habla, habla... Y da la definición del solo, del único, del verdadero anarquista...

Ya vacila, cuando de repente encuentra una salida:

-Después de todo, muy bien se puede ir a casa de un patrono sin dejar de ser "consciente". Y hasta se puede trabajar allí mucho, si es para "hacer circular", por ejemplo.

Breusten se encoge de hombros con lástima. Thibault se agarra a este nuevo tema, que le permite entrar en vastas disertaciones, a las que Breusten se cree dispensado de asistir, porque le ha llegado el turno de acompañar a la gran Elisa en uno de sus paseos solitarios.

Felizmente para su vanidad, quedan a Thibault otros oyentes. Son los nuevos adeptos en quienes las arengas producen gran efecto.

El apóstol Thibault toma en serio su papel. No hay que bromear con la anarquía, de la que imagina ser el

representante más calificado; pero le apenan la inseguridad de su memoria y su tartamudez. Para remediar en lo posible estas desgracias, lleva Thibault un cuadernito destinado a suplir sus faltas de memoria. En él van apuntadas las palabras y las expresiones con que debe ser esmaltada una conversación verdaderamente científica; es un pequeño breviario anarquista. En él se encuentran, con sus correspondientes faltas de ortografía, muchas docenas de expresiones solemnes: embriología, citología, antropomorfismo, geocetría, esoterismo, etc., etc., etc.

Cien veces al día Thibault consulta su cuaderno, Cuando se lo sepa de memoria, ¿quién osará ponérsele delante? Con qué desprecio podrá lanzar de sus labios su sempiterna condenación:

- ¡Este no es un compañero interesante!

Margarita se ha sentado junto a un árbol; a su lado, Luis, tendido en el suelo, la contempla sin ocuparse de los discursos ni parar mientes en los temas apasionantes que discuten. Sin embargo, "a sus horas", es un hábil teorizante y un discurseador impenitente... como los demás.

Con un manojito de hierbas indica a su rubia amiga un sitio en el que debe de haber violetas; pero Margarita, con coquetería, parece no entender la invitación y simula prestar oídos a lo que dicen Thibault, Chara, Blum y los demás.

Un joven acaba de pedir tímidamente una aclaración a Thibault y éste responde con énfasis:

- ¡Que el qué entiendo yo por "hacer circular"? Muy sencillo; estos nuevos términos tienen por objeto reemplazar la expresión embustera empleada por los burgueses: "robar". Por todas partes, en torno de nosotros, la sustancia circula; continuamente cambia de aspecto, ¿no lo sabéis? La muerte misma no es sino un aspecto del movimiento universal. "Hacer circular" es, pues, atraer a nosotros las sustancias necesarias para nuestra vida, sustancias que los prejuicios y las tiranías inmovilizan. Es preciso que todos vivamos. ¿No es eso? Y ¿se puede vivir sin asimilar? No. Luego es preciso "hacer circular".

Thibault enjuga sus labios, que bien lo necesita. Su demostración parece encantarle y añade misterioso:

- Esta manera de hablar tiene además la ventaja de que no la entienden los embrutecidos ni los policías y así nos permite concertarnos sin temor a los oídos indiscretos.

Margarita prolonga tanto su juego, que los ojos de Luis la miran suplicantes, muy suplicantes.

De pronto la joven se levanta y marcha rápida al través del bosque.

Luis de buena gana hubiera corrido detrás de ella, empujado por un violento deseo; pero le detiene la consideración que debe a sus camaradas. Se levanta y comienza a andar lentamente; vuelve la cabeza; tiembla al pasar junto a Thibault por si le obligan a tomar parte en la discusión; pero una vez en el bosque, y cuando cree que no le ven, emprende una carrera vertiginosa.

La blusa azul que le sirve de guía, se divierte con él y lejos de aguardarle, continúa su marcha entre escarceos a la derecha y a la izquierda.

Margarita parece cansarse de este juego. Radiante de felicidad, Luis va a alcanzarla; pero toma de nuevo carrera y otra vez y muchas más logra escapar de él. Al fin se detiene, se apoya en un árbol y le pregunta sonriente y maligna:

- ¿Por qué corres así, Luis? ¿Por qué me sigues? Luis siente que le falta decisión.

- Te he seguido... para estar contigo... ¡Cómo te gusta hacerme rabiar!

- Vamos a pasear por aquí. ¿En dónde están tus famosas violetas?

Luis no contesta. Se siente tímido, estúpido, cobarde. ¿Va a dejar escapar la ocasión única, tanto tiempo deseada? ¿No va a atreverse a decir nada ni a intentar nada?

Margarita se vuelve, siempre burlona, en busca de una respuesta y él la toma del brazo, le sujeta la preciosa cabecita, que aún pugna por desasirse, y ansioso la cubre de besos.

- ¡Cuánto te quiero, Margarita, cuánto te quiero! A nadie se ve y los ruidos de la discusión quedan muy lejos. Las caricias de Luis se intensifican. Sus manos "viajan" sobre la blusa azul hasta violar su intimidad, y a pesar de la resistencia ñoña y un poco simulada de Margarita, llegan hasta oprimir los senos pequeños, redondos y cálidos...

Apretados el uno contra el otro, bajo los copudos árboles, siguen cambiando sus besos; las caricias de Luis son caricias de agradecimiento.

- ¡Es mía! ¡Es mía!

Este pensamiento basta para embriagarlo. Vuelve a caer sobre los labios sonrientes y en un nuevo asalto más ardoroso, durante unos minutos breves y locos, es el dueño absoluto de aquella carne palpitante y de aquella voluntad frágil... ¡Que hermosa es la vida!

Luis aspira a pleno pulmón el aire perfumado por el olor salobre del humus secular. Reina un gran silencio... Silencio mágico de la naturaleza, en el que los hombres callan, pero pasan mil ruidos sutiles y felices al través de la atmósfera...

Margarita es la primera que hace notar que su ausencia se prolonga demasiado. Luis, bromeando, observa:

- Pero Thibault no es celoso...

- Sí; eso dice...

Y se nota que Margarita desearía que no lo fuese.

- Ayúdame a quitarme estas hierbecillas que se me han prendido en los cabellos. ¡Qué despeinada estoy!

Luis se disculpa y con besos procura calmar las inquietudes de la joven. Sin embargo, es preciso que refrene sus transportes y respete los polvos de arroz con los que ella, por precaución, ha cubierto la frescura de sus mejillas.

- Thibault no me consiente que me los dé.

Mahieu en aquel momento se siente oportunista:

- Eso no tiene gran importancia.

- Pero es muy conveniente el usarlos -concluye Margarita-. Los dos enamorados vuelven al camino del "campamento" anarquista: pero para evitar las bromas, después del último beso, toma cada uno distinta dirección.

Un ruido de gresca les sorprende: Breusten y su compañera discuten violentamente. Elisa se interpone y trata de calmar al anarquista.

- Ya sabes que es una "embrutecida".

- Pero es preciso que me deje en paz. ¡Vaya unas maneras! ¡Pues no me hace una escena porque supone que me fui contigo!...

Elisa soltó una hombruna carcajada.

- ¡Como si eso le importara! ¡Qué bien hubieras hecho en dejársela a su "sindicado"!

Magdalena, la actual compañera de Breusten, se ha separado recientemente de su esposo, Antonio Fortier, secretario adjunto del Sindicato de peones. Avergonzada de ver que todos los camaradas se burlan de ella, resuelve callarse, con los ojos llenos de lágrimas.

- "Souvarine" tiene razón -prosigue Elisa- para combatir estos prejuicios que se llaman amor y celos, porque destruyen la armonía.

Su vecino, un camarada joven, la mira complacido, y así decide continuar con él la conversación, tomándole del brazo y apartándolo para mostrarle las espesuras en donde "la embrutecida" Magdalena pretende haberla visto ocultarse con "su" Breusten.

Este, lleno de amargura, comenta:

- Las mujeres son refractarias a la evolución y al progreso.

Y se aleja, encogiéndose de hombros. Magdalena, cariñosa, le alcanza y le propone:

- ¿Quieres que nos vayamos a casa? Breusten la rehusa brutalmente:

- Ve tú sola si te da la gana. Eres libre. Puedes irte al diablo si quieres...

Y para que se enteren los compañeros, alza la voz:

- Te lo repito una vez más: yo no soy uno de esos hombres que se dejan influenciar por una mujer...

El sol declina. Se habla de regresar; pero antes es preciso cantar algunas estrofas, contra el parecer de los "científicos", que se apartan con desdén.

Será, sin embargo, aquél un "concierto consciente".

No es cosa de entonar acentos suaves o armoniosos, sino de clamar las verdades. Nadie criticará el que tenga el cantor la voz ingrata si la canción sirve de vehículo a las buenas doctrinas o en las santas revoluciones. Ya se adivina. pues, que las romanzas sentimentales y los tiernos poemas no tienen allí derechos de ciudadanía.

Se instalan en una praderita y comienza cada uno a lucir su habilidad:

Bien despejada está tu vía.

¿Qué esperas de la burguesía

sino la lóbrega prisión?

Ven confiado a la anarquía.

Aquí la hembra ama en franquía

y encontrarás un corazón.

"Souvarine", ingenioso, dice en voz baja a Elisa, que está a su lado:

- Se equivocó el poeta. No se trata de un corazón precisamente. Ha debido nombrar otro órgano...
- Calla sátiro -contesta la Hembra-cerebro, dándole un golpecito amistoso.

La pobre Magdalena sigue llorando entre los árboles, y Breusten continúa sin hacerle caso.

Compañero del alma,
te amaré como libertaria
Sin trabas en mi fe...

canta un meridional que tiene la voz muy bien timbrada.

Otro entona después:

Los celos son temerosos,
los celos son peligrosos;
arrójalos de ti...

Una mujer muy gruesa y sentimental toma su turno y vocifera:

Si al mundo has de lanzar
una desventurada criatura,

es lícito abortar...

Pero el mayor éxito del concierto es para un vejete barbudo, de gesto apicarado, que canta:

Las que en las esquinas al anochecer
ofrecen sus cuerpos en dulce alquiler,
¿por qué las censuras han de suscitar?
De una u otra forma, todo es trabajar.

- ¡Y decir que aún hay revolucionarios que critican esta canción! ¿Verdad que está bien?

El que comenta es Langlot, y anuncia además que va a regalar al campestre auditorio con una composición suya. Por desgracia, no encuentra el papel en donde la ha escrito.

- ¡Qué lástima! -exclama después de haber vaciado sus bolsillos y levantado con su contenido una montaña de papelotes, dibujos, recortes de periódicos, folletos, etiquetas engomadas y tickets del Metro...

Pero el público no lo pierde todo, porque la memoria de Langlot, más fiel que sus bolsillos, le sugiere otra canción, que no es suya, pero que no por esto, dice, carece de valor anarquista:

Propagad por el hecho; morid por la anarquía;
no tiemble vuestra mano; sereno el corazón,
lanzad pronto la bomba que en hórrida explosión
destruya lo que impide que llegue el nuevo día.

Esta canción, intitulada "Los locos", vale a su Intérprete una calurosa ovación. Así, entusiasmado prosigue:

Con la star en la mano,
con la star en la mano
abrámonos camino...

Numerosas voces se juntan para cantar el estribillo, que resuena formidable en aquellos parajes poco poblados.

Dos o tres camaradas recorren los grupos vendiendo ejemplares de los himnos y de las canciones que acaban de entonar. Reina la alegría y es grande el entusiasmo de todos. En aquel ambiente primaveral vibran en visiones radiantes e ingenuas los ojos de todos.

... Malthus recoge tristemente todos sus extraños apa ratos, que no han encontrado compradores...

- ¡En marcha, compañeros, que ya es tarde! Margarita y Thibault se encuentran junto al saquito que contiene sus provisiones.

- ¿Dónde has estado?

El tono de Thibault revela despecho y sospechas;

Sin aguardar la respuesta, prosigue:

- En vez de corretear, hubieras hecho mejor, puesto que eres una ignorante, en escuchar nuestras controversias y educarte.

A Luis, que desde lejos la contempla, la mirada de Margarita le lleva una suave turbación.

En cuanto a lo demás, no se toma la molestia de contestar a las reconvenciones de su sabihondo compañero. Fuera de los dogmas anarquistas, Margarita, como mujer, es bastante sutil para adivinar el instinto del macho que viene a anidar en el corazón del esposo "frío, emancipado y sonriente".

Y el fruto que acaba de saborear entre el bosque toma en sus labios glotones un gusto divino, por cuanto es fruto prohibido.

* * *

Sin darlo a entender, disimuladamente Thibault vigila a su compañera: se enfanga menos en las discusiones, que son tan apasionadas al regreso como a la ida.

El día de libertad y de alegría ha exaltado un poco los cerebros, y la falange anarquista se muestra más rebelde.

La aparición de una sotana provoca gritos, y el que la lleva, perdiendo su gravedad, se ve obligado a refugiarse presuroso en un cocherón.

Deciden atravesar a pie el Bosque de Bolonia y desfilan alborotadores entre los paseantes apacibles.

Para aplastar la burguesía
y hacer que triunfe la anarquía
hay que avanzar con energía...

Al ritmo marcial de las estrofas vibrantes la marcha se acompasa y se acelera.

Llegan dos rezagados: Elisa y Langlois, que se quedaron un rato más entre la arboleda que sirvió de decoración a las escenas de la vida anarquista.

- No vayamos a volver a París con estos "invendidos". Vamos a repartirlos.

Elisa, Langlois y otros muchos ponen manos a la obra.

Langlois coloca con una condescendencia muy singular sus periódicos a los transeúntes: si dudan, se impacienta y los acaricia con diversos epítetos, entre los que, a su juicio, es éste el más injurioso:

- ¡Anda, tómallo, especie de hombre honrado!

Los burgueses, estupefactos, miran con extrañeza el periódico subversivo que les entregan aquellas gentes raras y tumultuosas.

Las mujeres, prudentes, aconsejan a sus maridos, señalando el papel revolucionario: -¡Arrójalos! Un transeúnte solitario que se dirige a la capital recibe de Langlois un periódico y este consejo:

- Toma, elector, para que te eduques.

Molesto el "elector," arroja el papel y este gesto de rebeldía no convence al anarquista, quien con su paquete de "invendidos" le da un golpe en la cabeza y le hunde el

sombrero hasta el cuello. Un ruido de batalla agita el aire... y el "elector" huye lanzando amenazas...

Pasa un instante y aparecen cuatro agentes ciclistas. La falange reanuda su marcha y sus cánticos.

Ya nos veréis, al grito de ¡viva la anarquía!,

tratar a puntapiés la innoble burguesía...

Repercuten muchos gritos de ¡muera las "vacas"! y vibran rebenques y garrotes en las manos de los anarquistas.

A pesar de su disgusto visible, los policías prudentemente renuncian a la pelea y siguen su camino.

Y arrecian los muera a las "vacas" y los vivas a la anarquía.

La noche invade el Bosque. De tiempo en tiempo por el camino de la Cascada los automóviles lanzan el resplandor de sus faros. Y en el silencio que sigue a su paso resuenan los zarpazos de un arcaico caballo de fiacre que camina con tímida modestia.

Pero en los alrededores de la Puerta Maillot un ejército numeroso aguarda a los cantores. Hay allí docenas de policías y desde lejos se ve brillar sus ojos y sus dientes... ¿Qué hacer? Unos, temerarios, aceptan el combate; otros, más prudentes, optan por la huida...

El enemigo no aguarda el final de la deliberación. Se precipita con los puños en alto y comienzan las blasfemias, los golpes, los gritos, la desbandada y la caza implacable...

Luis se ve solo, tembloroso, junto a un árbol al lado de un camino negro y desierto. Allí ha permanecido durante los largos minutos llenos por el ruido de la batalla. Ha vislumbrado desde allí cómo corrían sus camaradas apaleados por los esbirros. Después del silencio llega el frío y la noche le aconseja abandonar su escondite.

No conoce el Bosque y vaga durante mucho tiempo por senderos que se entrecruzan; vuelve sobre sus pasos y marcha interminablemente por entre los árboles sombríos.

Ve al fin unos globos eléctricos que se reflejan en el lago, junto a cuyas orillas flirtean rezagadas parejas; con esto se salva. Cerca de allí está la Puerta Dauphine y al lado las luces rojas del Metro.

* * *

Asociadas la alegría y la inquietud, agitan la almohada de Luis. ¿Le ama ella seriamente? ¿Aquel corazón joven siente por él algo más que un capricho fugaz? ¡Ve tantos ejemplos de este género en torno suyo! Hunde su mirada para interrogarlos en los ojos risueños de Margarita.

Violentemente estrecha su cuerpo frágil y aplasta con sus locos besos la boca fresca que tan pronto se ofrece voluptuosa como se aparta coqueta...

-¿Me amas, Margarita? ¿Serás siempre mía? Pero en el sueño febril surgen figuras inesperadas y obstáculos brutales: Thibault con su actitud sospechosa; "Souvarine" con sus perniciosas teorías; la Mujer-cerebro con su palabra autoritaria el socarrón Breusten; el necio Langlois... Tan amada por él hasta entonces aquella sociedad, ahora le espanta, porque ve que dentro de aquel medio Margarita jamás será completamente suya... ¿Han llamado?... Ese ruido, ¿pertenece al mundo de los sueños o al de las realidades?

Sentado en su cama, Luis se restriega los ojos y afina los oídos.

Siente que de nuevo sacuden la puerta y una voz femenina llama: ¡Señor Mahieu!...

A impulsos de una esperanza insensata salta de la cama.

- Es Margarita -piensa...

- Pero cuando abre la puerta retrocede sorprendido: - ¡Ivona!...

- Sí, yo soy, querido hermano.

Y lo abraza fraternalmente. Él la besa, le hace sentar, atiza la lámpara y espera ávidamente sus explicaciones.

- Tú en París, tan sola... y a estas horas...

- Te lo explicaré todo; pero... antes... dame noticias de Renato...

- Hace algunos días que no lo he visto. De poco tiempo a esta parte está muy taciturno. Hoy precisamente hemos hecho una magnífica excursión a Saint Cloud y él no ha venido...

- Pero... ¿le veremos mañana?...

- Al decir mañana olvidas, sin duda, que ya son las dos...

- ¡Es verdad!... He tenido que aguardar que nuestros padres se acostaran para marchar...

- ¡Cómo! ¿Te has escapado? Y si no me equivoco, es el propósito de unirme con Renato el que te trae a París...

Ivona no contestó.

- Escucha, Ivona: yo no tengo prejuicios, pero debes pensar en nuestros pobres padres; con lo buenos que son para nosotros... ¿Qué va a ser de ellos al quedarse tan solos?

Dos gruesas lágrimas ruedan por las mejillas sonrosadas de Ivona. Por fin se decide a hablar:

- Luis, no te aventuras a condenarme. ¡He sufrido tanto!... ¡Sin otro consuelo que el de mi correspondencia con Renato, cuántas cosas he tenido que soportar!

Se detiene para enjugar sus lágrimas y luego, más tranquila, continúa:

- Papá tenía la obsesión de casarme con el hijo de Laurean. ¿Lo recuerdas? Carlos, aquel grandullón. Sin decirle que yo amaba a Renato, porque no siente hacia él la menor simpatía y siempre le ha mirado con instintiva desconfianza, dije a papá que no quería casarme; pero no por eso ha querido renunciar a su proyecto.

Todos los días encontraba al hijo de Laurean en mi camino mirándome como un asustado y aburriéndome con su vulgar conversación. Tan bruto es, que ni aun ha notado que yo huía de él.

- "Señorita Ivona, el año viene bueno; si es como el pasado y el heno se vende bien, podremos meter en la hucha algunos billetes."

Otras veces me decía señalando sus tierras:

- Mire cuánto terreno de un solo propietario. ¡Se ha fijado en que mis tierras lindan con las suyas, y si se juntaran harían una finca hermosísima?... Y darían para mantener bien una familia numerosa... ¿Verdad?"

Y reía brutalmente, mientras sufría yo, al tener que escucharle por cortesía.

Papá le apoyaba con toda su fuerza; a cada paso me hablaba de este matrimonio. Como sabes, es muy bueno; pero este provento le ha trastornado la cabeza. Ya no es el que era: figúrate que hasta ha llegado a darme miedo...

Además, me encontraba sola para soportar sus enojos. Mamá debía compadecerme en silencio, sin atreverse a quitarle la razón. Aun alguna vez debió defenderme tímidamente, porque un día oí que le contestaba:

-Deja que yo me entienda con ella. ¿No me corresponde a mí? ¿No soy yo bastante para cuidar de su interés? Cuando yo sepa lo que ha resuelto, ya te lo diré.

Por esto decidí marcharme, y cuento contigo para escribirles y explicárselo todo...

- Tus razones son muy atendibles; pero esos pobres viejos van a sufrir un mal golpe... Sin duda alguna, yo estoy por la unión libre... pero... la mujer no es como el hombre...

- ¡Cómo me sorprendes, Luis! ¡Yo que creí que como anarquista me aplaudirías! No comprendo bien vuestras ideas; pero me parece que cuando se ama...

- Seguramente. Yo no te censuro; sin embargo...

- Vamos, Luis, se arranco: si tú amaras a una mujer, ¿la disuadirías de abandonar a una familia que se opusiera para irse a vivir contigo?

Sin darse cuenta, Ivona acababa de evocar la imagen locamente amada de Margarita, y el hermano, que se entregaba a los prejuicios familiares y a las prerrogativas del sexo fuerte, dejó su sitio al amante.

- Es verdad -repuso-. Además, la Biblia ha previsto el caso, y dice:

"El hombre abandonará a su padre y a su madre para unirse a la mujer y formar con ella una sola carne"...

Escucha, hermana: ya es muy tarde; necesitas descanso. Acuéstate. Mientras duermes yo voy a escribir a los padres para tranquilizarlos. ¿Vas a ir tú sola a buscar a Renato?

- Preferiría... que tú me acompañases.

- Bueno. Iremos a su casa por la tarde, cuando salga yo de la oficina. Si no lo encontramos, como hay un mitin en la Bolsa del Trabajo, allí estará, seguramente. Ahora, descansa.

Al amanecer, andando muy despacio para no despertar a su hermana, salió Luis de la habitación con una carta en la

mano. En la parte baja de la calle de Bonaparte resonaban los variados ruidos matinales, y los grandes núcleos de trabajadores caminaban presurosos hacia el Sena, hacia el centro, hacia el gran fogón, que devora por millares de millares las actividades, alegres o tristes, y las existencias, jóvenes o viejas...

Modistillas, empleados, obreros, todos marchan de prisa. Los unos, soñolientos aún, caminan en una visión de reposo y libertad; los otros, más positivos, comen pan y algunas vituallas; pero nadie se detiene; todos van de prisa, de prisa...

Como los demás, Luis baja por la calle de Bonaparte, y costea el Sena, entregado a sus melancólicos pensamientos.

- Ayer, a la misma hora tomábamos el vapor... y su mano se dejaba acariciar por la mía... ¡Qué divina jornada, a pleno sol, a pleno aire y en plena libertad!... Hoy me aguardan mis necios compañeros en el escritorio, que entre bostezos consume sin provecho mi juventud... Y mientras tanto, ¿qué hará Margarita, lejos de mí?

IV

- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Bandidos! ¡Traidores!

El salón de la Bolsa del Trabajo está lleno de gente. Sobre la multitud agitada flota una nube de humo que hace la atmósfera más cálida y los nervios más irritables. Al través de los efluvios de las pipas se cruzan, amenazadoras, las invectivas. Para gritar con más fuerza algunos se suben a los bancos; los que no ven protestan, y la campanilla del presidente aumenta inútilmente la baraúnda. El anarquista "Souvarine" parece estar orgulloso de haber desencadenado aquella tempestad. A la concurrencia, que no le quiere oír, la increpa con los epítetos más virulentos... que se pierden entre el ruido.

Junto a "Souvarine" se presenta en la tribuna otro hombre, y con voz estentórea reclama el silencio. Al fin lo consigue; el compañero Fortier está bienquisto de las masas.

- Camaradas: yo os pido que dejéis hablar al contradictor. Ya nos hemos dado cuenta de que hay individuos que vienen a perturbar nuestras reuniones y a desviar nuestra propaganda, con el objeto de sembrar la desunión entre los obreros.

Nuevo tumulto. Nuevos gritos. En un rincón de la sala, "pincha" la voz de Elisa. Fortier continúa:

- Camaradas: no seamos tontos. No caigamos en este lazo. A nadie tememos. Yo os pido que escuchéis con paciencia al contradictor. Ya nos encargaremos de contestarle.

"Souvarine" se aprovecha de la calma:

- ¿A qué viene esa intolerancia? ¿No son libres odas las opiniones? ¿Es que se teme la verdad? En todo caso, siempre será mejor controvertir que injuriarse. Este mitin tiene por objeto discutir la jornada de ocho horas; pues bien, nosotros, los verdaderos anarquistas, decimos que eso no es interesante. El sistema patronal es el que hay que destruir. No nos contentamos con trabajar una hora menos cada día; queremos suprimir toda esclavitud y vivir a nuestro gusto sin patronos, sin leyes y sin amos.

El auditorio simpatiza con el orador y suenan muchos aplausos.

- ¡Cuánto tiempo perdido, camaradas, eh pos de las reformas ilusorias y de los resultados mezquinos! ¡Os seguiréis dejando engañar por los políticos y por los charlatanes que prometen la felicidad para el año 2000, y mientras llega engordan a costa nuestra? No los escuchéis. Volved la espalda a la estupidez de los parlamentarios y los sindicalistas, y emancipaos. ¡Alzaos contra la sociedad!

¡Arrancadle la parte de bienestar que os roba! ¡Abajo las reformas! ¡Viva la anarquía!

Entre el tumulto que renace se pierden las últimas palabras. Esta vez no nacen las protestas en el seno de la masa. Son la comisión, el presidente y Fortier, y otros muy conocidos, los que se indignan, interrumpen y suscitan contra "Souvarine" la cólera del auditorio. Los altercados son más vivos que antes; los puños se crispan y "Souvarine" tiene que abandonar la tribuna ante los biceps poco tolerantes de algunos que la asaltan.

En el pórtico, Lanalois ocupa el centro de un grupo de camaradas y hace pasar de mano en mano unos recortes de periódicos, en los que se da cuenta de que el día anterior le detuvieron, cuando las algaradas del Bosque de Bolonia. Después de haber dormido en el Depósito ha tenido la suerte de saborear aquella mañana la libertad y la gloria. La Prensa dedica una gacetilla de seis líneas al suceso y da cuenta de las detenciones; el nombre de Langlois figura seguido de esta aduladora calificación: "anarquista peligrosísimo".

Es el día más bello de su vida. Ha comprado todos los diarios. desde "L'Autorité" hasta el "Petit Parisien", y ha empleado toda la mañana en coleccionar los recortes.

Luis, Renato e Ivona, que acaban de entrar, no se le escapan. Como los demás, deben examinar la gacetilla y participar del júbilo del héroe del día.

En torno de Langlois se promueve discusión:

- ¿Es más anárquico batirse con la policía que buscar la salvación en la fuga?

Langlois, belicoso, no duda. Además, reputación obliga; debe mostrarse digno del suelto.

- Yo no huí. Creo que un verdadero anarquista debe siempre aguardar a pie firme la policía.

- Pero eran tres veces más que nosotros -dice Breusten.

- No importa -insiste Langlois, a quien el portero de la Bolsa del Trabajo mira desde entonces con gran admiración... y con un poco de temor.

-No hiciste bien. Un individuo consciente no debe exponerse inútilmente al peligro. Los compañeros fueron bien cuerdos al huir de un enemigo tan superior en número. Como no somos religiosos, no nos debemos sacrificar. Cuando no seamos bastante fuertes para imponernos por la violencia, debemos emplear la astucia; todos los medios son buenos...

- Entonces, según Breusten, el mejor anarquista es el que corre más.

Breusten, al reconocer a Narsaggis, no contesta. Este, encarándose con Langlois, añade:

- Y según Langlois, el más anarquista es el que da o recibe mayor número de golpes.

Thibault, que llega con Margarita, apostrofa con sus gritos a Narsaggis, que le es bastante antipático.

- ¿Se puede saber de Narsaggis, que a todo el mundo critica, cuál es la verdadera actitud anarquista?

Narsaggis se encoge de hombros con desprecio y penetra en el salón, adonde le siguen todos menos Langlois, que permanece en la puerta mostrando sus recortes periodísticos a todo el que llega.

Sigue hablando el ciudadano Fortier, interrumpido por algunos y aplaudido por los más.

- Vosotros, camaradas, tenéis bastante buen sentido para no prestar oídos a los sofismas de esos pretendidos anarquistas que hablan de subvertirlo todo y que son incapaces de obtener el más leve resultado.

Es muy cómodo sostener teorías extremistas y criticar la acción sindical; pero, ¿qué hacen los que nos atacan? Os dicen que van a suprimir el salariado inmediatamente, y esto es imposible.

- ¡Ya se ve que tú ganas 300 francos mensuales! ¡Los funcionarios sindicales no tienen prisa para hacer la revolución!...

Fortier se vuelve y ve a Breusten junto a su compañera Magdalena. Un rayo de cólera brilla en sus ojos.

- Algunos nos censuran el estar retribuidos por la clase obrera, a la que sacrificamos nuestra energía y todos nuestros afectos. No tengo para qué contestar a esas miserables insinuaciones. Todos los días arriesgamos nuestra libertad por la causa común...

- ¡Bravo! ¡Viva Fortier! ¡Viva la Confederación General del Trabajo!

Y en toda la sala resuena una ovación clamorosa.

- Decía, pues, camaradas, que el verdadero camino de la emancipación proletaria es el del Sindicato, el de la organización, el de la lucha consciente y útil. Tened cuidado con los consejos de esos agitadores tenebrosos que empujan a los inexpertos a ciertas revueltas peligrosas, al robo, al atraco, al asesinato...

- ¡Viva el "ilegalismo"! -clama Langlois, que entra en aquel instante con sus recortes en la mano.

- En efecto; desde esta tribuna se ha hecho la apología del ilegalismo. En este caso no hubiera yo hablado. Séame

permitido decir lo que pienso de esta teoría peligrosa. Es indudable que a los descabezados que la profesan los pierde y los lleva en gran número a poblar las prisiones. Y a los que se sustraen a las sanciones penales, ¿qué les ocurre? Pues que en cuanto tienen dinero son peores que los burgueses. Desprecian al proletariado y le llaman la "vacada", y se apartan de toda propaganda y de toda acción emancipadora; su "yo" es lo único que les interesa.

El ilegalismo es un peligro y es preciso tener valor para combatirlo. No sólo nos roba los militantes, sino que, además, los corrompe; destruye todo principio de solidaridad y desenvuelve un egoísmo abominable. A nombre del individualismo puro rechaza toda moral; el hombre pierde los escrúpulos, y los actos más crueles son aprobados y ejecutados en cuanto sirven el interés personal.

Si quisiera, camaradas, pudiera citar numerosos hechos en apoyo de mis palabras. Por ejemplo: ¿es edificante el saber que a la vuelta de un atraco en auto dos ilegalistas se han ido a las manos con motivo de repartir el botín y el más fuerte de los dos no ha dudado en arrojar a su competidor en la carretera, después de herirle gravemente?...

Ved adónde conducen esas doctrinas absurdas. Por eso os pido que, como yo, las reprobéis...

Una tempestad indescriptible se desencadena. Breusten se levanta rugiendo como un tigre contra Fortier; éste no se mueve de su sitio.

Luis se revuelve pálido para mirar a Renato, cuya mano tiembla entre las de Ivona; los tres callan...

- ¡Viva la C G T! ¡Viva Fortier!... ¡Viva la anarquía!... gritan, se amenazan y se golpean.

En el fondo de la sala, Elisa hace frente sola contra toda una jauría, que acaba por expulsarla del mitin.

Rafael Blum intenta con grandes esfuerzos decir algunas palabras.

...Unos y otros han exagerado. Los que hacen una panacea del ilegalismo, se equivocan y se exponen a una gran responsabilidad; y los que replican tratando a todos los ilegalistas de viciosos, de egoístas y de falsos compañeros, se equivocan también al generalizar ciertos casos particulares. El ilegalismo no suprimirá la sociedad capitalista: es cierto; pero no debemos censurar a los que se ven colocados fuera de la ley ni a los refractarios, puesto que casi siempre son víctimas de la iniquidad social. La única criminal es la sociedad tiránica que hace de la vida un calvario y del trabajador un paria. No unamos nuestras voces a las de los moralistas burgueses, y respetemos la astucia de los vencidos por la sociedad.

- ¡Bravo! ¡Muy bien!

La mayoría pareció quedar satisfecha del hábil preámbulo.

- No hay que olvidar, por otra parte, que algunos de los que practican "la expropiación individual", no siempre lo hacen para su personal satisfacción; con sus subsidios participan activamente en la propaganda libertaria, y no merecen la reprobación que Fortier ha extendido a todos.

Antes de llegar a esto, camaradas, mirad en torno vuestro. ¿No está la sociedad entera edificada sobre el robo y sobre el crimen?

El comerciante que vende con pesos falsos y que envenena su clientela con productos mixtificados: el patrono que explota duramente a sus obreros y sus obreras; el rentista gandul y fastuoso; el parlamentario farsante que amasa su fortuna a favor de sus embrollos; todas estas gentes ¿no son mil veces más criminales que los "apaches" y los ladrones? Los niños diezmados en sus cunas; las mujeres empujadas a la prostitución; los obreros depauperados por el trabajo; la clase obrera innoblemente acorralada... ¿podemos olvidar estas víctimas de los grandes malhechores capitalistas?

Reinan en todas partes la violencia, la explotación, el parasitismo... ¡Estos son los ejemplos que la propia sociedad nos ofrece!

La concurrencia se entrega; unánimes aplausos acogen la fogosa declamación del orador. Cuando las manos entusiastas cesan de golpear, una voz calmosa y fría se oye al pie de la tribuna:

- ¿Es esa una razón para que la imitemos? ¿Debemos tomar como modelos a los que hacen el mal o a los que hacen el bien?

- Narsaggis, no es hora ésta de filosofar. Yo sólo he querido defender la causa de los camaradas a quienes Fortier trataba tan despiadadamente. Dicho esto, yo no hago la apología del ilegalismo; cada uno debe escuchar la voz de su temperamento y de su conciencia. En cuanto a mí, "a priori", no quiero exaltar ni censurar a nadie...

Las palabras conciliadoras de Blum son acogidas sin dificultad por la concurrencia, y dejan una impresión favorable.

Se oye después a otro sindicalista que arremete contra todos los que se han separado del objeto del mitin. Quiere que la cuestión de las ocho horas sea discutida, y sobre todo... no quiere guardarse el discurso que trae preparado; pero los cerebros, estimulados por la controversia tumultuosa no gustan de aquel insípido alimento; se suscitan conversaciones en los corrillos y comienza la gente a salir.

-... Han aplaudido a "Souvarine", a Fortier, a Blum, que se han contradicho mutuamente: y lo hubieran aplaudido todo -hizo notar Luis.

- Eso es verdad: bajo las máscaras más distintas, la multitud reconoce siempre a los que piensan como ella y a los que piensan para ella.

- Sin embargo, Narsaggis, algunos oradores han dicho cosas buenas...

- Hasta cuando para imponerla a la estupidez de las turbas se la razona con banalidades sutiles, ¿la verdad es siempre la verdad?... Y cuando una cosa justa no llega a los cerebros perezosos más que por el sinuoso canal de la demagogia, ¿sigue siendo una cosa justa?

- La verdad, no se puede negar, camina con lentitud.

- Las cosas puras y bellas no pueden ser percibidas sino por los ojos privilegiados, querido Luis.

- ¡Vamos, circulen, vayan a discutir a su casa!... Ante la Bolsa del Trabajo, infatigables los agentes de la autoridad, como una bandada de negros pajarracos, se multiplican para asegurar la circulación... y el orden.

Ante el funicular de Belleville, Luis y Narsaggis se separan de Ivona y Renato. Irónico, pero afectuoso, los abraza Luis y les desea que pasen buena noche...

* * *

A la hora presente ninguna mirada indiscreta es de temer en las calles apacibles de Belleville.

En este feliz rincón de París, la vida es menos febril y el aire es más fresco.

El cielo está estrellado: las nubes, raras y ligeras, son arrastradas y disipadas por la brisa nocturna. Es muy agradable caminar lentamente por las calles dormidas... Ivona y Renato no se apresuran: van con serenidad hacia la enorme dicha tanto tiempo esperada. Y a cada revuelta de la calle, ante los solares vacíos o ante los callejones mal alumbrados, sus labios se juntan ávidamente en besos interminables y deliciosos.

Calle de los Bosques: una de las más tranquilas del patriarcal Belteville. Allí vive Renato: en el fondo de uno de aquellos hotelitos ocupa una vivienda clara y alegre, rodeada de jardines que cultivan con amor modestos propietarios soñolentos. Arbustos delgados: flores y verbas anémicas; viejos meticulosos y lentos; todo esto vive allí sin emoción, lejos de los remolinos pérfidos y de los desiertos ardientes.

* * *

Ante la ventana cerrada se detienen los dos callados. Renato se apodera de la queridísima cabecita rubia: la atrae contra su pecho y saborea los labios exquisitos, que se entregan y devuelven con timidez los besos que reciben.

- ¡Qué felicidad! ¡Al fin eres mía, Ivona! ¡Cuánto tiempo he deseado que llegase esta hora divina!... Pero ante sus dos almas, la misma visión surge brutalmente: el día gris del diciembre último: el herido transportado a la finca de los Mahieu... los cuidados solícitos de Ivona... las tiernas miradas cambiadas furtivamente...

Y luego... la frase odiosa de Fortier... los atracadores en auto... una lucha horrible y egoísta... un cuerpo sangriento abandonado en la carretera...

Los dos estaban inquietos.

- ¿Lo diría por éste? -piensa Ivona-. ¿Es mi Renato un malhechor? ¿Hago mal en amarlo?

Y él:

- ¿Qué pensará ella de mí? ¿Soportaría su amor la revelación?

Doloroso momento de duda común y de común angustia. ¿Se les escapaba la felicidad? Pero el joven ha reconquistado los labios, más cálidos y más temblorosos, que se le entregan voluntariamente.

- Ya lo sabrás todo, mi querida Ivona. Te adoro locamente. Mi vida es completamente tuya, y lo único que quiero es hacerte dichosa. En el rudo camino de la vida ¡cuánto puede ayudarme tu cariño!

El tierno corazón de Ivona no deseaba otra cosa sino dejarse convencer, y así, la joven rubia balbucea entre besos cada vez más ardientes:

- Yo también, Renato, yo también te amo...

... Sus nervios exigen que la tensión se acabe: sus suspiros jadeantes se confunden: Renato estrecha hasta lastimarlo aquel cuerpo juvenil y sus manos inquietas prolongan los peligrosos contactos.

- ¡Qué hermosa eres! ¡Cuánto te amo!... Y la frase concluye casi imperceptiblemente en un ruego:

- ¡Sé mía!

Sumisa al amante vencedor. Ivona espera las caricias supremas... Sobre el lecho inmediato, sin apartar la boca febril, empuja Renato a la virgen sin voluntad y sin fuerza... y la somete a su exaltado deseo.

En la noche fresca y tranquila suenan las dos en un reloj vecino. Los amantes callan. Sus ojos expresan el goce satisfecho de la mutua posesión. Las manos de Renato se

han vuelto más ligeras y sus caricias son más blandas. Sus labios tranquilos murmuran palabras cariñosas.

- Luego tú, querida Ivona, consientes en amarme a pesar de todo...

Y después, inclinándose sobre ella, añade:

- Perdóname, bonita, el que no te haya dicho la verdad. No podía. Me hubieras rechazado sin escucharme. Hoy ya me comprenderás mejor. Así lo espero... Sí, Ivona: yo soy de esos que declaran la guerra a la sociedad, no sólo con palabras vanas, sino con gestos vengadores. Escucha mi confesión:

Desde mi más tierna edad he comprendido la iniquidad de cuanto me rodeaba. He visto que unos morían de hambre mientras otros derrochaban fortunas. Todos los engranajes sociales parecen tener por objeto el de perpetuar esta esclavitud. El sacerdote exhorta a los parias a la resignación. El militar, el policía, el juez, mantienen a la turba en el sufrimiento por medio del temor. Y el esclavo ignorante besa servil la mano de su verdugo...

Ivona hizo un signo de aprobación.

- ¿Cómo salir de este infierno? ¿Por qué medios eludir la suerte lamentable que me aguarda como a todos los desheredados de la vida?

Yo tenía el corazón demasiado ardiente para poder ganar mi pan de una manera envilecedora, amaba demasiado la vida para encerrarme en un taller y renunciar para siempre a la libertad.

Muy joven quedé huérfano, y aún no contaba diez y siete años cuando murió una tía mía que me crió generosamente.

Quisiera que comprendieras tú lo que fueron mis luchas y mis sufrimientos; porque yo no soy uno de esos desventurados a quienes la estupidez popular llama "apaches". Después de dudar durante mucho tiempo, me decidí a abrirme violentamente mi camino, ya que los demás se me cerraban.

No; yo no he querido ser el esclavo, la unidad dócil del rebaño. Puesto que la propia sociedad ha hecho de la lucha una necesidad, una dura ley, solo contra todos, acepté el combate de disputar mi vida a la horda de tiranos y a la turba de esclavizados. Renato se había levantado. Cruzados los brazos, arrogante la cabeza y los ojos fijos en Ivona, defendía su causa soberbiamente.

- ¿Moral? ¿Honradez? ¿Probidad? Palabras falsas, desprovistas de sentido real, como has de comprobar muy pronto, mi querida Ivona.

¿Quién puede tirarme la primera piedra? Yo vivo al margen de la sociedad, es cierto; pero mi conciencia nada me

reprocha; me dice, por el contrario, que los tartufos sociales, los ladrones legales son más despreciables que yo porque tienen menos audacia. Para despojar a los débiles se amparan de los privilegios de los Códigos... No me tengo por más inmoral que esa turba ignara que afecta una falsa honradez. El dinero lo gobierna todo. ¡Ese es su Dios! ¡Ese es su Amo!

Ya te he dicho, querida, lo que soy y lo que pienso. Permíteme añadir que no soy un vicioso ni un egoísta. No me domina la pasión del dinero y he sabido hacer buen uso del producto de mis actos ilegales... No sé si estas explicaciones, rápidamente dichas, serán bastante convincentes... Tengo miedo de que el prejuicio, la mala educación, actúen sobre tu espíritu y me condenes antes de adquirir la posibilidad de observar y comprender...

La mirada de Renato era más viva que nunca y sus mejillas estaban encendidas; vibraba su pensamiento con vehemente alegría y su voz sabía encontrar las inflexiones más agradables.

Ivona le escuchó embelesada; su boca, entreabierta para futuros besos, no tuvo el menor reproche y sus ojos azules seguían soñadores...

¡Qué vasto e inquietante horizonte! Turbada por el asalto tumultuoso de tan inacostumbrados pensamientos, no por ello retrocedió la joven...

Renato se arrodilló ante ella y sobre su diestra colocó sus labios ardientes.

El silencio, largo, hizo que sus corazones se calmaran y se compenetraran.

En el fondo de un jardín próximo, el canto de un gallo saludó a la aurora naciente. El aire es más fresco y el cielo más pálido.

- ¿Quedamos, adorada Ivona, en que a pesar de todo has de querer mucho a tu Renato? ¿Aceptas el apoyarte en su brazo para siempre?

Mejor que las frases respondieron los labios. En una comunión perfecta de sus almas, Ivona y Renato gustaron el encanto de sus besos más completos y más apasionados, y mientras sus ojos, desvanecidos de tanta felicidad, se cerraban, los labios de la joven, felices, ensayaban a decir:

- ¡Sí! ¡Soy tuya! Juntos para siempre, Renato mío...

V

Insoportables antesalas colocadas por el hombre ante la Naturaleza, las estaciones ferroviarias se llenan de saludos, de ruidos y de movimientos. Blasfemias de cocheros, lamentaciones de mozos, llamadas imperativas de viajeros. Equipajes transportados con descuido, niños a quienes se regaña y lloran, gentes que corren hacia trenes en marcha, o que se impacientan ante las calmosas taquillas. Últimos espasmos de una vida febril que va a buscar el reposo hacia las playas soleadas o en las misteriosas umbrías.

Allí están Ivona y Renato, así como Luis y Narsaggis; sólo esperan a Margarita. La hora de la estación de Mont Parnasse es exacta: son las ocho. Dos arrugas obstinadas atraviesan la frente de Luis, cuya mirada inquieta escruta las filas presurosas que desembocan de la calle de Rennes o que afluyen de la escalera del Metro.

- De ninguna manera podemos ya tomar el tren de las ocho y quince -comprueba Renato-. Tendremos que esperar una hora más.

Luis se muerde los labios y no dice palabra. ¿Si ella no viniera?... ¡Adiós la bella jornada que esperaba!

- Ya veréis -dijo Narsaggis para aguijar la paciencia de sus amigos- lo interesante que es el paseo. El valle de Chevreuse ofrece los paisajes más encantadores del contorno. Y el vergel de Port-Royal te hará recordar, Renato, las frondas de Barbizon.

Renato había propuesto, efectivamente, ir a pasar el día en el bosque de Fontainebleau. Había hecho a sus amigos el mayor elogio de las espesuras tutelares y en particular de las pintorescas gargantas de Apremont; pero su proyecto tentador había sido rechazado por estar Fontainebleau muy lejos de la capital para que fuese suficiente un solo día de excursión. Narsaggis y el valle de Chevreuse habían, pues, ganado el pleito. Se tenía además la esperanza de poder ir pronto al bosque magnífico y consagrarle muchas jornadas consecutivas.

Las ocho y diez; los ojos de Luis suplicaban en vano al horizonte populoso. La morenita amada no venía.

Pero de repente surgió sin que se la hubiera visto llegar, comprimiendo risueña los latidos de su corazón, turbado por una marcha muy rápida.

- ¡Oh, Margarita, qué miedo tenía de que no vinieras!

Cambiaron rápidamente dos besos.

- No ha sido falta mía, Luis. Thibault ignora que preparaba yo esta salida y no he podido disponerme hasta después de su marcha para el taller; y como si lo hiciera de intento, esta mañana se despertó muy tarde; además, mi corpiño no estaba arreglado.

Únicamente entonces Luis concede una mirada al delicioso corpiño rojo con cuello blanco de que su amiga se había vestido. Le sienta a maravilla, y hace que parezcan más negros todavía los negros rizos que encuadran su rostro sereno.

Pero Renato, burlón, interviene:

- Querido Luis, no perdamos más tiempo. Ya admirarás en el camino el lindo corpiño rojo y a la no menos linda que lo lleva.

En la alegría general se deja Luis arrastrar, y los cinco se dirigen a un departamento vacío, del que se cuidan, misántropos, de cerrar la portezuela...

Al través de las apacibles decoraciones rueda el tren. Han pasado las fortificaciones, y los rojos tejados de los

coquetones hotelitos dan una nota alegre entre el follaje tierno. En los jardines minúsculos, niños que ríen envían a los viajeros alegres besos.

El panorama es encantador. Los alrededores de Meudon, orlados de pálida verdura; el Sena, cuya cinta se desarrolla reflejando el sol; a lo lejos, el Viaducto de Auteuil, sobre el que flota un ligero penacho; más lejos todavía, apenas visibles, las torrecillas del Trocadero.

Versalles. Una estación sombría, en donde el tren se eterniza. Pesados artilleros; arrogantes braceros; aldeanos de torcidas piernas. Un repique feo de sables que arrastran, de sonoras patochadas y de risas y discordias.

En aquella modesta estación muerta desciende poca gente. Del lado de allá de la roja barrera, tiende sus brazos la campiña: una vasta planicie limitada no muy lejos por una larga línea de árboles.

- Ved adónde os llevo, amigos. Encontraremos pocos seres humanos; lo aseguro.

Margarita lanza gritos estridentes, se cuelga del brazo de Luis y asustada, señala un objeto que fila vertiginoso y en el momento desaparece.

- Calmaos -dice Ivona con suficiencia-; sólo se trata de una liebre.

El susto de Margarita es grande porque jamás ha visto, ingenua, más que las liebres en el asador, y la presencia de una en aquel sitio le parece poco explicable.

Ya en el bosque, el paso de todos se hace más lento. Sus narices se ensanchan complacidas ante los olores frescos y suaves. Las manos acarician los musgos aterciopelados y las florecillas cándidas. Las mujeres adornan su seno con pálidos jacintos, a los que ellas atraen los labios insaciados de los amantes. Y mientras las parejitas olvidan entre gratas caricias y alegres conversaciones las horas inexorables que huyen, Narsaggis, indulgente, marcha a la cabeza de la pequeña colonia.

Enriquecido por las lluvias últimas, un arroyuelo bordea el camino y en determinado punto lo cruza. Para los hombres, con dos zancadas quedará vencido el obstáculo. Ivona, más ágil aún que los compañeros, se lanza igualmente a franquearlo; pero Margarita retrocede asustada, y ello procura a Luis el placer de tomar en sus brazos el cuerpo amado y de sentir las manos graciosas crispase sobre sus vestidos durante una travesía que le parece demasiado corta.

- He aquí -anuncia Narsaggis -un comedor Ideal.

Efectivamente; bajo los árboles se ofrece una linda pradera que parece virgen de toda huella humana. Para asientos

tienen piedras pulimentadas y alisadas por las ondas seculares. Bajo los pies, un tapiz de musgo blando, sobre el que juegan los rayos brillantes del sol tamizados por un espeso ramaje.

Hecha la instalación y desempaquetadas las provisiones, no tardan a ponerse en contacto con las mandíbulas que se apresuran. Cada uno confiesa su apetito prodigioso y dirige a la ausente capital un epíteto malsonante.

No está de más un poco de reposo. Narsaggis saca un libro. Renato se aleja junto a Ivona, y los dos, enlazados, invocan el sueño; pero entre Luis y Margarita la conversación se anima, pues él apremia o se muestra humilde y suplicante, y ella se encierra en una negativa y repliega sus labios infantiles en una mueca de disgusto.

Ni un ruido. Sólo un céfiro hace imperceptiblemente danzar entre las ramas de los árboles los hilos de oro del sol.

Margarita, después de una furtiva mirada a los amigos y de ver que éstos de nadie se cuidan, cede por fin. Y junto al arroyuelo cantarín, entre un poblado y la inextricable fila de castaños, desaparecen los amantes. Cuidadoso, Luis separa las ramas hostiles y sostiene el talle que vacila bajo el rojo corpiño.

Disipado el éxtasis, Luis habla lánguidamente, y Margarita, que escucha un poco distraída, desgrana sobre su falda los blandos pétalos de las flores que acaba de coger.

- Si tú quisieras seríamos felices. ¿No ves cómo sufro? Ésta separación continua es insoportable; te veo raramente: alguna tarde en las reuniones tumultuosas, y apenas si me es posible estrecharte la mano. ¡Qué dificultades para organizar el paseo de hoy! ¡Quién sabe ahora cuándo esta dicha podrá repetirse!

Y bajando la voz con una sombra de reproche:

- Todavía no me ha sido posible tenerte a mi lado ni una noche entera.

Esto no puede durar. Si me quieres, toma una determinación... Me parece que todo se puede arreglar. ¿No he oído yo mismo a Thibault propagar las teorías amorlibristas y declararse dispuesto a soportar sin pena el golpe de una infidelidad o de un abandono?

- Sí; él propaga muchas teorías ante sus camaradas para adoptar el gesto de un individuo fuerte y consciente, como él dice. Afecta despreciar a las mujeres, porque son inferiores e ignorantes, y jura por sus grandes dioses que jamás se dejará guiar por el sentimiento...

Y encogiéndose de hombros continúa Margarita:

- ¡Si yo te dijera, Luis, que en la intimidad es acaso peor que esos a quienes critica! En las reuniones afecta ser el hombre intransigente y proclama que las mujeres no son más que muñecas; pero, ¡si le escucharas suplicarme desde que sospecha que tengo relaciones contigo! ¡Si supieras las escenas de celos y las declaraciones amorosas que me hace para evitar que le abandone! ¿No lo hubieras creído, verdad?

El rostro de Luis se ensombreció. Evocaba sin duda aquellas escenas conyugales.

- ¡Qué dolor, Margarita, el de tenerte que compartir así! ¡Yo te querría para mí solo, entera sólo para mí!

Y apoderándose de aquella cabecita, multiplica sus besos sobre los ojos, sobre los labios y sobre el cuello cosquilleándole con los bigotes.

- Sin embargo-continúa la voz argentina de Margarita-, si yo lo he engañado, bien suya es la culpa. De tal modo me ha trastornado el cerebro con sus historias del amor libre, que he acabado por admitirlo como la cosa más natural. De otro modo jamás hubiera yo tenido la idea de engañarle.

- Si de verdad hubieses amado a Thibault, le hubieras permanecido fiel. Mira, sin embargo, las tres cuartas partes de compañeros y de compañeras. A mi juicio, no se puede amar a dos personas a la vez.

- ¿Crees eso?

- Estoy seguro. Me es horriblemente penoso el tenerte que compartir.

La voz de Luis tiembla; Margarita lo coge por el cuello y le mira un poco irónicamente.

- ¿Vas a ser también tú celoso?

- ¡Oh, sí, hermosa mía; estoy celoso, sufro, te amo demasiado, te quiero toda entera:

Con una necesidad insensata de posesión, con un deseo apasionado de sentirla suya... toda suya, abraza el cuerpo amado y lo estrecha fogosamente contra su corazón.

Lentamente vuelven a la apacible pradera.

- ¿Me prometes, hermosa Margarita, poner fin a esta situación? Habla francamente a Thibault, declárale tus intenciones... Me parece que no debieras dudar tanto. ¡Soy muy desgraciado!

Sin impaciencia los aguardaban sus amigos.

- No comprendo -dijo Renato a Narsaggis- tu escepticismo. Si juzgas tan severamente a los anarquistas, ¿por qué frecuentas su trato?

- Los anarquistas son lobos; repruebo su fiereza y los desórdenes de su voluntad; pero me encanta su independencia. Además, entre ellos he encontrado algunos hombres de recto corazón y pensamientos profundos.

Además, yo voy un poco en observador, en artista, allí a donde reina el ruido, donde estalla la música sonora y muchas veces embustera de ideas y palabras.

Un poco confundido, Renato le replica:

- ¿Aceptas, pues, el cliché burgués que quiere que todos los anarquistas sean fieras?

- No acepto ninguna idea preconcebida, amigo mío, ni aun la que pretende ser idea anarquista. Dejo a los tontos el terror estúpido que inspira la palabra anarquía; pero, por otra parte, no se puede negar que muchos de los vuestros no son personas recomendables. ¡Cuántos de los que gritan viva la anarquía no han comprendido la filosofía que la inspira! ¡Y cuántos seres degradados han venido a engrosar vuestras filas y a ampararse de la Santa Libertad, diosa generosa que absuelve todos los errores y justifica todos los crímenes!

- No se puede generalizar -interrumpió Luis.

- Me guardaré muy bien; pero tampoco se puede ocultar la verdad.

- ... Hasta el presente, la teoría anarquista por nadie ha sido refutada -declara Luis, afirmativo.

- ¿Se puede refutar un sueño, queridos amigos? ¿y el anarquismo es otra cosa sino un sueño cándido?

Actual mente; pero si todos los hombres quisieran...

- ¡Oh, religiosos que esperáis el paraíso de la decisión unánime de las hombres! ¡Oh, locos que confiáis a otro el cuidado de vuestra dicha!

- Entonces, eres partidario de la autoridad.

- No, Renato; pero la sociedad no puede existir sin ella. Organizada por los cuidados del Estado o ejerciendo libremente sus locuras en un régimen anárquico, viniendo de arriba o de abajo, desencadenando instintos, apetitos o violencias legalmente contra los débiles, es siempre la autoridad.

- ¡Quién sabe -aventuró Ivona- si el porvenir no verá una humanidad mejor que la nuestra!

- Puede ser. En todo caso el error de los anarquistas es el de creer que su sistema es inmediatamente viable, y demoledores inhábiles, golpean a tuerto y a derecho. Por

otra parte, como los apóstoles de todas las sectas que tienen la pretensión de cambiar la faz del mundo, son con frecuencia dogmáticos intransigentes, críticos orgullosos. Os declaro que me río muchas veces al escuchar a un camarada analfabeto tornar un tono doctoral y tratar de "embrutecido" a todo el que no se inclina inmediatamente ante su verdad sacro-santa.

- Eres demasiado severo, exclamaron a la vez Renato y Luis.

- Reflexionad, amigos míos, y comprenderéis que la vanidad, el espíritu exagerado de crítica, el culto del yo, el egoísmo libremente desencadenado, el odio antisocial, son sentimientos perversos.

Entre ellos, los anarquistas son incapaces de entenderse y amarse. ¡Qué doloroso es todo esto!

- Si camináramos un poco... -propone Margarita.

- Muy bien dicho; nuestra amiga la morenita tiene el sentido de las realidades. Continuemos nuestro paseo.

Los amigos reanudan su marcha a través del silencio soleado del bosque.

Sin abandonar el brazo de Margarita, Luis reanuda la discusión.

- Yo soy anarquista desde hace poco, Narsaggis; pero cuanto más estudio la sociedad, más siento crecer mi disgusto, y mejor comprendo el alma de los rebeldes.

- Eso no por la violencia y el odio, pues jamás servirán para obtener el progreso más modesto.

- A la fuerza es preciso oponer la fuerza. Ante el despotismo cruel, el individuo tiene el derecho Indiscutible de rebelarse.

- La violencia es repugnante, venga de donde venga.

- ¿Será preciso resignarse?

- No es resignarse el acto de elegir armas. A la brutalidad contestemos con la razón; a la cobardía opongamos el desprecio, la dignidad.

- Hace ya mucho tiempo que fracasaron esas predicaciones.

- ¿Por qué han fracasado? ¿Para quiénes han fracasado? ¿Para aquellos que han tenido la noble alegría de proclamar la verdad y la belleza, o para aquellos cuyos ojos permanecen siempre cerrados a todo lo que es grande y justo?

- Dices muy bien, Narsaggis. Mi corazón se desborda. Yo quisiera vivir, amar, expansionarme, y todo me lo impide. Lamento ser tan débil y tan timorato.

- Luis, no te abandones a esos transportes; por muy legítimos que sean, pueden serte nefastos y privarte de tu sangre fría.

- Todo esto es muy hermoso, pero... yo amo a una mujer y sólo puedo verla de tarde en tarde.

Mis días se pasan en la oficina donde trabajo. Para uno de alegría deslumbrante como el de hoy, ¡cuántas semanas espantosas no tendré que vivir! ¡Y me pedís que acepte esta suerte para toda mi juventud, para toda mi vida. Además, es preciso que yo vaya al cuartel a sacrificar tres años, enteros lejos de mis seres queridos...

- Nada te obliga -interrumpe Renato-. No tienes más que hacer como yo.

- Mal consejo, Renato -interviene Narsaggis-. Ya sabes lo peligrosa que es tu situación; tu libertad está a merced del más fútil acontecimiento, porque los prófugos son buscados activamente.

Y volviéndose hacia Luis, continúa:

- Ten voluntad, desconfía de los impulsos de la juventud y no vayas a avanzar, como tantos otros sobre los guijarros del ilegalismo.

- Entonces, ¿acepto la esclavitud?

- No es forzoso. Yo no tengo consejos que darte, pero confío en que llegarás a mejorar tu situación sin emplear medios inmorales.

- ¡Me llenas de asombro!

- El principio esencial hacia el que llamo tu atención, es el siguiente: "Restringir nuestras necesidades es disminuir nuestra esclavitud."

Los verdaderos gozos humanos son, a mi juicio, de orden moral, y no de orden material.

Por comer mucho, por divertirse, por encenagarse en los placeres groseros, los hombres renuncian a ser hombres, y abdican de la humanidad, del valor y de la independencia. Se hacen esclavos y se sienten felices a cambio de una cazuela bien guisada.

El hombre libre estima, por el contrario, sobre todo, los bienes morales, los verdaderos bienes de que habla Epicteto.

El contento de sí mismo, la rebusca infatigable de lo justo, de lo bello, de lo verdadero, la práctica de la fraternidad, son los sentimientos que elevan y fortalecen al hombre. No nos dejemos dominar por los sentidos; no sacrifiquemos a las satisfacciones puramente animales las más elevadas aspiraciones de nuestro ser.

Satisfacer modestamente las necesidades; limitar los deseos materiales, ésta es, amigos míos, la principal obligación del hombre libre.

Yo soy, Renato lo sabe, corrector en un periódico diario, como sustituto; es decir, que sólo trabajo dos días por semana. El salario de estos dos días basta para mis necesidades. De esta manera, soy además dueño de casi todo mi tiempo, y por esto me veis con frecuencia en los Museos, en las bibliotecas y entre los grupos anarquistas, socialistas, realistas, etc. Por esto me veis con frecuencia soñar y mirar cómo corren las ondas discernibles de la vida.

- Este valle es a la vez hermoso y triste -dijo Ivona.

En efecto, el espectáculo de que gozaban los paseantes estaba impregnado de una melancolía indefinible. Era un valle escondido en un océano de follaje. A primera vista, árboles por todas partes. Árboles sombríos o claros, que se apretujaban como una turba bulliciosa. Y el sol, que baña estos lugares pintorescos con una dulce luz, no basta para atenuar su tristeza.

- Desde el punto en donde nos encontramos se abarca todo el conjunto del valle calmoso de Port-Royal. Alrededor de nosotros, como veis, se extienden bosques sin fin. Entre la verdura percibís al fondo los vestigios de la antigua abadía. Sólo queda esa torre banal, que según me parece es un

palomar. Las casas vecinas están ocupadas por un colono que llena las funciones de guarda y guía a los visitantes.

En esa capillita recientemente construida hay instalado un Museo; en él se han reunido los documentos, los autógrafos, las pinturas, todas las reliquias concernientes a Port-Royal y a su historia. Allí veremos, ante todo, retratos de Racine, que fue educado aquí; de Pascal, que aquí vivió; del gran Arnaldo, de la hermana Angélica y de los principales jansenistas.

Ante la capilla, invisible desde aquí porque estamos lejos, se ha hecho una reconstrucción parcial del cementerio; algunas piedras tumulares, algunas cruces de piedra con sus inscripciones rotas por el tiempo...

Esto no es verdaderamente extraordinario. El encanto de esta visita está ante todo constituido por el decorado soñoliento, por la calma mística que entornece nuestro corazón y que evoca en nosotros indefinibles reminiscencias.

- ¡Ay amigos míos!; los filósofos han soñado en esta soledad. Ante los enigmas eternos han vivido sus largas meditaciones. Yo no imagino lugares más propicios para el recogimiento que estos bosques solitarios que este cielo severo y admirable. Los compañeros de Narsaggis callaron. Sólo su voz resonó impresionante en el silencio, y todos quedaron

como emocionados por aquellas evocaciones angustiosas y por aquel decorado austero.

* * *

Terminada su visita, los paseantes toman el camino de la capital.

Los bosques desaparecen a lo lejos en la esmeralda crepuscular. Los pajarillos cesan en sus cantos; los insectos se hacen invisibles; hasta el aire se calma por completo. La Naturaleza entera se recoge antes de librarse a las frescas caricias de la noche y los últimos destellos solares dibujan en las nubes cenicientas raras figuras bizarras y animadas.

Al abandonar el bosque, sin prisa, el pequeño grupo encuentra la carretera que se extiende al través de los campos desiertos.

- Teníais razón: esta peregrinación es melancólica. ¡Qué cosa más árida es la vida! Propone a nuestros cerebros problemas insolubles y creo que hacemos mal en preocuparnos por ellos. Más valiera que no preocupáramos por vivir y vivir bien.

- ¡Qué entiendes tú por vivir bien, amigo Luis, sino elevar el espíritu hasta lo insondable, vibrar ante lo eterno, confundirse con el infinito, o vegetar automáticamente como un bruto?

Narsaggis por nadie fue contestado. Las primeras estrellas aparecidas decoraban el oscuro fondo del cielo. Ante ellos, sobre el camino, la silueta incierta de un vagabundo flotaba en la sombra. Nada se oía; sólo lo lejos se percibían algunos ladridos sordos.

- Dentro de poco -dijo Ivona -habrá frutos abundantes por aquí. Debíamos volver dentro de un mes.

- Has tenido una buena idea -aprobaron Luis, Renato y Margarita.

Y Luis, golpeando amigablemente en el hombro a Narsaggis, añadió:

- Espero que no harás ninguna objeción, filósofo cristianísimo, y que no defenderás la propiedad, porque el sol hace madurar los frutos para todos los hombres.

- Eso en principio es exacto; pero no ignoráis que en la práctica tales razonamientos provocan continuos conflictos.

- La sociedad emplea continuamente la fuerza contra nosotros; nos encierra en el laberinto de sus mentiras y de sus servidumbres y nos vemos obligados a defendernos con

las mismas armas que se emplean contra nosotros -declaró Luis.

- Yo no soy de ese parecer. Razonar así es perpetuar eternamente el reinado abominable de la fuerza.

- Pero es la fuerza consciente la que nosotros debemos oponer a la fuerza social, a la fuerza ciega e implacable de las mayorías. ¿No nos asiste la razón?

- Si tenéis razón, ¿para qué necesitáis de la fuerza?

- Pero la una de nada sirve sin la otra.

- Perdona; pero hacer intervenir la fuerza es desconfiar de la razón: mejor dicho, negarla, traicionarla y contribuir a eclipsarla.

- Entonces ¿debo dejarme aplastar? -gritó Luis, impetuoso.

- A tu pregunta opongo yo otra: ¿Qué prefieres, ser el verdugo o ser la víctima? ¿Qué prefieres, sufrir la injusticia o practicarla?

- Planteado así el problema, es insoluble. Se trata precisamente de no ser verdugo ni víctima. Yo no quiero dejarme subyugar sin resistencia; pero tampoco quiero dominar a los demás. Si yo acometo es únicamente para defenderme.

- Peligroso razonamiento. Sólo ha servido para legitimar muchos crímenes. El verdadero criterio de la vida son los actos. Vivamos en conformidad con nuestro ideal; enemigos del mal, no dejemos que gobierne sin ningún pretexto nuestro corazón... Los excursionistas abordan un pueblecillo. Un aldeano que los mira curiosamente, accede a contestar sus preguntas indicándoles el camino de la estación, que está próxima según les dice. En dos tabernas hay gran ruido; las demás casas duermen.

Renato vuelve a la carga.

- No me has convencido.

- De ello se encargará la propia vida cuando hayas salido del periodo entusiasta, tan favorable para la producción de ese fenómeno que Stendhal llamaba la "cristalización". Contra la cristalización anarquista, lo mismo que contra la del amor, son vanos todos los esfuerzos.

- Si son vanos es que la lógica está de nuestra parte y tenemos derecho a trazarnos un camino al través de los que nos señalan nuestros enemigos.

- ¿Y por qué señal cierta conocéis a vuestros adversarios?

- Todos los que no son anarquistas son mis adversarios, puesto que sostienen la iniquidad que yo sufro. Para con ellos todas las represalias son legítimas. Por el contrario, los

que se adhieren a nuestro ideal tienen derecho a la más completa fraternidad.

- ¿Hasta si son indignos?... Toda vuestra moral está, pues, contenida en una mera cuestión de etiqueta.

Renato acude en socorro de Luis.

- Esta manera de hacer es sin duda la única lógica.

- ¿No comprendéis que el último que llega puede declararse anarquista y no merecer vuestra amistad? Y, por otra parte, entre los que ignoran la anarquía o se burlan de las etiquetas, hay muchos corazones generosos y muchas conciencias rectas. Os exponéis, pues, a maltratar a los hombres sinceros y a fraternizar con los malvados.

- ¿Cómo evitarlo?

- Os lo repito: no maltratando a nadie.

- A esta fórmula añeja prefiero yo la pena del Talión. Ojo por ojo, diente por diente.

- ¿Te has preguntado, Renato, si aquellos a quienes maltratabas eran más responsables que tú de la injusticia social?

-No invoques el determinismo. En el fondo, colonos, guardias, gobernantes, no son responsables.

- ¿Y entonces?

- Espera. Si ellos se determinan en un sentido, yo me determino en el otro.

- Entonces cada uno puede reventar a su vecino alegando: "No es mía la culpa".

La responsabilidad de nuestras perversidades no es imputable ni a mí ni a los demás, porque todos estamos determinados. Peguemos duro, que el más fuerte triunfará.

Una carcajada general acogió las irónicas palabras de Narsaggis, que concluyó:

- Eso parece, por lo que se refiere a vuestra lucha social, el famoso combate de negros dentro de un túnel.

La única salida es la que yo indico: no dejarse influir ni en un sentido ni en otro por el malvado determinismo.

- Estamos en la estación y el tren llega. Corramos un poco, compañeros.

- Si no hubiera sido por Margarita, perdemos el tren y quedamos condenados a esperar hora y media en esta

microscópica estación -dijo Luis cuando todos se hubieron instalado, y el tren, sin prisas, reanudó su marcha.

- Eso nos hubiera permitido discutir un poco más -bromeó Narsaggis.

- ¿Para qué? Hubiéramos quedado cada uno en la misma postura. Tú eres un soñador, y nosotros pretendemos desde ahora mismo realizar nuestras ideas y practicar la revolución consciente.

- Es decir, oponer vuestra autoridad a la autoridad de aquel que os agravie.

- Eso es un juego de palabras. Por ejemplo: Thibault el otro día me hizo el mismo reproche y se dignó tratarme de bruto honrado.

La alusión hizo reír a la cándida Margarita, y la risa burlona de ésta hizo temblar de gozo a su vecino Luis.

La morena continuó:

- Si le hubierais oído explicar su idea sobre la sociedad razonable y declarar todos los gestos que se deben adoptar o se deben rechazar...

- No es menos cierto que tú, Narsaggis, desdeñas todas las enseñanzas de la biología y del darwinismo. El "ilegalismo" es absolutamente legítimo.

- ¡Pobre Renato! Olvidas que toda función influye sobre la mentalidad de quien lo ejerce. De ello resulta una deformación mental o, si el término os disgusta, una adaptación a la función.

Por el ejercicio de su cargo, el juez llega a hacerse suspicaz; en todo hombre ve un criminal posible; todo inculpado es para él un culpable nada dudoso. ¡El comerciante, hábil distribuidor de sonrisas, con frecuencia se vuelve necio, adulador y avaro. El que manda habitualmente contrae costumbres brutales que impregnan su lenguaje y sus gestos.

Y el "ilegal", amigos míos no se escapa de esta ley; su vida es un ardid continuo; debe hendir sin cesar, ocultarse, mentir a los que se le acercan, y fatalmente se siente conducido a perder toda su franqueza, sobre todo si no está dotado, como con frecuencia ocurre, de una mentalidad extraordinaria.

La vida del ilegal es miserable; está obligado a lanzarse sobre presas poco lucrativas porque las otras están bien protegidas. Poco a poco abandona todos los escrúpulos. Tener dinero es su grande preocupación, y está constantemente mirando a ver en dónde puede dar un golpe. El equilibrio de su moral no tarda a quedar destruido, y por eso vemos a muchos de nuestros camaradas no res-

petar ni a sus propios amigos y cometer verdaderos atropellos.

- Yo estoy bastante bien colocado para saber que entre nosotros existen individuos sin conciencia; deshonran nuestras milicias, pero constituyen raras excepciones.

- Quiero creerlo. Pero entiendo que estos casos no se multiplican en razón de vuestro amoralismo. Desencadenar al individuo en el nombre de sus pretendidos derechos, es dejar el campo libre a los peores instintos y volver a la barbarie.

- Ensayaremos a no copiar esos ejemplos repugnantes y tendremos la prudencia de apartar a los personajes de que hablas.

- Ya hemos llegado -anuncia Margarita. Y dice más bajo a Luis:

- Son las nueve. ¿Qué me dirá Thibault?

- Le dices, querida, que encontraste a Ivona y a Renato y te llevaron a comer.

- Es una idea.

- ¡Cómo nos fastidia Thibault! Si me permitieras que te acompañase...

El grupo se disgrega.

- Buenas noches, amigos. El hermoso día se terminó demasiado pronto.

VI

Por la falta de trabajo Thibault abandona el taller una hora antes que de ordinario y se apresura a regresar a su domicilio.

No siente la agudeza de las cuestas de las Buttes Chaumont y de la calle de Crimea. Los caballos y los hombres se cubren de espuma para ganarlas, aunque caminan al borde de un jardín de sombras agradables. Thibault no acorta su marcha; por el contrario, las resistencias del camino parecen multiplicar sus esfuerzos.

Cuando llega a la calle de Hautpoul está su frente cubierta de sudor. Se abanica con un diario, y de pronto se detiene.

Viva y aturdida Margarita pasa por delante de él sin verle, y entra saltarina en las Buttes Chaumont.

- ¿Adónde va a estas horas? Voy a seguirla...

Y Thibault se lanza sobre las huellas de Margarita, que ya se oculta en un ángulo.

A la orilla de un macizo encantador un banco rústico medio oculto ofrece hospitalidad a Margarita y a Luis. Apretados el uno contra el otro cambian los jóvenes palabras bajas y besos.

Thibault aparece violento frente a ellos. Su rostro está agitado por visibles temblores y sus ojos denotan la fermentación de sus instintos.

Margarita lanza un grito. Luis, sorprendido, se levanta.

Y aquel momento de silencio es a la vez amenazador y ridículo.

Thibault es el primero que separa las mandíbulas. La ola incoherente de sus pensamientos se precipita.

- Cerebro, Margarita, tu sinceridad. Me tomas por un hombre casado... Entre anarquistas ¿debemos ocultarnos así para engañar a un camarada?

Como no recibió ninguna respuesta, creció su exaltación.

-No se lo digo a Margarita; es una mujer, un ser débil, una muñeca influenciable: pero tú, Luis, eres un traidor y un sucio. Te has conducido como...

Ante la frase flagelante, Luis, con la frente enrojecida, protesta.

- Ten más calma, Thibault. ¿De qué tengo yo que darte cuenta? ¿Por qué soy un traidor? ¿No es Margarita dueña de su cuerpo y libre para sus afectos?

- ¿Por qué te ocultas de mí?

- Yo no tengo para qué pedirte consejos. Con Margarita es con quien yo tengo que hablar y no contigo.

- No has obrado como anarquista.

- ¿Y tú? -pregunta Luis enardecido-. ¿Es de anarquistas el representar escenas de celos? ¿Es de anarquistas hacer de hombre fuerte en los grupos y volver a casa para llorar sobre las faldas de una mujer? ¡Bien calificado estás para hablar en nombre de la Anarquía!

La estupefacción y la rabia se apoderan de Thibault, que en vano trata de coordinar las palabras que silban entre sus dientes.

- ¡Embustero! ¡Cochino!

Los dos hombres se amenazan con la mirada, con la voz, con las manos, con todo el cuerpo enardecido por el odio. Thibault avanza un paso, y repitiendo sus injurias empuja a Luis, qué cae sobre Margarita.

Luis en el momento se rehace y a su vez ataca. Margarita, entre gritos y lágrimas, pierde el equilibrio ante el choque inesperado.

Comienza entre los rivales la batalla. Puntapiés y puñetazos surgen por las dos partes. Los labios espumantes no dejan pasar más que sonidos guturales. Bajo los pies de los combatientes salta la grava por todas partes. Las corbatas que flotan desgarradas y los cabellos que la lucha sacude son para cada combatiente una base de operaciones útiles, en donde pueden hacer presa las manos nerviosas.

Vuelta en sí Margarita, huye acongojada. Atraídos por el ruido se acercan los transeúntes; los niños corren cuanto pueden para asistir al, para ellos, grato espectáculo, y a lo lejos se ve avanzar solemne la figura de un hombre con kepis bordado.

Instantáneamente Thibault y Luis apagan sus hostilidades; recogen sus sombreros, sepultan en sus chalecos las corbatas y desaparecen por caminos opuestos.

La multitud contempla con ingenua curiosidad el teatro del combate, y los niños, alegres, recogen sobre la arena pisoteada un pedazo de chalina negra.

Goailleur, el mastuerzo del rincón a quien Thibault explica con frecuencia la moral del porvenir, grita mientras se dispersan lentamente los curiosos: "¡Viva la anarquía!"

* * *

Margarita, emocionadísima, no se atreve a volver a su casa. ¿Cómo va a terminar aquello? ¿Thibault no descargará sobre ella su furor? Y se encamina hacia el modesto alojamiento de Renato y de Ivona en la calle de los Bosques. Ellos la aconsejarán.

Al atravesar los pequeños jardines en donde los rentistas orondos toman el fresco antes de comer, un ruido de voces llega a los oídos de Margarita. En casa de Renato hay camaradas y se ha entablado por tanto la discusión.

- Eso disipará mis preocupaciones -piensa Margarita.

Narsaggis, Renato, Langlois y un cuarto camarada, sentados junto a la ventana, se entretienen efectivamente, en pronunciar discursos, mientras Ivona se entrega por completo en una exigua cocina a la preparación de la comida. Margarita se dirige rápida junto a su rubia amiga.

Entre los hombres continúa la conversación.

- Al condenar el arte, amigo Horn, desconoces tu mismo tu temperamento.

Aquel a quien Narsaggis se dirige debe tener alrededor de treinta y cinco años. Es alto y fuerte, de hombros anchos y tez bronceada. Por su camisa, muy abierta, asoma el vello de un pecho robusto que sostiene un cuello potente. Su gesto es sencillo y su lenguaje rudo

Cruzando los brazos y mirando a Narsaggis, contesta:

- Hace diez años que nos conocemos y todavía no me has comprendido. Sí, yo estoy contra el arte y contra los artistas. Amo, sin embargo, la Naturaleza. Es lo único que puede decir algo al corazón de un hombre libre. En el seno de las bellezas naturales me siento vivir plenamente. No te haré un discurso sobre mis sentimientos porque ya sabes que no acostumbro. Lo que siento, lo que vibra en mí, me es imposible exteriorizarlo. Se debe amar la Naturaleza por sí misma y no por el vecino. Yo no tengo necesidad de intermediarios ni de sacerdotes para comulgar con la belleza. Todos tus escultores, músicos y pintores son unos cargantes. ¿Me entiendes? Estropean lo que es bello y tienen la pretensión de ofrecernos sus copias groseras y sus obras pueriles como la representación ideal de la Naturaleza. ¡Fuera los farsantes!

- ¡Bravo! -grita Langlois-. Yo soy de ese mismo parecer, que es lo que decía "Souvarine" en una conferencia muy interesante. El arte es un prejuicio y debe desaparecer. En una sociedad razonable no se perderá el tiempo en esculpir

las piedras o en emborronar las telas; se harán cosas útiles. Se desarrollará el maquinismo, se prepararán alimentos sanos y se crearán Museos de Historia Natural: no habrá más que gestos verdaderamente científicos.

El discurso de Langlois no es muy bien acogido.

Sólo Renato escucha sin inmutarse; Narsaggis estalla en risas y Horn lo fulmina con la mirada.

- Me fastidian "Souvarine", su ciencia y sus gestos útiles. ¿Qué me importan esos pedantes, esos charlatanes que nada comprenden de la vida?

No es porque el arte sea inútil por lo que yo lo rechazo; es por ser idiota y grotesco, y además inútil. Cuando contemplo desde la cima de una colina una puesta de sol o cuando camino veinte kilómetros entre los bosques para ir a admirar un simple lago, ¿no hago cosas inútiles?

Un poco turbado por la vehemencia de su interlocutor, contesta Langlois débilmente:

- Más valdría cultivar la ciencia.

- ¡La ciencia! ¡La ciencia! Me revienta esa nueva Diosa. Ciencia y arte: he aquí dos invenciones sin las que la Humanidad se hubiera pasado muy bien; yo las coloco en la misma cesta.

Renato interviene:

- ¡Cómo exageras! No me asombra el que te llamen Horn el Salvaje. En rigor, acaso se pudiera pasar sin el arte; pero la ciencia es la base de la vida.

- ¡Locura! La ciencia es la que engendra la civilización, la corrupción y la esclavitud. Queréis la Anarquía, y conserváis lo que la hace imposible. Hace falta arrasar las ciudades, romper el maquinismo y renunciar a las perversiones. En la vida sencilla y natural está la verdadera armonía; pero vosotros sois anarquistas en broma... Además que la Tierra, en su estado natural, produce suficientemente...

- ¿Y el hambre?

- Objeción banal. Dejad obrar a la Naturaleza y el hambre no será temible. Bastará renunciar al lujo, a los alhajas, a los cuellos postizos, a los aperitivos, a las mujeres compuestas y a los manjares refinados...

Horn se levanta y gesticula gritando. Sus imprecaciones formidables llegan a inquietar en los jardines vecinos a los viejecillos que dormitan en los bancos. Narsaggis lo detiene.

- Renato tiene razón; tú exageras. Es imposible volver al estado de un absoluto salvajismo; es preciso conservar un mínimo de civilización, de maquinaria y de recursos científicos, sin ilusionarnos demasiado con la misión

civilizadora de la ciencia, porque sabemos que los progresos materiales no modifican lo más mínimo la vieja alma de los hombres.

- En cuanto al arte, yo lo prefiero a la ciencia, es la mejor norma de la vida moral y uno de los medios más preciosos para purificar el corazón del hombre. Desgraciadamente, muchos artistas se prostituyen. No son los creadores de cosas bellas y nobles, sino ambiciosos que adulan los malos gustos del día. Y las excepciones son muy raras, a mi juicio.

- Dispensad, camaradas, pero ha llegado la hora de la sopa.

Ivona acechaba desde algunos momentos antes el final de la discusión.

- Come con nosotros -propone a Narsaggis, que ya se despiden.

- Gracias, Ivona; hoy no; hasta la vista.

Horn el Salvaje saca de sus bolsillos media docena de plátanos y un pedazo de queso, y empieza a comer sin más ceremonia.

Langlois sale para hacer algunas compras en la vecindad, y mientras tanto Margarita se sienta a la mesa con Ivona y

Renato. Este último no puede contener la risa al escuchar las confidencias que Margarita le hace a media voz.

-No te atormentes. Todo se arreglará. Pero han hecho mal en venir a las manos.

- A mi juicio -hace notar Ivona-, Margarita debía poner fin a esa situación.

- Ya lo sé: pero ¿crees tú que es cosa fácil? Langlois está de vuelta. Después de haber cerrado la puerta sonrío triunfalmente.

-¿Qué es lo que has hecho? -le pregunta Renato.

El joven ilegal levanta su capote y deposita sobre la mesa una enorme cazuela de barro.

- Mientras el tendero me pesaba el queso, yo le "he hecho circular" esta gran cazuela de confitura. Lo menos tiene diez kilos.

Y se inclina sobre el botín. Todos le imitan, y levantada la plana tapadera, una mueca de disgusto toma posesión de su rostro.

- ¡Pero si es mostaza!- grita Ivona.

Horn, bajo la influencia de una risa desordenada, está a punto de estrangularse con un plátano. Langlois dice descontento:

- Esto es enojoso, porque la mostaza no es nada científica... En fin, algo valdrá la cazuela.

Horn se entretiene en molestar a Langlois que se ha sentado a la mesa con los demás.

- Veo con placer que eres un compañero enérgico.

- No te burles. Un error puede acaecer a todo el mundo. No es mi primer acto revolucionario contra la sociedad; hice va muchas rapiñas y he colado una gran cantidad de "pipas", sin hablar de los escaparates, con los que me he hecho una; verdadera especialidad. Además, he participado en el asalto de la oficina de Correos de Saint-Ouen. Ya ves si están fuera de lugar tus burlas. ¿A que tú no has hecho otro tanto?

- No te disgustes, camarada, que yo no he querido molestarte. No conozco el ilegalismo, soy un "embrutecido", u n "honrado" como vosotros decís; pero eso no importa; la cuestión es entretenerse.

Y Horn de nuevo se entrega a una risa convulsiva e interminable.

- Aquella alegría parece desagradar a Langlois, y para borrar la impresión penosa de su mostaza sigue enumerando ante el auditorio los robos valerosos y los ardides sutiles que esmaltan su vida de revolucionario.

Termina la comida, y la narración de Langlois continúa. ¡Qué malas pasadas ha jugado a la sociedad! Horn prepara contra el joven un nuevo ataque.

- Haces mal, créeme, en contar todo esto, puesto que ignoras si yo soy o no de la Policía. El defecto de todos estos anarquistas bisoños es la vanidad. Las tres cuartas partes se ven colgados, porque no saben tener la lengua. Aprovecha este consejo amistoso.

Dolido Langlois abre la boca para una respuesta agresiva; pero Renato anuncia que es preciso el que todos juntos acompañen a Margarita, y ello infunde en el ánimo del ladrón de mostaza especiales preocupaciones.

- Tengo miedo de que el tendero me reconozca. ¿Puedes prestarme un sombrero viejo, Renato, para ponérmelo en lugar de mi gorra? En el bolsillo tengo una barba postiza que voy a -colocarme. ¿Y si me cambiara de pantalón y de chaqueta?...

Ivona, conteniendo un gran deseo de reír, presenta a Langlois, que acepta y se pone rápidamente sobre la nariz, un par de gafas verdes que tenía en un rincón.

Operada la transformación, salen. Y en el aire tibio de la calle desierta, la risa irrespetuosa de Horn el Salvaje repercute sin que Langlois, a pesar de su disgusto, se atreva a protestar. Su situación es demasiado grave.

* * *

Cuando los camaradas, después de una conversación banal y corta se despiden de Thibault y de su compañera, quedan los dos solos en su habitación. El corazoncillo de la morenita se mueve con una viveza inusitada ante el temor de una escena grave.

Durante mucho tiempo guardan silencio los dos.

Thibault, que tiene un ojo hinchado y en la mejilla la huella sangrienta de un arañazo, se deja caer sobre una silla; su rostro está obscurecido por pensamientos dolorosos.

Sin moverse de su rincón, Margarita le observa con ansiedad.

- ¿Por qué no te acercas, Margarita? Haces mal en tenerme miedo.

La voz de Thibault es poco segura.

- ¿Me crees capaz de pegarte? Si así es, muy mal me conoces.

Siempre muda, Margarita permanece inmóvil en su sitio.

- Nada de eso hubiera ocurrido, Margarita, si me hubieras escuchado. ¡Por qué me harás sufrir así!

- No creo que debas reprocharme -dijo al fin Margarita animada por el tono poco belicoso de su compañero.

- ¡Ay, Margarita!

Thibault se arroja a los pies de su sorprendida compañera. Llorando, le habla de su amor herido, de sus sufrimientos intolerables y de sus indomables celos y le suplica que permanezca a su lado. Se compromete a hacer su felicidad, promete satisfacer todos sus deseos, dichoso de obedecerla y de ser su esclavo.

Margarita va poco a poco sintiéndose más calmada. ¡Qué aventura más molesta! ¡Dos hombres que se pegan por ella como en el folletín que le ha prestado la portera, y los dos la aman locamente!...

- ¿Por qué eres tan hermosa, Margarita? ¿Y por qué no has de amarme si yo estoy loco por ti?

Un poco mordaz, replica ella:

- ¿Por qué me has predicado el amor libre? ¿Por qué me has dicho con tanta frecuencia que sólo los embrutecidos eran celosos?

El anarquista suspira.

- He hecho mal; es verdad. Cuando yo hablaba así no me daba cuenta de cómo te amo...

Prométeme, Margarita, romper con Luis. Prométeme ser siempre mía. ¡Ya verás qué felices somos!

Pero el corazón de la joven dudaba.

- Esa historia es muy enojosa. Si te escucho. Luis sufrirá... ¿Qué hacer?... Tú no piensas más que en ti y yo soy la que tiene derecho a lamentarse... ¡Los hombres son rudamente egoístas!

VII

- ¡Qué sagrados vientos corren ahora! Casi se está mejor en casa que en las calles, ¿verdad, Mahieu?

El vendaval infatigable azota la casa y la envuelve en un ruido siniestro. Sobre el tejado se oye su grave golpear y en el patio las borrascas intermitentes hacen crujir una ventana mal cerrada.

Después de haber vuelto a encender su pipa, taciturno el señor Mahieu, contesta al fin a su mujer:

- Es el invierno. Mañana arreglaremos ese balcón. Es tan viejo... Ese buen Dios del viento lo va a derribar todo. También la puerta es tan vieja que va no se sostiene.

La señora Mahieu arroja un haz de astillas a la inmensa chimenea y en el techo negro se reflejan los colores sangrientos de las llamas.

- Todo es viejo -prosiguió Mahieu-, pero no es malo. De padres a hijos se ha sostenido sólidamente. Hacen falta muchas reparaciones; pero no es este el momento.

La señora Mahieu comprende la amargura de aquella reflexión. ¡Cómo su marido sufre con aquella soledad presente!

- ¡Y decir que ya va a hacer un año que aquel maldito muchacho herido...!

- Hablemos de otra cosa, mujer. Yo reniego de los, dos, de la chica y del muchacho. No doy un céntimo por ellos.

- Puede ser que hayan reflexionado.

- Demasiado tarde; ya está reflexionado todo. No quiero volverlos a ver... Una loca... Un mendigo... Esta mañana le he prohibido al hijo de Laureau que me hablase de ella.

- No hay que ser tan duros. Y el anciano se subleva.

- ¿Por qué? ¿Si tú hubieras sido así de loca, hubiera sido yo tan bueno?

- ¿Y a qué se debe todo eso? Quéjate de tus debilidades: si la hubieras educado a palos jamás hubiese hecho lo que ha hecho. ¡Ay si viviéramos dos veces!...

El señor Mahieu enseña al fuego, que crepita, un puño amenazador. Su mujer no replica. Y el viento, enfurecido contra la casa secular, suena horriblemente.

- El perro ladra furioso.

- Este viento del diablo debe disgustarle y va a ladrar toda la noche con seguridad.

- Subamos, mujer. ¡A qué revolver nuestras miserias! El mal será para ellos. Los mendigos ingratos...

- ¿Qué es esto que me pusieron alrededor de la cabeza?

La señora Mahieu, vuelta en sí, logra después de muchos esfuerzos, quitarse la mordaza.

Muy difusas las primeras claridades del día, entran en la habitación; allí reina un desorden inexplicable; pero los ojos de la pobre vieja se detienen de repente en el cuerpo de su marido envuelto entre las ropas de la cama que están manchadas de sangre. Hasta sobre el muro blanco, a los pies de un Cristo insensible, salpicaron dos gotas de roja sangre...

- ¡Lo han matado!... ¡Monstruos!... ¡Ay mi pobre viejo!...

La señora Mahieu vuelve a caer en tierra sin conocimiento en medio de un charco de sustancias negras y viscosas.

Contra los muros del patio se obstina el viento violentamente en agitar el ruidoso postigo, y el soplo frenético del aire lleva muy lejos los gemidos del buen "Turco".

Tapándose el rostro con las manos para no contemplar el horrible espectáculo, baja la aldeana vacilante por la escalera. A penas vestida y desgredada va a buscar en el frío patio el fin de la sangrienta pesadilla. ¿Es aquello un sueño? ¿Se ha vuelto loca?... Pero esa sangre que mancha sus manos... ¡Pobre, pobre Mahieu!...

En su cabeza envejecida los fantasmas gesticulan. Entorpecida, irregular la circulación de la sangre, llena su cerebro de confusiones y de ruidos. Un amargo sufrimiento se apodera de la pobre mujer; uno de esos sufrimientos demasiado vivos que anonadan a los seres y los hacen casi insensibles a fuerza de torturarlos.

Muy a la vista, a pocos pasos de la caseta de tablas que golpea la cadena del perro, un objeto blanco atrae la mirada de la vieja.

- ¡Oh! ¡Un cuello postizo de Luis!... ¡Uno de los que yo le di al emprender su viaje!... ¿Qué es esto? Ante la hipótesis infame, tiembla y se desploma sobre el viejo banco de piedra en el que el pobre Mahieu se sentaba para fumar su pipa después de sus monótonas labores.

- ¡No es posible!... ¡Sería el peor de los monstruos!... ¡Luis!... ¡Hijo mío!... Semejante crimen... ¡No quiero creerlo!... ¡Es falso!... ¡Es falso!...

Durante largo tiempo permanece sentada, soñadora y triste, con la vista perdida en la bruma incolora. Ivona, Luis, el pobre Mahieu, los hombres negros, sangre... cosas espantosas e incomprensibles... irreparables desgracias.

Y los recuerdos esfumados durante treinta años se le aparecían lúcidos y claros. Su matrimonio con Mahieu... los violines a la cabeza del cortejo. Los viejos padres, arrugados y maltrechos, y ellos, los novios, con las caras frescas y la risa ingenua. Los primos, primas y tíos; los amigos, los invitados y los vecinos, celosos de la fastuosidad desplegada. Todo un cortejo de levitas arcaicas y de chales a la moda del Imperio. Sombreros de copa venerables y corbatas indisciplinadas. Afeitadas recientemente las caras rojas y alegres... Y las gratas palabras de los hombres que hacían reír indulgentes a las viejecitas encorvadas...

La señora Mahieu veía todo esto. Los raros goces de su vida parecían concretarse en esta evocación brillante.

!Qué gran festín! Las canciones sentimentales o picarescas; las sonrisas maliciosas; el chocar de los vasos: los viejos romances cien veces recitados. Y su anciana tía Marcelina,

tan glotona, que seguía comiendo después de haberlo hecho con todos enormemente.

Otras imágenes más tranquilas sucedían al cuadro maravilloso. La señora Mahieu se veía sentada sobre el mismo banco, bajo el cielo azul tierno y los pétalos blancos de los manzanos en flor. Colgada de su pecho una niña encantadora, cuya carne rubia denotaba el instinto vivaz y el amor inconsciente a la vida; un poco más lejos un muchachote gordo y alegre que mordisqueaba una enorme tarta...

Y después... El resto se ahoga en la imprecisión. Inviernos siempre iguales, trabajos extenuantes y años descoloridos que pasan... Mil y mil días sin sabor, vividos junto al pobre Mahieu, un poco gruñón, es cierto, pero siempre bueno... Todo aquello quedaba muy lejos... Un tierno contacto despierta temblorosa a la señora Mahieu. Es "Turco", su único amigo entonces, que lame la mano inerte de su dueña.

- Abajo, junto al pozo, parece que hay una cosa. Voy a ver qué es y luego será preciso avisar a los vecinos...

Lo que encuentra es un paquete de cartas encerradas en sucios sobres. Inhábil para descifrar, la vieja tarda a

comprender el nombre del destinatario: Señor... Re... na...
Rev... Rev... bauz... calle... de los... Bosques... París.

- ¡El mendigo que me robó a mi pobre Ivona. Él es seguramente quien ha dado el golpe y el que se llevó, sin duda, este cuello postizo de mi Luis y lo trae ahora para infundirnos sospechas. ¡Bandido! ¡Por fortuna ha perdido sus cartas! ¡Pobre hijo mío!

¡Ya sabía yo que eras incapaz de una cosa semejante! ¡Qué desgracia para todos, Dios mío, Dios mío!...

Retenidas largo tiempo por la contracción nerviosas desbordan sus lágrimas. Grandes suspiros sacuden con sonidos extraños el pecho de la pobre vieja. Y su alma desamparada conoce por fin la enormidad de su desgracia.

Enjugando sus párpados hinchados, la señora Mahieu ajusta sobre su cabeza un pañuelo de lana y se dirige hacia el pueblo con las cartas de Renato en la mano. En cuanto al cuello postizo, la pobre madre, afectuosa, lo envuelve en un periódico que arroja en el camino.

* * *

Con las dos manos sepultadas en los bolsillos de su gabán, Breusten pasea serenamente por el callejón del Temple, deteniéndose en los escaparates y entreteniéndose su vista en contemplar a la turba transeúnte.

Ya las calles se iluminan y desde el fondo de los bares lujosos llegan mil distintos reflejos.

Mujeres con los cabellos exageradamente albo: rotados consumen los licores polícromos en compañía de jóvenes de pelo engomado; y las lámparas resplandecientes hacen más intenso el rojo de las uñas y dan un tinte violáceo a la palidez de los otros.

Por un ángulo del boulevard, Ricardo Lenoir, al lado de una calle oscura, con algunos vagabundos se dirige hacia el canal. Breusten también desocupado, se une a ellos para admirar la maniobra de los bateleros. La esclusa se abre para dejar pasar un peniche. En aquel punto el canal entra debajo de la tierra en un largo túnel y bajo la negra bóveda de la que destaca únicamente los pequeñísimos puntos brillantes de las luces espaciadas continúa el bajel su camino.

Salvadas las bóvedas, se precipita de nuevo el agua con gran ruido desde la esclusa superior en la que aguarda una segunda embarcación. Y la turba contempla con interés aquel banal espectáculo.

Breusten se retira calmosamente. Una mano le toca en el hombro.

- ¿Es el señor Breusten? -pregunta un hombre bien vestido. casi elegante con bigote fuerte y lenguaje correcto. Las manos de Breusten, prudentes, vuelven a sepultarse en los bolsillos donde duermen las pistolas.

El hombre pregunta de nuevo:

- ¿No me reconoce? Soy el mismo que le detuvo hace dos años... por el robo de Gentilly.

Breusten por toda respuesta sonríe con desconfianza.

- Estoy por creer que se ha hecho muy prudente. porque hace tiempo que no suena su nombre.

- Es preferible -contesta Breusten con una voz mordiente y volviendo la espalda para alejarse.

- Un minuto. Puesto que el azar nos ha colocado frente a frente, usted no es tan feroz como parece, y nos podemos prestar servicios mutuos. ¿Por qué nos conceptúan más malos de lo que somos?

Breusten escucha con interés al insinuante policía.

- Mire, ayer hemos recibido un despacho de Orleáns. En un pueblecillo, cuyo nombre no recuerdo, se ha cometido un crimen horrible. Un colono llamado Mateu o Mahieu ha sido

asesinado de diez y nueve cuchilladas. Su hijo es anarquista y el golpe debe de venir de ese lado.

Si se tratara de criminales ordinarios los encontraríamos en el "Moulin Rouge"; pero los anarquistas son muy difíciles de descubrir, a no ser que los de sus grupos los denuncien. ¿Quiere usted ayudarme, Breusten?

El anarquista sólo contesta con un gesto evasivo:

- No se obliga con un ingrato. Cuando haya ocasión... Breusten se decide a pronunciar algunas palabras.

- Yo nunca voy a las conferencias y no sé lo que hacen los compañeros. Como pista, yo sólo podría indicar que un tal Reybaud, amigo íntimo del hijo de Mahieu..., puede ser que sepa quién ha dado el golpe.

El policía desconcierta a su interlocutor con una brusca carcajada.

- No es exacta esa pista.

- ¿Por qué?

El policía saca un diario de su bolsillo.

- Renato Reybaud está detenido desde hace dos días. ¿Cómo ha de haber asesinado a ese aldeano en la noche pasada?

Breusten, sorprendido, se esfuerza para sonreír y lee ávidamente en el periódico:

« Detención de un anarquista. -Ayer por la mañana dos inspectores de Seguridad han detenido junto a las Buttes Chaumont un individuo cargado de paquetes equívocos, a quien perseguían desde hace mucho tiempo. Cacheado, después de una corta resistencia, se le encontró una pistola Browning. En sus bolsillos y en sus paquetes se encontraron diversos objetos procedentes del robo en un hotel desalquilado de Montmartre. Después de haber dado un nombre falso, el ladrón, en cuya casa se practicó un minucioso registro, ha tenido que declarar su verdadera identidad. Se llama Renato Rybaud, de veinticinco años, domiciliado en la calle de los Bosques, con su querida Ivona Mahieu. Rybaud está considerado como un anarquista peligrosísimo que frecuenta los grupos libertarios. Además, es desertor y está reclamado por la autoridad militar. Como se ve, es un buen servicio practicado por la vigilante brigada del comisario Sr. Fleuret, etc.»

- Tiene usted razón; no ha sido él.

- He aquí mi dirección, Breusten. Trate de saber alguna cosa y comuníquemela.

- Haré lo posible.

- Por lo demás, va sabe, dicho sea entre nos, otros, que en vuestro medio no sería el único...

Con una sonrisa vaga Breusten toma la tarjeta del policía, le estrecha la mano y se aleja.

* * *

Ha cerrado la noche. En la Plaza de la República los globos eléctricos están nimbados por una bruma opaca. Una multitud activa de coches innumerables va y viene entre el ruido.

Ante el Cuartel de Chateau d'Eau. Breusten trata de ocultarse de "Souvarine" y Thibault, que conversan.

- Llegas a tiempo. Hace un cuarto de hora que intento en vano decidir a Thibault a que me acompañe a Saint-Antoine, en donde debo dar una conferencia. Tú sin duda querrás ser de los nuestros.

- No tengo inconveniente; yo no estoy casado como Thibault y tengo la noche libre -contesta Breusten desdeñosamente. A nadie tengo que rendir cuentas.

"Souvarine" prorrumpe en una carcajada.

- No te burles de Thibault, porque ya está libre. Margarita se le ha escapado.

- Y estoy por ello muy satisfecho-replica Thibault.

La noticia asombra a Breusten.

- Pues parece que tenía un gran dominio sobre ti.

- ¡Nunca! Yo no soy un sentimental.

- Pues me habían contado una historia de celos y de riña entre Luis Mahieu y tú.

- En efecto, lo he corregido, porque se permitía injuriarme y amenazarme... Es un embrutecido, y ella... tal para cual.

- Pero ¿están juntos?

- Si. Ese pretendido anarquista está tan loco por ella y tan celoso, que se la ha llevado de París por temor a que se la birle un compañero. Ha dejado su puesto en el trabajo y ha marchado a Suiza con propósito de eludir el servicio militar, pues debía ahora ingresar en filas.

- Caminemos un poco, ¿queréis?

Ante la proposición de "Souvarine", abordan los tres el Boulevard Magenta.

- Estoy muy contento -dice "Souvarine" -de ver a Thibault libre de esa muñeca. Tenía un poco de miedo por él.

- Me haces reír. En cuanto he visto que ella quería marcharse, me he frotado las manos de gusto. Es una indeseable.

-Lo son todas las mujeres- dice Breusten.

- Razón de más: así saboreo yo mi libertad. Me he sacudido la carga, y ando en busca de una combinación para desengrasar... Tú podrías dirigirme, amigo Breusten.

- Los que en esas cuestiones tienen buenas pistas, generalmente se las reservan... Lo que debes hacer es prepararte para si la ocasión te ofrece un buen golpe de mano.

- Ahora no tienes mujer a quien mantener -comenta "Souvarine".

- Y cuidado que cuesta cara una mujer -declara Thibault dirigiéndose a Breusten.

- A no ser que hagamos como tu amigo Bébert, con quien he discutido el otro día.

- ¿Sobre qué?

- Me sostenía que un hombre puede muy bien vivir a costa de su compañera.

- ¡Todavía esos prejuicios! ¡Pobre Thibault! Al querer la igualdad de los sexos debemos suprimir todo lo que los diferencia. ¡Por qué el cuidado de subvenir a las necesidades materiales ha de estar a cargo del hombre?

- Sin embargo, si los recursos provienen de...

- De la prostitución quieres decir. No te dé miedo la palabra. ¿No es toda prostitución en la sociedad actual? Yo no tengo para qué ocuparme de la forma en que mi compañera se prostituye, si es en el taller o es en otro sitio. Eso le incumbe a ella.

- Ese razonamiento es absolutamente científico. Es preciso que nos libremos de todas esas cargas sentimentales. Es el único medio de hacernos fuertes y no sucumbir en la lucha por la vida, querido Thibault.

"Souvarine" termina su frase golpeando fraternalmente en el hombro de Thibaut, y haciendo constar ante sus compañeros que es preciso romper la corteza, y que han llegado al modesto restaurante donde se reúnen los compañeros.

VIII

Al norte de Interlaken, al otro lado del brazo de agua que une los lagos Thun y Brienz, se eleva el monte Harder. Sus riberas, cubiertas de follaje y frescas, son en todo tiempo de fácil acceso, y además, el funicular ofrece su concurso a los que temen la fatiga.

Desde la cima se domina uno de los panoramas más imponentes que es posible imaginar. A la derecha del pintoresco lago de Thun, cuyas aguas encerradas con las montañas son magníficamente azules; a la izquierda, el lago de Brienz, menos resplandeciente, parece a la luz del sol un espejo verduzco.

Al mediodía las cimas vertiginosas se yerguen, y el macizo nevado de la lunfraü desvanece la mirada y el pensamiento. En el fondo del valle, Inter-laken sólo se ve como una cabaña ridículamente pequeña.

En cualquier sitio que se coloque el observador goza de un ideal espectáculo, y su espíritu, subyugado por tantas maravillas, elévase a gran altura sobre las mezquinas preocupaciones y las torpes realidades.

Hacia el tercio de la montaña hay un kiosco- albergue junto a una terraza, que permite admirar una parte del lago de Thun y el valle. Los hotelitos y las casas de Interlaken parecen desde allí más importantes que vistos desde la cima. Aquellos hoteles coquetones están coronados por banderas internacionales; son encantadores chalets suizos de todos los tamaños. La estación es uno de los puntos más animados del panorama, y el vaporcillo hace sonar un llamamiento gutural antes de abordar el canal que conduce al desembarcadero. Al otro lado del valle, montañas orladas en su base de soberbias praderas, entre las que de trecho en trecho las casitas de madera colocan una nota coquetona. Más arriba, los pinares sombríos y las cuestas pedregosas coronadas por rocas enormes. A la espalda la llanura brillante, las blancuras suntuosas de la lunfraü y sus contornos.

Menos imponente que el de la cima, el panorama del chalet no es menos encantador. Basta para la satisfacción de las piernas envejecidas o poco ejercitadas: pero los jóvenes, los verdaderos amantes de la montaña, no se detienen allí mucho tiempo; la ardiente fiebre de la extensión los impulsa a ir siempre más arriba.

A este chalet lo han bautizado con el nombre de "Chalet de la música", y se cuenta que el inmortal Wagner vino a él a soñar.

- Ya sabía yo que te encontraría aquí. Aquí acabarás por acostarte. ¡Qué cansada estoy! -Margarita se deja caer sobre el banco junto a Luis, y la mirada de éste abandona el imponente panorama.

- ¡Qué bien se está en esta terraza! Y en menos de veinte minutos, desde casa se puede venir a ella. Como no tengo tiempo de subir a lo más alto, me paro aquí con algún libro que suelo no leer. ¡Cuánto te agradezco que hayas venido a encontrarme!

Margarita hace un esfuerzo para decir:

- Es muy bonito, es verdad; pero es siempre lo mismo. Acabaríamos por habituarnos.

- No comprendo tu indiferencia ante estos espectáculos tan encantadores.

- Y yo no comprendo que se tome uno tantos trabajos para venir a extasiarse siempre ante el mismo paisaje.

- Pobre Margarita. ¡Qué equivocada estás! Este espectáculo nunca es el mismo. Cada día aparece con un decorado nuevo que de hora en hora se modifica. Los juegos de luz dan a estos bosques un aspecto tan impresionante, unas veces

trágicamente sombríos, otras veces alegremente iluminados... Si hubieras visto ayer las enormes nubes descender ante la montaña y desaparecer por completo el valle bajo la bruma, mientras que- allá arriba, por encima de las nieblas, las nieves perpetuas continuaban reflejando los últimos rayos del sol poniente... Aquello es inolvidable. Y después llegaron nuevos nubarrones; el trueno resonaba por todas partes sobre el lago de Thun. Permanecí mucho tiempo en el kiosco sin deseos de descender... Se desgarraron las nubes, y el viento del Oeste las dislocó mientras comenzaba a caer la lluvia, y en el cielo, menos negro, se formaban toda clase de figuras rápidamente disipadas y como fundidas en el seno de una luz extraña, de una luz lechosa estriada de fajas de oro rojo.

- ¡Qué discurso para un chaparrón y para las nubes!

- Tu frialdad me extraña y me apena, querida Margarita.

- A fe mía que no te conozco. Antes no eras tan poeta, y yo te amaba más, porque te veía más alegre y más animado.

- Sí, parece que me siento un poco melancólico.

- Confío en que eso pasará, porque ahora mi vida no es muy divertida.

- Exageras, Margarita, y no tienes en cuenta todos los acontecimientos que hemos vivido... Mi pobre padre cobardemente asesinado.

- No era un camarada.

- Es verdad; pero tampoco era un malvado, y su muerte fue espantosa... y Renato, mi mejor amigo, preso... ¿Qué va a ser de Ivona, mi querida hermana?... Y mi madre, tan viejecita, sola allá a lo lejos, después de este crimen odioso...

- ¿Por qué te atormentas continuamente con las mismas ideas, ya que en estas cosas nada puedes hacer?

- Pues precisamente mi impotencia es lo que me disgusta.

- Por mi parte, querido Luis, yo sufro mucho al verme enterrada aquí en vida.

Luis eleva los ojos al cielo y sacude la cabeza.

- ¿Qué te falta, pues?

- Confesarás que aquí no hay vida.

- Ya en Ginebra te quejabas también; había encontrado para trabajar una colocación que me tenía apartado de ti y te aburrías de muerte... Y a mí me sucedía igual. Entonces me decidí a ser vendedor ambulante para no abandonarte; hemos venido a Interlaken para aprovechar la estación y también te aburres en este cuadro espléndido.

Disgustada la linda morena, replica:

- En Ginebra pasabas todos tus descansos en la Jonction, viendo correr el agua en las orillas del lago y aquí no abandonas este chalet.

- ¿Por qué no me acompañas tú?... Es tan bueno esto de la libertad, el aire puro, la Naturaleza...

Transcurren algunos minutos de silenciosa reflexión y un recuerdo despierta a Margarita.

- Hace un año en Belleville hubieras podido ayudar a un compañero a desvalijar una casa en el bosque. ¡Aquello sí que era divertido! Encerraron a la portera en su cuchitril y en diez minutos sacaron todos los muebles. Cuando llegó la "bofia", los carritos de mano habían ya desaparecido. A las gentes que acudieron se les distribuyó periódicos atrasados. ¡Qué alegría! Había momentos muy agradables en París: las conferencias, las baladas en los alrededores, los mítines, los compañeros. Aquello era un poco más alegre que esto.

- No digo lo contrario: pero estás equivocada al negar el encanto de nuestra existencia actual. Por mi parte no me quejo: nada de patrones; una vidita libre y una compañera que yo adoro. Si Renato e Ivona estuviesen aquí, me sentiría feliz por completo.

- ¿Tienes noticias tuyas?

- ¡Ay! no. Ya va a hacer tres meses.

Margarita despliega un periódico y de nuevo los ojos de Luis vuelven a soñar.

Al cabo, de un cuarto de hora.

- ¿Te parece que bajemos? -pregunta Margarita.

- Espera todavía un poco, yo te lo ruego. Mañana voy a hacer unas compras a Spiez y no podré venir.

- Aún no me has dicho si hiciste buena venta esta mañana.

- Como de costumbre.

- Lo que yo te digo; este oficio no es muy ventajoso.

- No soy de tu parecer. Es verdad que gano poco: pero soy independiente. Sigamos el consejo de Narsaggis: tengamos gustos sencillos y seremos felices.

- No hay que ir demasiado lejos: estamos muy aburridos y yo además no tengo nada que ponerme.

- ¿Es posible? -dijo Luis sonriendo.

- Eso, burlate de mí. Todos los hombres son lo mismo. Jamás me vi en situación parecida.

Y Margarita, disgustada, marcha a apoyarse sobre el parapeto de la terraza.

Un instante después se le une Luis. La toma por la cintura y le dice con voz acariciadora:

- Vamos, bonita, sé razonable. No seamos desgraciados: es verdad que no vivimos con lujo; pero tampoco nos falta lo necesario.

- ¡A eso podíamos haber llegado! -contesta ella ásperamente, y añade: -Déjame- intentando desasirse. Pero Luis la retiene a su lado.

- Si tú me quisieras, Margarita, estas cosas no te preocuparían. Somos felices: nada turba nuestra unión. Si me amaras, la comida más modesta te parecerla succulenta y encontrarías lujosa la ropa más sencilla. En cuanto a mí, a tu lado soy el más feliz de los hombres y la pobreza no me abruma... ¡Ay si tú me amaras!

- ¡Qué ridículo eres, Luis! ¡Y cómo me aburres!...

Escapa al fin de sus brazos y se refugia en el kiosco, perseguida por las llamadas suplicantes; después, ocultando obstinada mente en el pañuelo su cabeza morena, solloza.

- ¡Querida Margarita! ¡Adorada mía!... Yo no he querido disgustarte; perdóname. Haré lo que tú digas. Ya sabes que sólo deseo tu dicha... Vamos, querida, cálmate...

- No, no; yo no soy feliz...

- ¿Qué te falta? ¿Qué quieres? Sólo le contestan los sollozos.

Luis se ve sin recursos ante aquella congoja inexplicable. A sus labios sólo afluyen cosas banales. ¿Cómo consolar a la joven llorosa que se estrecha tiernamente contra él?

El sol, disco incendiado, desciende lentamente por detrás de una colina negra, mientras el valle queda ensombrecido y los glaciares de lungfrau rutilan sangrientos.

* * *

- ¿Quieres que bajemos, pequeña? Comeremos y luego le llevaré al Kumaal; hay función esta noche.

- No, Luis; mi vestido está muy viejo.

Y marchan en silencio bajo la bóveda oscura del follaje.

- Escucha, pequeña. Yo no consiento que seas desgraciada. ¿Quieres abandonar Interlaken?

- Sí, si -contesta Margarita con la voz temblorosa todavía-. ¡Este sucio país! A las ocho de la noche ya no hay nadie en las calles. Todo está muerto excepto esas dos docenas de holelitos ingleses que te deslumbran.

- Pues bien, volveremos a Ginebra.

- Lo prefiero. Evidentemente no vale lo que París, pero hay más movimiento que aquí.
- Pobre pajarillo de cabecita loca...
- Te ruego que no vuelvas a empezar.
- Querida: ¿tienes necesidad del movimiento de las calles para ser feliz? ¿No puedes vivir sin ver papanatas y tiendas?
- ¡Qué quieres!... Yo me aburro...
- Bueno; concedido. La semana próxima estaremos en Ginebra; pero no me hables va de París, bien sabes que no puedo volver a Francia...
- Ni te aconsejo que vuelvas, aunque...
- ¿Qué quieres decir?
- Quiero decir que... si quisieras... podrías volver cuando te diera la gana.
- ¿Ocultándonos?
- Te procurarías los documentos de un camarada extranjero de tu edad. Precisamente en Ginebra hay un compañero ruso... Además evitaríamos frecuentar los sitios en donde eres conocido.
- Eso es peligroso. A la larga me verían.

- No; yo no te pido eso. Te lo digo para demostrarte que es posible.
- Además, me detiene el problema económico: ¿qué hacer para vivir en París? El oficio de vendedor ambulante es allí muy duro.
- Tú ya no ves más que esa ocupación; pero en París hay muchos otros medios de ganarse la vida.
- El ejemplo de Renato no es el más propio para impulsarme al ilegalismo.
- Sí ha sido detenido, suya es la culpa; cometía muchas imprudencias. ¿Quién se pasea a las tres de la tarde con un enorme paquete por las calles desiertas?
- De acuerdo. Desgraciadamente, nuestro amigo no es la única víctima... Todos los compañeros se lanzan al ilegalismo. Ninguno quiere ya ir a trabajar; ya no se cree en la Revolución ni en la Sociedad futura: se quiere vivir muy de prisa y emanciparse por la revolución inmediata.
- Son unos aturdidos que se dejan cazar. Los compañeros serios, y cuando yo vivía con Thibault conocí muchos, no arriesgan gran cosa y viven muy bien.
- Deben ser muy raros.

- No tanto. Lo que hay es que no se dan a conocer. Tienes, por ejemplo, a Horn el Salvaje; nadie sabe que practica el ilegalismo, y sin embargo...

- Te digo, además, que me repugna el robo, y sólo la palabra asesinato me pone los cabellos de punta.

- Lo comprendo, pero hay trucos ventajosos. Conozco un compañero que desde hace dos años fabrica moneda falsa sin que le inquieten. Claro que no es un charlatán: es muy prudente. Ningún peligro hay en "colar" cada día una o dos monedas falsas... cuando se toman precauciones.

- Pues a pesar de todas las precauciones, todos acaban mal.

- Porque sus monedas, por regla general, no están bien imitadas. El compañero de que te hablo hace perfectamente las monedas de diez francos: están tan bien hechas, que yo misma no distinguiría una verdadera de una falsa.

- Eso no es posible.

- Te juro que sí.

- Hablemos de otra cosa, querida, porque entramos en la ciudad y hay oídos indiscretos. Noto con placer que estás ya menos triste: vamos a hacer una comida encantadora, como dos amantes reconciliados que ven el porvenir de color de rosa.

Deteniéndose a la sombra de un chalet tranquilo, protegido por el gran tejado saliente, suplica él.

- Dale un besito a tu malvado Luis, que te adora y que jura no volver a hacer que lloren tus bellos ojos.

Tranquilizada ella, le entrega el fruto húmedo de su boca iluminada por una enigmática sonrisa.

IX

- Ven conmigo, hermoso barbudo.

Diez veces, veinte veces, la misma proposición resulta molestísima. Y a cada rincón de la calle, con un fruncimiento amargo de los labios, Narsaggis rechaza las pesadas ofertas.

- Te gustaré mucho, ya lo verás, sube conmigo... Las mismas palabras, las mismas promesas, proferidas por los mismos labios ingratos. Jóvenes o viejas, rubias o morenas, miserables desarrapadas o adornadas con piedras y sedas, todas recitan sin convicción las fórmulas descorazonantes del oficio y a todos los machos que pasan les lanzan sus frases mil veces repetidas, a las que acompañan una mirada más o menos sugestiva, según el tipo del cliente.

- ¡Oh, qué hermoso moreno! Ven conmigo, niño...

En los alrededores del "Moulin Rouge" son más numerosas y están mejor adornadas.

Balanceando sus bolsos pasean acuciosas por el "boulevard". Los trajes elegantes perfilan sus cuerpos y con una marcha sabia ponen de relieve audazmente sus caderas.

Algunas son mujeres hermosas, fuertes y bien hechas; pero la mayor parte tienen los rostros ajados y largos. Sus ojos, diestramente embetunados, parecen grandes y negros; sus mejillas son muy blancas y sus labios muy rojos.

A despecho de su delgadez, algunas exhiben en sus escotes, con ostentación, un pecho muy poco envidiable. No importa; la carne tiene siempre el privilegio de excitar los sentidos del cliente.

Las faldas, muy cortas, permiten ver las piernas calzadas con tacones Luis XV y medias finas de colores.

En los rincones oscuros, las miserables disimulan la pobreza de su atavío y la carencia de lujosos aditamentos; nada de sombreros originales, ni de trajes a la moda; sus cabellos se ensortijan con la colaboración de horquillas y de peinecillos de concha orlados de bisutería.

Los cocheros de punto, los obreros que vuelven del taller, los soldados, los jóvenes tímidos y los rateros de todas clases, constituyen la clientela de aquellas pobres mujeres de módica tarifa.

Recostados en los bares rutilantes o de pie ante el mostrador de las tabernas, esperan los hombres bebiendo, la hora de que los despidan para cerrar...

Una rubia, destocada, permanece en el ángulo que forma con el boulevard una callejuela desierta. Viste con sencillez y carecen de seguridad sus palabras.

- ¿Quiere usted venir, señor?...

Pero, asustada, retrocede.

- ¡Cómo! ¿Eres tú, Ivona?

- Yo te lo suplico: vete, no me desprecies...

- ¡Por quién me tomas, Ivona! ¿Y qué temes de mí? ¿Quieres que hablemos?

- No, contigo no; te estimo demasiado.

- Si yo quiero hablar sencillamente como amigo y recibir tus confidencias, si no te desagrada.

- No, no; todo lo contrario. Será para mí un gran consuelo.

- Pues bien; abandonemos estos sitios demasiado frecuentados, y paseándonos te contaré mis aventuras.

Atravesaron el boulevard. Tras ellos, una mujer de amplias caderas y voz encanallada, grita;

- Mirad, ya ha encontrado su tipo la rubia. ¡Vaya una viva! Parece tonta, y cómo nos hace la competencia.

Coches, taxis y landós se paran ante el Moulin Rouge en abigarrado conjunto. Cocotas con zapatos de satén blanco o rosa y largas capas verdes o azules negligentemente caídas sobre los hombros. Hombres jóvenes o viejos, con monóculos y sombreros de copa, levita y zapatos charol. Toda de aquella gente, con un gesto de importancia, se dirige al pórtico fascinador en donde se querellan los mendigos, los vendedores de programas y periódicos y los empleados de las puertas.

Los bares vecinos, resplandecientes vomitan su clientela que bebe, fuma, grita y lanza sobre las mujeres miradas violentamente impúdicas. Ivona y Narsaggis entran silenciosos en la calle de Lepic, y después abordan una callejuela más calmosa y más oscura.

Para romper aquel silencio fastidioso, pregunta Narsaggis:

- ¿Tienes noticias de Renato?
- ¡Renato!... Aquel nombre parece desesperar a Ivona.
- Si -contesta ella-; pero, ¡ay!, demasiado tarde.
- ¿Cómo terminó su asunto?
- No tenía antecedentes penales, y por eso se ha librado con seis meses de prisión. Los cumplió, y su última carta me la dirige desde Marruecos, en donde está porque le han hecho

ir para cumplir su servicio militar... y de donde espera escaparse -añade ella confidencialmente.

- Y lo hará. Es un muchacho diestro y enérgico.

- Así lo deseo... por él. En cuanto a mí, ya es demasiado tarde. Mira a lo que he venido a parar.

- No desesperes. Cuéntame.

- No me atrevo.

- La confesión es penosa, ya lo sé; pero te ayudaré a hacerla. Después de la detención de Renato, ¿qué fue de ti?

- De ese momento datan todas mis desgracias. Mi padre asesinado... Renato preso... yo no podía volver a mi pueblo... trabajar no era muy fácil. Se acabaron mis últimas monedas; lo había vendido todo para pagar al abogado de Renato; el propietario me desahuciaba... ¿qué hacer? Luis había marchado a Suiza con Margarita; no tenía su dirección, estaba sola, completa mente sola y sin recursos...

- ¿Por qué no trataste de verme?

- Ya pensé en ello; pero no me atreví. Para concluir, mi situación era tan penosa, que acabé por perder el ánimo. Se presentó un hombre y supo aprovecharse de mi aislamiento, de mi pobreza, de mi desesperación... y llegué a ser... ¡en dónde tenía yo la cabeza!... y llegué a ser... su querida.

- ¿Y ese hombre?

- Sin duda lo conoces. Es un camarada: Breusten.

- Lo comprendo. Y seguramente es él el que te ha empujado a...

- Directamente, no..., los primeros días no me habló de ello; no se lo hubiera tolerado. Vivíamos juntos, y en vano intentaba yo olvidar a Renato, pues todo el mundo me decía que tendría para muchos años. No era feliz con Breusten; es rudo sombrío, poco afectuoso... Iba con frecuencia a sus reuniones, y tenía trato con algunos amigos suyos que se la daban de científicos.

- "¿Souvarine?"

- Sí; y además Thibault, Chara, Bebert, Elisa y otros muchos, Magdalena, la antigua compañera de Fortier y de Breusten, vive ahora con Bebert. Es una mujer valiente, un poco sencilla, que jamás ha tenido suerte. Maltratada por su compañero, se dedica a la prostitución. En nuestras conversaciones se discutía todo esto.

- Conozco sus sofismas y sus detestables teorías...

Narsaggis, que era calmoso habitualmente, se enardecía.

- Por mi parte ese oficio me repugna, te lo juro; pero a fuerza de oír justificarlo, le perdí en algo la repugnancia.

"Si yo fuera mujer -decía "Souvarine"- no dudaría entre la prostitución del taller y la de la mancebía; escogería ésta, que es más provechosa y que deja al individuo mayor libertad. No es más inmoral pasar una hora con un embrutecido que te da cinco francos, que trabajar toda una jornada para un patrón que da dos francos."

- Odiosa mentira. Esos seres no se interesan más que por las cosas materiales, y no ven la vejación moral, esa vejación que te subleva a ti, Ivona, a pesar de tu ineptitud para refutar sus paradojas, con su invencible repugnancia.

-Yo no estaba a suficiente altura para discutir con ellos. Están habituados a hablar durante horas enteras, y tienen bastante instrucción.

- No envidies su mentalidad. A los cerebros de esa naturaleza les hace la ciencia más mal que bien.

- A la menor objeción consultaba yo con Elisa la Mujer-Cerebro, como la llaman "Souvarine" y los otros. Breusten hablaba poco; pero advertía yo que era del mismo parecer; así que tomé el partido de callar para evitar disgustos.

- Y has concluido, sin darte cuenta, por dejarte influir.

- Hace cerca de un mes le fracasaron a Breusten, según dijo, muchas empresas. Nos disgustamos grandemente y él se puso de un humor horrible; a cada paso me hacía escenas

insoportables, a pesar de mi docilidad. A continuación de una disputa, me dijo un día: "Tú eres ya bastante grande para desenvolverte. ¿Por qué has de ser más bestia que las demás? Hace ya bastante tiempo que te mantengo sin hacer nada... Mira en torno tuvo y encontrarás compañeras conscientes que no esperan a que el macho les traiga la pitanza."

- ¡Y esas gentes se atreven a decir que son mejores que sus contemporáneos!

- Me sentí horriblemente vejada por aquellas palabras. Comprendí en seguida su odiosa significación. En un hombre como Breusten no era aquella una sencilla salida de tono, sino un proyecto que habría de obstinarse en realizar.

- Así me parece a mí.

- ¿Qué debía yo hacer? Tuve idea de abandonarle, pero ¿adónde ir? Sin un céntimo, sin el menor apoyo, habría de encontrar por todas partes los mismos peligros y las mismas humillaciones. Me resolví a esperar; pero al día siguiente, como llegara Magdalena atrayente y bien vestida. Breusten retuvo a comer a Bebert y a ella. Cuando iba a marchar sola después de la comida, los hombres le dijeron riendo: "Lleva contigo a Ivona, que no se aburrirá." Yo no me atreví a resistir, y este fue mi primer paso en este lodo, en el que va estoy para siempre condenada a vivir.

- Ten ánimo, nada hay irreparable.
- No tengo esperanzas: mi vergüenza es tan grande, que no me atrevo a escribirle a Renato ni a mi hermano.
- ¿Pero sigues con ese individuo?
- ¿Con Breusten? ¡Ah, no! Prostituirse es una abyección, pero soportar el parasitismo y la tiranía de semejante cochino, jamás.
- Te lo apruebo, Ivona.
- Desde que este triste oficio me permitió subvenir a mis cortas necesidades, le abandoné. Han causado mi pérdida; pero no se aprovecharán de ella.
- Y te será más fácil emanciparte si permaneces lejos de su influencia maldita.
- No quiero saber de ellos.

Y enrojando de rubor, añadió:

- No creas, te lo aseguro, que estoy encanallada. Me siento vergonzosa y poco hábil; así es que no hago gran cosa.
- Lo concibo.

No me quejo, porque vivo con muy poco; pero soy tan desgraciada, que muchas veces me deseo la muerte.

- Ten valor.

- ¡Era yo tan feliz con Renato! El amor es el más grande de todos los goces, aunque digan los camaradas que quieren suprimirlo.

- ¿Suprimir el amor? Jamás. Ensuciarlo, envilecerlo, sí. A eso van esos señores en el nombre de una anarquía caprichosa. En lugar de depurar los corazones se divierten en corromperlos; mientras debían refrenar los instintos, los dejan libres. Lo que opone los dos sexos, lo que encadena a la mujer, es la preponderancia de la sexualidad y el culto que se rinde al amor puramente físico.

- Esa es la verdad y así convendría explicarla a los camaradas.

- La comprenderían muy pocos. Casi todos se encogerían de hombros y me tratarían de sentimental creyendo insultarme.

- Y en resumen: ¿No se parece mucho el amor libre al matrimonio más corriente?

- El animal no puede amar más que como un animal: el ser grosero no puede emitir pensamientos nobles. Dígase anarquista o realista, el que se case legalmente o no, no tiene interés. Bajo una máscara nueva con fórmulas diferentes, permanece inepto para vivir una vida elevada.

Ivona y Narsaggis han hecho conversando su camino. Sin darse cuenta han llegado a la calle dormida sobre la que se perfilan las sombras amenazadoras y grotescas del Sagrado Corazón.

A sus pies se extiende la inmensa villa. Millones de luces brillan hasta perderse de vista en la oscuridad brumosa.

El gemido lúgubre de una locomotora lejana atraviesa planeando largamente la niebla lechosa que flota. Y la mano de Narsaggis cargada de reproches, señala la ciudad formidable.

Allí están felices o apenados, ricos o pobres, esclavos o tiranos, los millones de hombres que creen vivir... ¡Locura y vanidad!

Las lágrimas que velan la mirada de Ivona dicen de su sufrimiento interior.

- ¡Qué mala es la vida! ¡Para mí, desdichada, todo concluyó!

- Un hombre muy sabio ha dicho: "El cobarde no es el que jamás ha caído, sino el que no sabe levantarse." En efecto, nunca es demasiado tarde para escuchar las voces que hablan en nosotros y nos libran de los despotismos subjetivos, que son nuestros enemigos peores.

- Y ¿qué hacer?- pregunta Ivona con voz muy débil.

- Por de pronto cuenta con mi amistad: es preciso tener resolución: mañana alquilarás un cuartito en otro barrio y yo me encargaré de encontrarte trabajo, aunque sea en una colocación muy modesta. Mientras esto llega, pongo a tu disposición mis cortos recursos.

- No, Narsaggis. No aceptaré ese sacrificio.

- Ya sabes que mis gastos son muy sencillos y que esto no me crea ningún conflicto.

- No, no es posible.

- Ivona, comprendo tus escrúpulos. Permíteme que te repita que mi proposición no envuelve ningún pensamiento egoísta... Ya sé que de ordinario los servicios que un hombre presta a una mujer se suelen inspirar en vergonzosos cálculos.

La frente de la joven se cubre de un cándido rubor.

Narsaggis prosigue:

- No temas estas cosas. Seré para ti un buen amigo, feliz de velar por un depósito sobre el que mi afecto por Renato me ordena interesarme. Entre nosotros ningún reparo debe haber.

Y en un arranque espontáneo le toma ella una mano y la estrecha entre las suyas.

- Eres muy bueno, Narsaggis, y has sabido leer en mi corazón.

- El corazón de un amigo es un espejo limpio -declara Narsaggis en tono cariñoso. Y concluye:

- No me adules: no hago más que cumplir con mi deber.

Ivona desciende ligera, acariciada por pensamientos vivos y cálidos.

- Al fin he encontrado un hombre que no es falso ni cochino: Un amigo que me servirá sin exigir a cambio el envilecimiento de mi persona.

Renace en ella la esperanza y canta su alma juvenil un himno de firmeza y de vida.

Gracias a la amistad pura de Narsaggis podrá atender a su Renato, bien alejada de todo contacto corruptor. Se guardará para él, y este pensamiento basta para hacerla temblar.

Calle de Clignancourt. Nuevamente la turba y el ruido. En los escaparates brillan millares de alhajas a la luz incandescente de innumerables lámparas. Muchas jóvenes se extasían ante los broches de brillantes peligrosos.

Ivona siente que la toman por el brazo.

- Hola, querida, ¿no quieres saludar?

Es un hombre como de treinta años, robusto, con el bigote presuntuoso y el rostro banal.

- Señor, no tengo el gusto de conocerle.

- Mala memoria. Aún no hace ocho días que estuviste conmigo en el hotel de Nápoles, junto a la plaza de Pigalle. Sin duda tratas a muchos hombres y así nos olvidas tan de prisa.

Desconcertada Ivona, murmura:

- Está usted equivocado... señor...

- ¿Te quieres burlar? Vamos, te pago un vaso y después renovaremos el conocimiento... Cuando estemos en la cama acaso hagamos memoria.

Y el desconocido lanza una sonora carcajada feliz de su humorismo. Su mano imperiosa trata de rodear el talle de Ivona; pero ésta se aparta ante las palabras injuriosas, y todo

lo de prisa que puede gana la calle de Clignancourt, dejando a su interlocutor sin respuesta.

- ¡Sucia!, ¡fregona! ¡Ve de prisa grulla, que te aguarda el chulo!...

Este incidente renueva en el espíritu de Ivona sus penosas preocupaciones. Es preciso que se aleje de allí, porque estas mortificaciones se repetirán continuamente y por su virtud le será imposible olvidar el pasado vergonzoso.

Llega a su casa. Sobre la puerta una llama mortecina alumbra desde el centro de un globo blanco: "Hotel Meublé". La entrada es modesta y la escalera estrecha.

- Eh, señorita -llama una mujer enorme, vestida con ropa de cama de color rosa con lacitos blancos... Una mujer ha venido a preguntar por ti. ¿N o la has encontrado? Vino muchas veces y te estuvo esperando mucho tiempo ante la puerta.

- Yo a nadie aguardo; pero en fin, voy a ver; gracias, señora.

Intrigada Ivona, se dirige hacia la calle.

En el mismo instante una mujer vieja, vestida de luto, entra en el hotel y se encuentra en el portal frente a frente con la joven, que retrocede asustada.

- ¡Madre!

- Si, soy yo: ¡pobre hija mía! ¡Ivona de mi alma!- contesta la voz rota por la emoción de la señora Mahieu.

El primer movimiento de Ivona, aterrada, es para huir; pero su madre le corta el paso.

- ¿Te escapas? ¡Con el trabajo que me ha costado encontrarte!... ¡Y no estás tan mal como yo suponía, querida!

El miedo deja su puesto a la ternura. Ivona solloza.

- Subamos a casa, madre, que nos están mirando.

En efecto, los vagabundos y las desarrapadas se burlan de aquella hermosa muchacha y de aquella vieja campesina que lloran apoyadas una contra otra.

Causa temblor el entrar en el cuarto de Ivona. Es una habitación exigua, cuya ventana pequeña se abre sobre un estrecho patio maloliente; cubre los muros un papel de flores, recubierto de grasa y de polvo. La cama sucia y vieja hace pensar en un desfile de numerosas parejas, sucias también, en largos años de viles abrazos, de besos rápidos y de regateos descorazonantes. Por todo mobiliario, dos sillas cojas, y en un rincón una mesa con un jarro.

- ¡Ay, cómo estás alojada, pobrecita mía, !Qué tristeza!

La señora Mahieu se siente penetrada por la tristeza glacial que fluye de los muros siniestros y parece emanar de la propia vida de los miserables que pasaron por aquellos lugares.

Ivona calla. Se ha dejado tomar las manos por su madre, que la contempla conmovida, y únicamente los latidos de su agitado corazón turban el silencio de aquel frío cuartucho.

- ¡Y no puedo ayudarte!

- ¡Pobre mamá!

Las dos mujeres se abrazan y mezclan sus lágrimas

- Tu pobre padre lo dejó todo desarreglado. Teníamos deudas y lo he vendido todo para pagarlas. Ya comprenderás que no iba a quedarme allí completamente sola, y por esta razón he venido a verte... Me he dicho: es mi hija; la perdonaré y viviremos juntas.

- Eres muy buena, madre; yo no lo merezco.

- Cállate, Ivona: no hablemos de eso. Seguramente has obrado mal; hubieras debido volver a casa: pero no te has atrevido; ya lo comprendo-. Esto se acabó. Por mala que seas, yo soy siempre tu pobre madre...

- ¡Madre querida! -Ivona coloca su frente sobre el hombro de su madre, agitada por grandes sollozos.

Juntas seremos menos desgraciadas, madre. Permanezcamos juntas. Yo trabajaré...

- Y yo también puedo trabajar.

- ¡Ay no!, ¡pobre madre! -Y luego cariñosa: -Tú cuidarás de la casa.

La señora Mahieu, venciendo una profunda duda, pregunta:

- ¿Y... tu... amigo?

- Está en el servicio... Espero que pronto lo veamos volver. Y después añade balbuciendo emocionada: -¿Sabes, mamá, que es un gran muchacho?...

- Puesto que así piensas, no quiero contrariarte: deseo que seáis felices; siempre te quise mucho y tu padre también. Era un poco gruñón; pero te quería mucho...

- ¡Qué desgraciado!

Estos recuerdos torturan a la pobre vieja.

- Lo más horrible no lo sabes tú... Encontré un cuello postizo de tu hermano...

Las lágrimas de la señora Mahieu se redoblan.

Después de haber recogido su secreto, grita Ivona indignada:

- ¡Estás equivocada, mamá! Cuando ese odioso crimen se cometió, estaba ya en Suiza con su amiga...

Entonces los ojos de la vieja brillaron alegres al través del rocío de sus lágrimas.

- Yo no podía creer eso. ¡Mi hijo un asesino! ¡Qué locura!

- ¡Ese cuello postizo y las cartas de Renato las dejaron allí para desviar las sospechas. ¿Quién ha podido hacer eso?

- ¡Ay Ivona! Yo me siento feliz al encontrar a mis dos hijos y poder quererlos todavía...

En la escalera sombría, un borracho que busca su camino lanza blasfemias. Su paso trabajoso y su voz bronca al través de los débiles tabiques, hacen temblar a las dos desconsoladas, que se estrechan una contra otra apoyadas sobre el viejo y grasiento lecho que cruje.

X

-Buenos días, Margarita. Estoy aturdido. Cuando se ha perdido la costumbre de este odioso París...

- ¿Tú crees? A mí me parece como si no lo hubiera abandonado nunca. Después de almorzar me fui un rato a los almacenes, porque tenía que hacer algunas compras, y no me he aburrido.

-Seguramente. Los grandes almacenes son para las mujeres de hoy lo que eran las catedrales para sus abuelas. Y ¡quién sabe si en el corazón de las mujeres el buen Dios es quien enciende el deseo de las galas!

- ¿A que no sabes a quién he encontrado?,

- No se me ocurre.

- A Breusten. Me ha preguntado por ti, ¿y sabes qué me ha dado?

- ¿Todavía te hace regalos?...

- Mira qué hermoso pedazo de seda color malva. Es muy bonito. Sin duda lo ha hecho circular.

- En efecto, Breusten no es bastante galante para hacer regalos que cuesten dinero.

- Con él me haré una blusa magnífica. ¿Qué te parece? ¿Me va bien el color?

Margarita, pizpireta, coloca el retal sobre su pecho y se mira en el espejo; pero Luis no pasa de una severa aprobación.

- Y si me sobra me adornaré un sombrero. Precisamente me hace falta uno...

- Luis calla. El retal de seda parece provocar en él un desdén hostil.

- ¡Oh, Luis, no vas a poder vivir de celoso! Cuando te pones así, no te quiero.

- Si no tengo celos -dice Luis. Pero el timbre seco de su voz desmiente sus palabras.

- Además, Breusten me ha dicho otra cosa concerniente a tu hermana, tu madre y Renato.

- ¿Tienes noticias tuyas? ¿Y me entretienes con tus trapos en lugar de comunicármelas?

- Vamos; Luis, ten paciencia; es que no me acordaba. Sí; están en París los tres y viven juntos.

- ¿Es posible?

- Y parece que son muy felices.
- ¡Cómo me satisface la noticia! ¿Se te ha ocurrido preguntar su dirección?
- ¡Ya lo creo! Pero Breusten no ha querido dármela...
- Desde que vinimos hice muchas pesquisas inútiles... ¿Cómo Breusten está tan bien enterado, si estaba regañado con ellos?
- No lo sé.

Margarita manipula de nuevo la seda color malva sobre la que refleja la luz del Poniente. Sus dedos resbalan felices y acariciadores sobre el suave trapo.

En el espíritu de Luis renacen los temores.

- Seguramente Breusten se aprovechó para hacerle la corte.
- ¡Qué tonto eres, amigo mío! ¡Todo lo contrario! Me ha hablado muy bien de ti.
- ¿Quieres tomarme el pelo?
- No, no. Te considera como un compañero interesante. y se alegraría mucho de verte. Me ha preguntado que cuándo podría encontrarte, y yo le he dicho que tú no trabajabas y que habías vuelto a París con el propósito de no frecuentar

los grupos. Además he insistido mucho sobre tu nuevo nombre para que no cometa una torpeza.

- Has hecho bien.

- Luis Mahieu va no existe -le he dicho-. Su sucesor es Juan Boreski.

A pesar suyo. Luis comparte la risa burlona de que Margarita acompaña su gesto.

- ¡Malvado, que me haces escenas... y que nunca me abrazas!

- ¡Querida, porque te amo demasiado!... Tengo tanto miedo de que este odioso París te me robe...

- Eres muy bruto... pero con todas estas cosas no he tenido tiempo de preparar la comida, Si fueras tan galante que me llevases a un restaurante... He visto uno a dos pasos de aquí, en la plaza de Italia.

Luis, para hacerse perdonar se muestra muy complaciente con su morena amiguita. Por su parte ella multiplica sus mimos y su juego de gata que retoza, llega, como siempre a hacer del joven enamorado el más humilde de los hombres.

- He comido muy bien, declara satisfecha al tomar el brazo de Luis.

Este calcula mentalmente que sus economías concluirán pronto si siguen con aquel tren de vida.

- Aun no me has preguntado, Margarita, el resultado de la gestión que tenía que hacer hoy.

- Porque estoy aturdida. Hemos hablado de tantas cosas. Anda, dímelo.

- Encontré al compañero de que me habías hablado. Desgraciadamente, en este momento no tiene "pipas".

- ¡Qué contrariedad!

- Me ha enviado a casa de otro camarada que me enseñó algunas; pero no están bien imitadas. He traído dos envueltas en papel de seda: en casa te las enseñaré.

- Si no están muy mal hechas puedes intentar... pero serás prudente.

- Demasiado prudente; como que dudo de si debo o no emprender ese camino peligroso.

- Lo estudiaremos. Lo ensayaremos con cuidado. Tú no te arriesgues.

- De todas maneras es preciso encontrar una solución, porque nuestras economías se acaban pronto.

Margarita calla. Absorbidos por sus reflexiones, marchan los dos Lentamente. La tarde está muy agradable; la atmósfera es tibia y apacible. Únicamente las primeras hojas secas, que caen con lentitud sobre la tierra, anuncian la proximidad de la escarcha.

- ¿Por qué no vas a ver a Breusten, puesto que quiere hablarte? Eso a nada te compromete.

- Lo veré.

- Así, además, tendrás la dirección de Renato. A ti no se atreverá a negártela.

-En efecto. Y Renato puede proporcionarme buenos negocios.

- No te enredes.

- No, querida. Si tú eres razonable y me amas de verdad, procuraré no enredarme y encontraremos el medio de ser dichosos.

Una bandada de golfillos irrumpe bulliciosa e un terreno baldío al través de las empalizadas, por las que se ve las cabañas de tablas maltrechas y las chozas deformes, de hierbas y hojalatas. Como juegan a combatir, los niños sucios

y desarrapados emplean proyectiles de barro y esgrimen, en lugar de armas, flejes de hierro y sables de madera. Muchos se han colocado sobre sus cabelleras enmarañadas unos kepis galonados de oro, y al marchar, arrogantes, olvidan que se les escapan sus desgarrados pantalones y enseñan como cómico estandarte el faldón de una camisilla sucia. Las brujas tratan de darles caza, armadas de mangos de escoba. Sin duda acaban de cometer algunos hurtos. Al huir ríen estrepitosamente, lo que da más carácter a su juego; el juego de la guerra.

Margarita se divierte con los espectáculos de la tarde.

- Eso me recuerda cuando yo era niña... Mi padre, borracho, nos daba cada bofetón...

Pero el pensamiento de Luis está ausente. Ella lo observa y trata de atraerle.

- ¡Qué buena vidita nos daremos, querido Luis, cuando nos hayamos instalado y nos desenvolvamos un poco!

Luis se deja invadir por una grata emoción.

- ¿Pero, es verdad que tú me quieres?

Le estrecha ella la mano con todas sus fuerzas y voluptuosa, se inclina sobre él.

...Quedan atrás los temores y las preocupaciones. Desaparecen las nubes, olvida Luis el peligro y siente como si las dificultades se allanaran ante él para siempre.

Como un súbito impulso, como un ardiente deseo invade todo su ser y abrasa su sangre; fijando sus ojos negros, llenos de promesas violentas en los ojos rientes, llenos de misterio Insondable de su amada, implora:

- Debíamos volver a nuestra casa, amor mío. Es ya muy tarde:

* * *

- No te asustes madre, que soy yo.

- Buenos días. Renato, ¡Qué sofocado vienes!

- Es que corrí mucho, y de la estación aquí todo es cuesta arriba.

La señora Mahieu ayuda a Renato a empujar un carrito en el que están colocados, cubiertos con una tela roja, utensilios caseros y dos cajas de quincalla. El carrito lo encierra en un pequeño taller que hay al lado izquierdo del pabellón.

Es éste una modesta casita, compuesta de dos piezas, en el primer piso, y en la planta baja de una cocina y un comedor. La rodea un jardincillo adornado por dos cerezos y algunas lilas. Todo está desnudo de hojas y cruje bajo el viento glacial de noviembre. Al otro lado de la calle ningún edificio estorba la perspectiva; campos tristes y desnudos, y algunas cabañas plebeyas construidas de adobe. En el horizonte la eminencia sombría de Mont Valerien, sobre el que se agita frenética una bandera empujada por el viento frío.

Enjugándose la frente penetra Renato en la casa, y se deja caer sobre una silla.

Ivona lo ha sentido entrar. Su paso alegre vibra en la escalera y empiezan las preguntas tiernas entrecortadas por los besos.

- ¿Te has fatigado, pobrecito mío?
- No, querida, esto no es nada. Tuve un buen día de venta.
- Me alegro mucho. Mira, tenemos una carta de Luis.
- ¡Qué imprudente! ¿Ha escrito?
- No, hizo que la trajera Bebert.
- No es eso mucho más prudente. Renato despliega la carta.

« Querido Deverny -menos mal que se acuerda de mi nuevo nombre-. Me alegraría mucho de verte, pero

no me atrevo a ir a distraerte a tu pabellón de Nanterre; sin embargo, la urgencia me determina a rogarte que me esperes esta noche a las nueve. Mis recuerdos a tu mujer y a la señora Massé. -Esta es usted, querida mamá, no lo olvide.

-Firmado: Juan Boreski.»

Los tres rieron de muy buena gana.

- Su carta -comenta Ivona- no está mal escrita; nadie podría sospechar...

- Pero tantas idas y venidas son peligrosas. Acabarán por descubrir nuestra identidad, y como él y yo somos prófugos, la cosa puede resultar grave y no tengo deseos de volver a la cárcel.

- ¡Ay, Renato mío! Confío en que eso no volverá a ocurrir - dijo con voz repentinamente asustada Ivona-. Aquí estamos muy tranquilos los tres. ¿No es verdad, madre?

- A fe mía que es cierto... Mis ideas tristes se disipan... pero ese pobre Luis tengo mucho miedo de que haga tonterías.

- Esté tranquila, que nosotros lo impediremos.

- Buenas noches, querido Luis. Buenas noches, Horn. Mamá y yo nos vamos a dormir, porque es muy tarde. Vosotros podéis seguir hablando tranquila mente.

Los tres hombres quedan solos, sentados en la cocina junto al fogón todavía encendido.

- Te aseguro, Renato, que te atormentas en vano. He tomado todas mis precauciones para que no me siguieran cuando vine.

- Lo comprendo; pero vale más concluir con esas visitas peligrosas. Muchos camaradas conocen ya una situación sobre la que yo quería guardar secreto... ¡Y se puede confiar en ellos tan poco!

- Tengo necesidad de hablarte... pero veo que tus seis meses de cárcel te han hecho muy miedoso.

- Compréndelo; no quiero volver allí.

- La prisión es en efecto para nosotros una especie de espada de Damocles. Todos los días arriesgamos nuestra libertad.

- Por eso yo he vuelto la espalda al ilegalismo.

- Y vegetas con tu modesto comercio. Ese no es el ideal. Quiero proponerte una cosa seria. Desde mi vuelta me

ocupo en colar algunas "pipas", pero te confieso que esto tampoco es interesante. Es preciso correr de la mañana a la tarde, sufrir muchas repulsas y arriesgar el ser cogido veinte veces a cambio de hacer una jornada pasable. Además las penalidades son terribles: la reclusión... y no quiero continuar. Puesto que aceptamos el correr tales riesgos, ¿por qué no trabajar en mayor escala? Eso es lo que muchos compañeros y yo hemos pensado. Lo mismo se arriesga para dar un buen golpe, que con los negocios pequeños. Hemos resuelto atacar a un cobrador de un Banco; la cosa es muy audaz; pero si está bien preparada y tenemos una combinación muy seria, puede reportarnos un gran provecho. Habrá para cada uno de los partícipes de diez a veinte mil francos y eso ya merece la pena, ¿verdad? ¿Te impedirá a ti acompañarme el amor a tu nuevo oficio?

- Es el amor a la vida el que sin duda me lo impide.

- Luego rehusas...

- Irrevocablemente. Después de haber venido de Marruecos con tantas dificultades, me he prometido evitar el volver a caer en parecida catástrofe. No solamente he sufrido yo mucho, sino que mi pobre Ivona, durante mi detención, también pasó penalidades horribles.

- Lo sé.

- Sin Narsaggis y su madre, ¿qué hubiera sido de ella? No, Luis, no me tienes. Habrías de poner una fortuna ante mis ojos de pobre vendedor y te aseguro que mañana mismo iría a hacer mis ventas a Saint Germain.

- ¡Qué cambio de ideas! -comenta Luis asombrado.

- Lo reconozco; pero es precisamente lo que a ti te convenía.

- ¡Qué quieres! El taller y la oficina me son odiosos, y además me sería preciso vivir alejado de Margarita.

- ¿Tan celoso eres? -le dice Renato burlonamente,

- Tal vez.

- Permíteme el que te diga que tu compañera es una muchachita mu y poco seria y de sentimientos demasiado superficiales.

- Lo comprendo; pero eso no me impide amarla.

- ¿Hasta el punto de enfermar?

- ¡Ya lo creo! Si no voy a la casa de un patrón sólo me quedan dos salidas: de una parte el ilegalismo, y de otra una modesta ocupación independiente, como la tuya, que no da para vivir. Si yo estuviera solo... pero las mujeres cuestan muy caras.

- ¿Sabes tú que Ivona y su madre, con tener arreglada la casa y acompañarme algunas veces al mercado, todavía tienen tiempo de hacer trabajos de costura para pagar el alquiler con su producto?

- Margarita no está acostumbrada... No le gustan los trabajos domésticos, descartados además en los medios anarquistas.

Hemos adquirido también la costumbre de comer fuera de casa...

- Hace ya mucho tiempo que Ivona y yo hemos comprendido esto. No te quejes demasiado, porque no es en los medios anarquistas en donde tu amiguita podrá convertirse en una mujer seria.

- A creerlos, todos los compañeros son furiosos hembrófobos; pero en realidad están dispuestos a hacer todas las concesiones con tal de que no lo sepan los camaradas.

- Sí; la cuestión sexual tiene mucha importancia entre nosotros. En cuanto una mujer llega a un grupo, la asedian todos los hombres.

- Y tú, querido Renato, conociendo este estado de cosas, ¿te atreves a reprocharme el que sea celoso?

- Nada te reprocho; es lamentable el que tu compañera sea de aquellas para con quienes los celos están justificados.

- Explícate.

- Yo no estoy celoso de Ivona; tenemos confianza uno en otro... Escucha, Luis, una verdad amistosa: Tus sentidos glotones y tu corazón inexperto, te han empujado a aceptar una unión nefasta. Es demasiado tarde para que te puedas arrancar la espina.

- ¿Estás loco? ¡Vivir sin Margarita!... Preferiría morirme de repente.

Los dos amigos quedan silenciosos. Horn desde el principio de la discusión está abismado en la lectura de un folleto y parece no prestar atención al diálogo de sus camaradas. Al fin Luis, en voz baja, como hablando para sí, dice:

- Que encuentre yo un buen negocio y será mi dicha definitiva. Me lo guardaré para mí solo y dejaré de frecuentar los grupos de compañeros.

- En resumen, por ella vas en busca de la muerte.

- ¡Ay, Renato! ¿No es ella toda mi vida?

- En cuanto a mí también yo daría mi vida entera por Ivona; pero jamás me la pedirá para hacerse sombreros de lujo ni blusas de seda.

- Eres muy injusto.

- No, Luis; los corazones de nuestras compañeras no se parecen. Margarita consiente que por ella, con la cabeza baja, te lances a los peligros, y en cambio yo, por Ivona, no quiero ir contigo. Tu compañera te impulsa y la mía me retiene.

Si el corazón infantil de Margarita fuera capaz de sentir algo que no fuera un capricho; si te amara verdaderamente ella misma te gritarla: "¡Apártate de ahí!"

Entre los numerosos aturdidos que han llegado a morir en la prisión o en la cárcel. ¡Cuántos fueron impulsados al ilegalismo por el único deseo de agradar a las mujeres que adoraban, y que no eran amados por ellas! Egoísmo y frivolidad por una parte, pasión ciega e inconsciencia por la otra. Quisiera engañarme, Luis, porque ya veo que mis reflexiones te disgustan. Sabes que todo eso te lo digo por puro cariño, y te suplico que te tranquilices.

-No me molestas; pero no veo medio de llegar a creer que Margarita sea un monstruo como dices.

- No es un monstruo, es una golfa; eso es lo que te he dicho. Te conduce a tu pérdida, no por su cálculo, sino por inconsciencia, y cuando el mal esté hecho será ya tarde para que comprendas que colocaste torpemente tu amor.

Estas palabras evocan en Luis penosas reflexiones. Las críticas de su amigo corroboran los pensamientos que con

frecuencia conturban su espíritu y con energía los rechaza siempre... ¿No le amaba Margarita? ¿Sería una coqueta sin corazón, una egoísta? ¡Qué le hemos de hacer! Un solo beso de sus labios rojos, un leve temblor de su cuerpecito sabroso, ¿no bastarían para disipar estas malvadas ideas? Además, ¡amaba él tiernamente a su Margarita! Y el amor le sugiere el arte de engañarse a sí mismo.

Sus amigos no podían juzgar. No conocían como él a Margarita.

¿Habían escuchado las palabras mimosas, las tiernas declaraciones que su boca húmeda sabía deslizar entre los besos?... Ciertamente que no era perfecta: pero él la amaba, y puesto que le hacía feliz, hacía mal en escuchar consejos que indudablemente eran sinceros, pero no eran oportunos.

- Yo no soy un niño, querido Renato -se decide a contestar Luis al cabo de un instante-. En lo que tú me dices hay algo de verdadero; pero tus conclusiones son demasiado categóricas. Margarita ama el lujo, es verdad; pero todas las mujeres son como ella, fuera de algunas delgaduchas sabias, horripilantes, en las que la coquetería es totalmente intelectual y que para hablar a los compañeros ingenuos emplean palabras científicas en lugar de ponerse lacitos de colores. Se sienten muy vanidosos de haberse podido acostar con la Mujer-Cerebro o con Claudina número 4, y tienen como un honor el vivir con una compañera que cita a

Le Dantec... Yo amo a Margarita tal y como es. Si cometo una tontería no será ella responsable, puesto que jamás me ha incitado a practicar el ilegalismo.

- Acaso directamente, no.

- Ni indirectamente, Renato; no estés en eso. Por lo demás, yo no soy el único comprometido en este negocio, y no puedo pensar que los compañeros que van a ir conmigo sean todos unos enamorados ingenuos e inconscientes.

- ¿Es indiscreto preguntarte sus nombres?

- Tenía absoluta confianza en ti. Primeramente contamos con Thibault.

- ¿Cómo? ¿Tu ex rival?

- No nos hemos reconciliado de una manera definitiva; pero algunos amigos comunes nos han acercado suficientemente para la realización de nuestros proyectos.

- Y así, probablemente Thibault obra también por amor. No quiere parecer menos heroico que tú a los ojos de Margarita.

- ¡Cómo estás esta tarde!

Continúo. Breusten es nuestro gran director de escena. El se encarga de buscarnos un automóvil que nos permitirá huir en cuanto demos el golpe... Si yo no supiera que tú no

quieres a Breusten, ese fruncimiento de tu frente me lo hubiera dado a entender.

- No; no lo quiero. Hay entre él y yo cosas de las que me repugna darte explicaciones, y me apena verte asociado con un compañero de ese género. Al pronunciar estas palabras Renato, efectivamente parece muy disgustado. Luis replica:

- Yo no tengo por Breusten grandes simpatías, te lo confieso. Por lo demás, terminado el asunto, cada uno por su camino. En nada quedamos ligados.

Pensamos también que nos acompañen Bebert o Langlois; pero antes de fijar nuestra elección hemos venido a proponerte a ti el negocio; el mismo Breusten es quien nos ha indicado que tú eres enérgico y serio, y al saber yo que estabais distanciados me ofrecí para servir de intermediario.

- No insistas, Luis; te aconsejo además que no te mezcles en eso. Aun es tiempo. Trabajaremos en este modesto comercio los dos juntos; Margarita se quedará con Ivona y la madre...

- Si no se tratara más que de mí, tal vez aceptase... pero Margarita no ha de estar conforme... No hablemos más... ¿Tendría yo mejor suerte con el camarada Horn?

Al decir estas palabras, Luis toca en el hombro al salvajista, que había concluido por dormirse con su folleto en la mano. Despierta y le contesta sobresaltado:

- ¿Qué quieres?

Luis explana su proposición. Había contado con el concurso de Renato para un negocio importante. Y, en defecto de su amigo, se dirigía de buen arado a él, cuyas condiciones no eran ignoradas por los buenos compañeros.

El Salvaje hace una mueca significativa.

- Un minuto de atención, Luis. No soy enemigo de la represalia individual, y en mí no existe el prejuicio de la honradez. No tengo compañera, como Renato; nada me detiene. Después de mi, el diluvio; pero si rehúso es por otros motivos.

Hace ya mucho tiempo que practico eso que llamáis ilegalismo; he pasado por numerosos peligros, y si he llegado a adquirir, como tú confiesas ciertas condiciones, no ha sido por asociarme a pájaros de primer vuelo, inexpertos, ni a individuos sin conciencia.

- Nos juzgas muy mal, Horn.

- Aun cuando fuerais los mejores compañeros del mundo, rehusaría de igual modo. La sola idea de asociarme con alguien me es odiosa. ¿Lo comprendes?

La costumbre de la lucha ha debido despertar en mí la ancestralidad. Afronto gallardamente los riesgos de la batalla. Saboreo las peripecias de mi vida indisciplinada con una satisfacción semejante a la que debían sentir mis abuelos, cuando en el fondo de un bosque oloroso perseguían una bestia a la que debían vencer por la fuerza o por la habilidad...

Las ventanas de la nariz del Hombre-Natura (uno de los muchos apodos del bravo Horn) se dilatan, y su mirada brilla. Después de una pequeña pausa prosigue:

- Amo la vida y amo la lucha. En el seno de vuestra civilización vivo rebelde, sin contar más que con mi instinto y mi fuerza. Las fieras de mi género no van en manadas como los lobos cobardes.

Déjame vivir a mi gusto; vuestra camaradería ficticia no tiene atractivos para mí, y vuestra concepción del ilegalismo no es la mía. Mi revolución es algo consciente, sana y natural, mientras la de la mayor parte de los anarquistas sólo está formada por bajos sentimientos. Soy bastante enérgico moralmente y físicamente para no temer el aislamiento, querido Luis...

- Como quieras; yo pensé agradarte... En el fondo me gusta tu temperamento... Pero es ya muy tarde y no quiero perder el último tranvía de París. ¿Me acompañas. Horn?

- No, yo duermo aquí.

Cuando Luis y Renato salen de la cocina y atraviesan el oscuro pasillo, Ivona salta al cuello de su hermano y le abraza tiernamente.

- Perdóname... he tenido necesidad de bajar al comedor, y sin querer he sorprendido una parte de vuestra conversación. Yo te ruego, mi querido Luis, que escuches los consejos de los que te quieren y no te expongas...

- Hermanita, tienes muy buen corazón y Renato también; pero hacéis mal en molestaros inútilmente... dejad a un lado esas ideas sombrías... y a vivir.

* * *

- Entre el viento frío que barre la negra llanura, camina Luis a buen paso en dirección a la calle por donde pasa el tranvía de Saint-Germain a París; pero le persiguen las advertencias de Renato.

- Comprendo sus temores: son dictados por un afecto sincero. Pero es muy miedoso. El atentado que proyectamos está preparado con la mayor prudencia; el riesgo es insignificante... En cuanto a nuestros colaboradores, dejo

aparte sus cualidades morales y me atengo sencillamente a su valor técnico. Son camaradas intrépidos y la mayor parte de ellos han hecho ya sus ensayos. Yo con este me inicio, es verdad, pero no encuentro motivo de alarma, puesto que voy escudado por hombres templados para la lucha y que como me sucede a mí, no temen ser vencidos.

El golpe resultará: tengo la convicción más absoluta. Y Renato se quedará bien asombrado el día que vuelva a verle con un gran puñado de billetes de Banco... Porque debo hacerle partícipe de los provechos, a pesar de su negativa. ¡Qué dicha será para mí la de acudir en su ayuda y hacer menos difícil su existencia!

En cambio sus esfuerzos para separarme de Margarita me disgustan... ¿A qué ese empeño?... Verdad es que no es perfecta; pero de esto a separarme de ella... ¡Están locos! ¡Vivir sin Margarita! ¡Qué haría yo en la tierra privado de lo que más quiero?...

Si Margarita supiera esto sufriría mucho. Jamás se lo diré, porque no quiero causarle penas.

Renato ha llegado hasta a insinuar que no me ama. ¡Qué injusticia! Estoy seguro de todo lo contrario...

Voy a llegar a casa. Estará acostada y su cabecita sepultada en el almohadón, gruñirá un poco cuando yo la empuje para

colocarme estrechamente junto a su cuerpo tibio... puesto que quieren robármela la querré todavía más.

¡Cómo deseo abrazarla con mis caricias y aturdira con mis besos!... ¡Diablo! Ya está aquí el tranvía; si no corro, se me escapa...

Y entre el viento que hace danzar las luces mortecinas de los reverberos, entre el viento que arranca a los árboles desnudos secos lamentos, Luís se precipita.

- ¡En el coche y a París!

Sin aliento, Luis, llega a ganar el estribo en el momento en que el tranvía, después de un ronco trompetazo, emprende su camino.

XI

El automóvil se detiene en plena campiña. Detrás de él se extiende la carretera interminable y recta entre dos hileras de árboles. A la izquierda, a una distancia como de dos kilómetros, se distingue una aglomeración de edificios dominada por muchas altas chimeneas de fábrica.

Breusten se la señala a sus cuatro compañeros.

- Ahí tenemos a Montataire y sus fábricas. El salario de los esclavos que ahí se dejan explotar es el que vamos a apropiarnos.

La broma suscita en los cuatro la misma risa amenazadora.

- Ha llegado el momento, amigos, de compenetrarnos bien con nuestros papeles respectivos. Dentro de una hora, una de dos cosas: o habremos triunfado y seremos ricos o habremos fracasado y...

- Comprendido -dice Bebert. Los demás aprueban.

- Se trata, como ya sabéis, de atracar al cobrador de letras del Crédit Lyonnais. Hoy es día de quincena en Montataire y el Banco envía los fondos, a la fábrica con uno de los

empleados que sale de Creil hacia las diez; de Creil a Montataire hay como dos kilómetros; el camino es muy poco frecuentado a estas horas y las casas están muy espaciadas. A favor de estas circunstancias he resuelto atracar al cobrador; podremos fácilmente despojarle aquí, mucho mejor que en el centro de una ciudad populosa y dar nuestro golpe pasando absoluta mente inadvertidos. Sólo temo una cosa: algunas veces el cobrador encuentra en el camino el carro de un lechero o el de un panadero que le ofrece un sitio en él. Si ocurriera esto, fracasaría nuestro negocio.

Es, pues, preciso, esperar al buen hombre en la carretera, rodearlo, derribarlo, amordazarlo y despojarlo en un abrir y cerrar de ojos. En seguida saltamos al auto y el golpe está perfectamente dado.

- Veo con placer, constata Luis, que en tus proyectos no entra el de darle muerte. Evitemos siempre derramar sangre inútilmente.

- No obro así por sentimentalismo -contesta Breusten con un rictus poco tierno-. Temo únicamente que el ruido de los tiros atraiga hacia nosotros algunos curiosos cuya presencia para nada nos es necesaria.

Bebert quiere dar su opinión.

- Sería un desatino el tener sentimentalismos con estos cochinos perros de presa. Estos embrutecidos me disgustan

aún más que los burgueses. Cuando yo pienso que por quinientos céntimos al día aceptan el transportar cientos y miles de francos sin tocarlos... Si no me valiera más que suprimir uno o dos para darles una lección, créeme, Luis, no dudaría.

Luis está a punto de replicar, pero Breusten le corta la palabra:

- El momento está muy mal elegido para discutir. Por lo demás, sobra toda controversia, puesto que debe estar para llegar el tipo. Dejad en reposo vuestras armas, salvo el que las circunstancias las hagan precisas.

- Ahora distribuyamos los papeles. Luis y Tibault saltarán sobre el mozo por detrás y lo amordazarán rápidamente. Bebert y Langlois, que estarán escondidos un poco aparte, se acercarán entonces para ayudarles y quitarle la cartera. Tened cuidado, porque desde hace algún tiempo los empleados de los Bancos llevan revólver...

- Pero no saben usarlo -añade Bebert.

- En cuanto a mí -concluye Breusten-, os espero a una distancia de treinta metros dentro del auto.

* * *

Avanza el hombre con paso tranquilo llevando en la mano un periódico. Descuidado, aspira mientras lee, el humo azulado de un cigarrillo. La campiña está tranquila y silenciosa. Únicamente allí abajo, al revolver de la carretera, un automóvil se detiene. Y las chimeneas de las fábricas lanzan sobre el conjunto una nube persistente y sombría. Una carrera rápida... El cobrador, asombrado, se vuelve. Cae de repente sobre la carretera. Bebert corta la correa que cuelga la cartera de los hombros de su portador. Langlois le registra los bolsillos interiores de la chaqueta. Los otros dos sujetan al hombre, que se resiste cuanto puede, muerde en las manos a los asaltantes, lanza puntapiés a derecha e izquierda y exhala algunos gritos inarticulados que los puños rabiosos de los anarquistas ahogan en su garganta oprimida.

En el curso de la lucha Bebert, que llega a apoderarse de la cartera, saca su browning y aloja dos balas en el pecho del recalcitrante.

-Así podréis despojarle con más facilidad. Y a todo correr, marcha hacia el automóvil.

La doble detonación repercute formidable al través de la atmósfera inmensa.

Después de un gran quejido el cobrador cesa de luchar con sus asaltantes, que, desconcertados, cambian miradas inquietas. El acto brutal de Bebert les ha sorprendido. ¿Porqué ha disparado a despecho de las promesas que se hicieran?

Pero los instantes son demasiado preciosos para que los tres hombres dejen de imponerse a su indecisión. Langlois mete en sus bolsillos, sin mirarlos, los papeles que encuentra en los del desventurado. Al no tener sitio para todos, entrega carnets y sobres cerrados a sus amigos, que esperan impacientes.

- Ya está. No perdamos más tiempo.

Y corren los tres en dirección al auto; pero apenas se han lanzado, cuando una misma estupefacción los detiene... El automóvil no les espera: parte sin ellos.

- Están locos. ¡Esperad! ¡Esperad!

Gritando, corren al galope. Los disparos han hecho surgir curiosos del fondo de las casas dispersas sobre el camino y junto al paso a nivel muchos hombres que se dirigen hacia Montataire, no tardan a descubrir la masa sangrienta que obstruye el camino.

El automóvil marcha lentamente. Los que lo ocupan desean sin duda dejar que los retrasados les alcancen... ¿Pero por

qué Breusten va a atravesar el pueblo en lugar de cortar por los campos desiertos, como hizo por la mañana? ¿Por qué no se detiene?... Luego le sería muy fácil redoblar la velocidad...

- ¡Esperadnos! ¡No podemos más! Efectivamente, los tres hombres van sin aliento, jadeantes, agitados por un temblor doloroso, y sus gritos se hacen cada vez más imperativos.

Bebert les hace signos de que se apresuren; pero el auto continúa su marcha,

- ¡Cochinos!, ¡sucios!, ¡traidores!...

La cólera de los perseguidores se desborda. A sus imprecaciones se unen los gestos de venganza. Los tres brazos, armados de pistolas, tiran sin descanso sobre el automóvil fugitivo.

Langlois, fatigado, queda atrás. Sus dos amigos continúan la persecución.

El automóvil no atraviesa por completo la villa. Después de haber pasado por una pequeña calle muy concurrida, cruza una gran plaza y va a volver por detrás de la aglomeración para recobrar el camino. La población, asombrada, ve pasar aquel auto perseguido por las injurias y los disparos; pero nadie se arriesga a detenerlo.

Un joven obrero llega de Creil en bicicleta. Ha visto en el camino el cadáver del cobrador en torno del que se agita ya una multitud, Saltando de su máquina en la plaza principal de Montataire, anuncia la noticia trágica a aquellos a quienes los disparos de revólver han hecho salir curiosamente de sus domicilios.

- Han matado a un cobrador en el camino de Creil. Han sido los que van en el auto y huyen con la cartera.

El joven se enorgullece al dar los detalles que sabe y ante la importancia que adquiere su persona a los ojos de la turba emocionada. Así, no se hace rogar para repetir lo que sabe y para narrar, ampliándolo, todo lo que ha visto y todo lo que cree haber visto.

- ¿Y esos dos hombres que corren detrás del auto?

- ¡Oh!, son unas buenas personas que tratan de darles caza; pero a pie no podrán conseguirlo.

El grueso carnicero, cuya tienda está situada a la entrada de la villa, se ha escondido prudentemente al ruido de las detonaciones, detrás de una pirámide de salchichas que se ocupaba en instalar a la entrada de su almacén. Disipado su espanto, perora esmaltando su relato de detalles dramáticos.

Unos y otros son de parecer de que deben tomar sus bicicletas y seguir al automóvil. Todo el mundo maldice a los asesinos y les amenaza con los peores castigos; pero nadie se decide...

- Vamos a prevenir a la gendarmería; esta es la mejor solución. Además, que para eso les pagan -declara el carnicero, volviendo a sus salchichas.

Todavía durante algunos cientos de metros Thibault y Mahieu se obstinan en seguir de lejos el auto ya casi invisible en la cinta grisácea de la carretera.

- Felizmente el pueblo los ha dejado pasar... ¡Qué va a ser de nosotros! A mí ya no me sostienen las piernas. ¿Quieres que nos escondamos por aquí?

Thibault, completamente fatigado, nada opone a la proposición de su compañero, que le señala un grupo de árboles.

- ¿Por qué habrán hecho eso? Sin duda por miedo a que los cojan...

En su escondite los dos hombres reflexionan, con la mirada fija en el camino.

- Sin duda -dice Luis... -no debemos desesperar porque no hay pruebas formales contra nosotros.

Y replica Thibault, llevándose la mano al bolsillo:

- Tú olvidas estos papelotes. Destruyamos todo lo que pueda comprometernos.

Desocupan sus bolsillos y examinan los papeles robados al cobrador. Son cartas y volantes, recibos, cuentas y un cuadernito de direcciones. En un sobre descubren con alegría diez billetes de mil francos y un título al portador. Cada uno se adjudica en el momento cinco mil francos. Con Langlois ya contarán cuando le vean... Además, ha recogido una parte del botín. Al pie de un árbol, Thibault se apresura a quemar uno por uno todos los papeles que no tienen interés. Luis opina que deben hacer lo mismo con el título; pero Thibault se opone y lo desliza, como los billetes, al fondo de sus zapatos.

- Si nos libramos, no habremos perdido el tiempo por completo.

Y se sienten los dos un poco reanimados; las dificultades de la situación va les parecen menos insuperables.

Dos gendarmes a caballo salen de Montataire y toman a todo galope la carretera. Pasan sin pestañear por delante del macizo de árboles que sirve de refugio a los dos anarquistas, inmóviles y mudos.

Ya han desaparecido, cuando se escuchan unos gritos terribles.

Luis y Thibault se yerguen inquietos.

Como a quinientos metros de su refugio hay una casita en construcción, y sobre el andamio cinco o seis albañiles trabajan terminando los muros del segundo piso.

¿Se han asustado del paso del auto y de los gendarmes? ¿Ha cometido alguno de ellos algún crimen?

Se ha soltado una tabla, y muchos hombres, entre gritos de espanto, han caído sobre las piedras amontonadas sobre el suelo.

La villa está aislada en el campo, y a los gendarmes ya no se les ve. Parece que los gritos de los obreros por nadie han sido oídos, y no puede llegarles ningún socorro.

- Vamos en su ayuda -propone Luis-. No hay nadie en los alrededores, y sería inhumano abandonarlos.

Pero Thibault se resiste enérgicamente a seguir a su camarada, demasiado compasivo según él.

- Son de los embrutecidos. ¿Quieres socorrer a gentes que nos entregarían en cuanto se les presentara la ocasión? Que se maten... poco me importa. Yo no expondré mi libertad por socorrer a esclavos, a bueyes, que sostienen la sociedad capitalista. Si sufrimos, si somos explotados, es precisamente por ellos. Con ellos nada quiero tener de común... No, Luis, nuestro papel no es el de prestarles ayuda. Mueren enriqueciendo a los patronos, a quienes han adulado de continuo; les está bien. Nada de piedad para los enemigos, como dice la canción:

¡Reventará!

¡Mejor será!

¡Ya Germinal avivará las semillas!

Thibault se aturde con su propio discurso y se dispone a lanzar nuevos anatemas; pero Luis, que no se quiere convencer, lo deja entregado a su misantropía agresiva, y se dirige al montón de tablas y de materiales que sepulta aquellos seres humanos.

Su concurso es muy oportuno. Ayuda a levantarse a dos obreros levemente contusionados, y los tres acuden en socorro de las demás víctimas del accidente, heridos de más gravedad.

Uno se ha roto el cráneo al caer sobre una pila de ladrillos, y los otros dos deben tener también heridas muy graves, porque lanzan gritos desgarradores. Son precisos muchos esfuerzos y trabajos para desescombrarlos, levantarlos, llevarlos y acostarlos sobre sacos y ropas dispuestos formando un camastro.

-Hace apenas una hora... colaboraba yo en un crimen, y ahora ejerzo de enfermero. Acudo en socorro de unos desconocidos... ¡Qué contraste!

¿Cómo no arrepentirme de lo hecho ante el espectáculo de los sufrimientos humanos? ¡Ay, no lo volveré a hacer por nada en el mundo, lo juro!

Reflexionando así Luis, se entrega por completo a la asistencia de los obreros heridos.

Los albañiles proceden a la cura perentoria de sus colegas. Sin embargo, hace falta un médico... y piden a Luis que haga el favor de ir a buscarlo. La proposición no satisface al joven anarquista. Volver a Montataire, no puede menos de ser peligroso.

Los obreros insisten; le muestran su reconocimiento por su concurso generoso, que será insuficiente si no se obtiene en seguida el cuidado de un médico para los tres desventurados, de los que uno parece ya entrar en el

período agónico. Todos, además, están heridos y se mueven con grandes dificultades.

Con mi bicicleta -sugiere uno- puede en seguida estar de vuelta.

Luis se decide.

-Iré a Creil, y allí encontraremos un doctor con más facilidad que en Montataire.

Salta sobre la bicicleta y parte hacia Creil sin detenerse a ir en busca de Thibault. El estrecho camino por donde marcha está desierto, y no hace temer encuentros desagradables. Como no ha estado en Creil, no teme ser reconocido. Después de llamar al médico le será fácil volver a París en la bicicleta que un azar providencial puso en sus manos.

- ¡Valor, el horizonte se aclara!

* * *

Sentado al pie de un árbol, Thibault ve de lejos a Langlois que se dirige hacia él ocultándose cuanto puede. Con la mano le hace señas de que se acerque, y al cabo de un instante se confían sus impresiones.

Langlois explica en qué condiciones ha debido abandonar el seto que le protegía cuando se le hizo imposible la

persecución de Breusten. Un malhadado perro comenzó a ladrar contra él despertando así las sospechas de una vieja...Entonces creyó prudente no detenerse, y atravesó campos, saltó muros y vallados, y contaba con ganar el camino de París cuando reconoció a lo lejos a Thibault, que lo llamaba.

Por su parte Thibault cuenta sus peripecias y comenta ofuscado el gesto de Luis marchando en socorro de los embrutecidos. Después añade enfurecido, que Luis ha tenido la fortuna de encontrar una bicicleta y acaba de verle dirigirse rápidamente hacia Creil.

- En su estupidez, ese sentimental de Luis ha tenido suerte - comenta Thibault.

Langlois, positivista, atrae la conversación a la situación presente. Teme que se organicen batidas para encontrar al sospechoso denunciado por la vieja y su perro. Es preciso abandonar rápidamente aquella región y acercarse a la capital.

Thibault es del mismo parecer; pero cree que sería mejor esperar las sombras de la noche.

- ¿Y por qué hemos de perder tanto tiempo? -replica Langlois-. Para cuando la noche llegue es preciso que estemos ya muy lejos, y además, es más peligroso circular entre las sombras de la noche que durante el día, pues

nuestra presencia sería notada con más facilidad y parecería menos natural. Sin contar con que yo comienzo a tener un hambre terrible, pues no he comido nada desde esta mañana y lo menos son ya las dos...

- Es verdad- corrobora Thibault-; no esperemos más.

Como una hora llevan ya de marcha los dos hombres. No han tenido ningún encuentro disgustante y en el pueblecillo que acaban de atravesar apenas si les han visto dos o tres aldeanos.

En los días de invierno la noche llega pronto, y así, ya sobre las somnolientas planicies descienden las tenebrosas brumas.

Siempre sobre aviso La nglois, se vuelve... Detrás de ellos hay dos gendarmes a caballo...

-No deben habernos visto... Escondámonos detrás de esta cabaña ruिनosa para evitar su interrogatorio.

En pocos instantes se colocan junto a los muros derruidos de una casucha abandonada, a cincuenta metros de la carretera. Entre las piedras mohosas y envueltas en la natural vegetación, observan la marcha rápida de los guardias.

Una misma lividez invade sus rostros y un mismo palpitar de sus corazones pone jadeantes a los dos. Frente a su escondite, los gendarmes, erguidos sobre sus estribos, se les encaran, y uno de ellos pregunta:

- ¿Qué hacéis aquí? Salid en seguida. Y dice confidencial a su colega:

- Sin duda son dos sucios vagabundos.

Tras de los muros dismantelados, Thibault y Langlois, castañeteando los dientes, se confiesan mutuamente su desgracia en rápido coloquio.

- Cazados... ¿Qué hacer?... De seguro que nos matan.

Y Langlois, nervioso, echa mano a sus armas.

- Intentemos huir -dice Thibault.

- Estoy reventado, querido amigo: me cogerían

Sin ningún esfuerzo...

- Este es el momento supremo... Yo voy a intentar todavía dar una carrera y esconderme en alguna parte...

Al no obtener respuesta, uno de los gendarmes baja de su caballo y lo entrega del diestro a su compañero, avanzando luego hacia el refugio de los vagabundos.

A la mitad del camino silba una bala en sus orejas... Y después otra... y luego una tercera... Afortunadamente para él se ve a dos pasos de un corpulento nogal y se precipita a ampararse de su tronco.

Dejando a Langlois la defensa de su improvisada fortaleza. Thibault toma carrera al través de los campos desnudos y fríos. Pero el segundo gendarme lo ve y lanza el caballo en su dirección, mientras dos o tres aldeanos, alarmados por las detonaciones, destacan sus siluetas aterradas entre las brumas que se esparcen.

- Corred a Creil a pedir refuerzos -ordena el gendarme a los vecinos, que tímidamente se acercan. Yo me quedo aquí para impedir que ese malvado abandone la choza en donde se esconde.

Un hombre marcha con la lentitud grave de los campesinos.

- Y vosotros -continúa el representante de la autoridad, debíais seguir a mi compañero para prestarle ayuda.

Llenos de una respetuosa aprobación, pero muy despacio, tres o cuatro hombres obedecen, dando una prudente vuelta para no ponerse a tiro del escondite peligroso...

Langlois dispara todavía cuatro o cinco veces sobre el tronco rugoso del nogal, pero sin resultado.

- Guarda tus municiones, canalla -ruge el gendarme apretando su cuerpo contra el árbol y cruzando sus brazos sobre la espalda para no ofrecer ningún blanco al fuego del enemigo.

- Y tú, morcilla, abandona un poco el árbol, si no te has desvanecido detrás de él -replica Langlois.

- Pronto dejarás para siempre de ser malo -amenaza el guardia.

Entre invectivas, Langlois hace algunos disparos más, siempre inútilmente, contra su adversario invisible.

- Soy muy necio al estar aquí esperando que reciba refuerzos. Estoy reventado y solo, pero no le tengo miedo. Si pudiera bajar, estaba en salvo...

Después de examinar la campiña, el sitiado decide huir en dirección contraria a la que tomaron Thibault y sus perseguidores, con el fin de no encontrarlos.

Pero en el mismo instante un doble galope sacude su oído, y aparecen otros dos gendarmes. Son sin duda los que salieron de mañana, y vuelven fatigados en busca de su pitanza.

A los llamamientos de su colega detienen bruscamente sus caballos. Aprovechando su incertidumbre, Langlois dispara contra ellos, hiriendo un caballo, que relincha y se encabrita.

Los recién llegados comprenden lo que ocurre y, quieren precipitarse revólver en mano sobre la caseta ruinosa. Pero el gendarme del nogal, desconcertado por aquella audacia, les pide que desistan de un ataque tan heroico.

- No arriesgueis vuestra vida inútilmente... Ese bandido está muy bien armado. Dentro de poco llegarán refuerzos y podremos darle caza... Reculad vuestros caballos... ¡Atención!

En efecto, llueven los proyectiles. Uno de los gendarmes, herido en el brazo, lanza un furioso juramento. El dolor lo hace imprudente y procura evitar con objeciones el que sus dos amigos asalten el montón de piedras grises que va conquistando lentamente la penumbra.

- Cerquémole -aconseja la voz que sale del nogal-. Colocaos vosotros al otro lado: no se aproveche de la noche para huir. Si mis oídos no me engañan, no tardaremos en tener refuerzos, porque me parece que tiembla la carretera sacudida por un galope rápido.

Al principio imperceptible, el ruido no tarda en agrandarse. Las herraduras de los caballos contundén el suelo con golpes secos y precipitados, y se acerca la tropa en furiosa carrera.

- Me van a abrasar -constata tristemente Langlois, que practica el inventario de su material y coloca a su alcance los cargadores de recambio y las cajas de cartuchos.

Con la browning en la mano y solo en la noche fría, el hombre espera... Mientras se concertan las numerosas sombras astutas y activas.

Los gendarmes, en número de una veintena, han formado un círculo a respetuosa distancia. Abandonando el nogal protector, el primer adversario de Langlois ha ido en busca de su caballo, que filosóficamente se ocupaba en babear las hierbas ratizas que bordean la carretera.

A la voz de mando de su jefe los gendarmes tiran todos al mismo tiempo sobre la masa negruzca que ampara al anarquista. Este contesta por las aspilleras terrosas de sus muros. Un gendarme, herido en el pecho, cae de su caballo.

- ¡No tiréis más! -dispone una voz enérgica-.

Está demasiado bien fortificado para que podamos cogerle. Recule cada uno sin romper el círculo y sin abandonar la vigilancia...

El teniente de la gendarmería consulta con los dos brigadas que le acompañan y envían a buscar algunos aldeanos que intentan contemplar la escena ocultos tras un talud vecino.

- Id en seguida a la aldea con dos de los nuestros y proporcionadles una carreta cargada de forraje y arrastrada por dos buenos caballos. Si hay gastos no reparéis; el propietario será indemnizado...

Esta promesa no pasa inadvertida. Los aldeanos vislumbran en seguida un negocio y sus oídos acogen con mayor simpatía los discursos de los gendarmes que exponen su plan.

Se trata de asaltar la caseta sin arriesgar el fuego del bandido. Este resultado se podrá obtener marchando al abrigo de un carro que camine hacia atrás. Muchos gendarmes, ocultos en el heno o colocados a los lados del vehículo, podrán dirigir de este modo sobre el adversario tiros eficaces.

Transcurrido apenas un cuarto de hora llega la carreta y los gendarmes ponen manos a la obra.

Dos hombres toman los caballos de la brida y les hacen retroceder, mientras, muchos otros trepan sobre el heno dispuestos a tirar.

Langlois murmura:

- Muchas precauciones necesitáis para atacar a un solo individuo, a un solo revolucionario...

Y sus balas se van alojando en los haces de forraje. El anarquista se da cuenta de que su situación es desesperada y de que su final está próximo... Esta certidumbre arroja de su corazón todos los temores... En aquel solemne minuto le acompaña una valerosa serenidad.

- ¡Vamos por fin a terminar con esta vida perra!

Y canta como dirigiéndose a los fantasmas que se agitan en la sombra:

-¡Esta es la lucha final,
agrupémonos y mañana...!

Mientras concluye al estribillo, que recuerda tristemente al ilegal los tiempos desaparecidos de su revolucionarismo ingenuo, un choque ardiente derriba una parte del muro. La carreta acaba de llegar junto a la vieja cabaña.

Comienzan los gendarmes a tirar. Su posición, muy ventajosa, les permite alojar sus balas a golpe seguro en el interior de la improvisada fortaleza. Pero Langlois cesa de hacer disparos y se recuesta sobre un muro; los proyectiles caen junto a él sin tocarle.

- Es preciso concluir -declara un gendarme gigantesco sobre cuyo pecho brillan, a pesar de la obscuridad, condecoraciones y medallas.

Tumbándose boca abajo sobre la carreta se acerca a la cabaña sin ser oído por efecto de los disparos que estallan de nuevo. Llega junto al muro y enfila su revólver sobre Langlois, que se sostiene frente a él ignorando el peligro.

Langlois trata de sustraerse al tiro asesino de aquel adversario a quien no puede contestar. Sobre las ruinas de los cuatro muros, y sobre el hombre vencido, la noche gris parece dejar caer un telón. Como una fiera enjaulada corre y salta dentro de su prisión; trepa por los rincones y se arrastra sobre el suelo:... Mientras tanto, las balas de su sereno tirador le persiguen, le arañan, le hieren. Corre su sangre; su fuerza le abandona... Como un insensato grita y se queja, tirando al azar, al aire, sobre las piedras, hasta que, en un momento, una bala mejor dirigida lo abate para siempre con una crispación de suprema cólera.

- ¡Victoria!

Los gendarmes triunfantes irrumpen en la fortaleza, y los gritos alegres se redoblan cuando uno se acerca agitando un papel en el que el lápiz tembloroso del vencido ha trazado algunas palabras.

« Mi testamento: Lego, al morir, mi odio a la sociedad innoble. No lamento la vida dolorosa que se impone a los explotados. La iniquidad capitalista hizo de mí un malhechor, y estoy satisfecho de morir luchando por mi emancipación y gritando: ¡Viva la Anarquía! ¡Mueran los tiranos y los esclavos!

LANGLOIS.»

- Era un anarquista... ¡Buena caza! gritan los gendarmes cargando el cadáver sobre la carreta en la que ya habían acomodado a tres de sus heridos.

Mientras declinaba el día, Thibault, dominado por el ardiente deseo de escapar, franqueaba los montones de piedras, saltaba los vallados y como una bestia herida caminaba derecho con el revólver en la mano... Pero el gendarme, gracias a la fuerza de su caballo, no había tardado en ganarle el terreno. La captura del fugitivo era inminente; cuando alcanzaron un bosquecillo. Sin dudar Thibault se deslizó entre la maleza.

El guardia, desconcertado, tuvo que abandonar su montura y poco rápido se metió también en el bosque tratando penosamente de orientarse.

El gendarme está va a punto de renunciar a sus infructuosas pesquisas, cuando se oíen algunas voces y llegan muchos aldeanos con sus perros.

- ¡Llegáis a buena hora y muy oportunamente! Ya comenzaba yo a desesperarme. No perdamos el tiempo si queremos atraparlo.

Y azuzando los perros, que tienen la costumbre de la caza, les grita: ¡Buscad amigos, buscad! y cuando se lanzan oblicuamente al través del bosque, el gendarme los sigue disparando su revólver. A retaguardia la marcha precavida de los aldeanos hace crujir las ramas que duermen entre las hojas, amarillentas a causa de la muerte y del moho.

Thibault oye los ladridos y comprende inmediatamente lo que ocurre. El combate es desigual. Sus piernas fatigadas serán pronto vencidas por las patas de sus nuevos enemigos.

Ya los perros alcanzan sus talones, uno de ellos se lanza y le muerde en una pantorrilla... Un disparo repercute y el perro herido lanza aullidos terribles.

El fugitivo ha perdido algunos minutos y sus perseguidores se acercan. Su pierna herida se le irrita; a la derecha y a la izquierda ve algunos aldeanos no muy alejados que tratan de envolverle.

- ¡Desgraciado del que se acerque a mí! Desconcertados por el disparo de revólver, los perros se vuelven hacia sus amos que, ayudados por el gendarme, los animan de nuevo y vuelven a la caza obedientes y excitados.

Venciendo su primera incertidumbre los campesinos se hacen más ligeros. El ardor de la batalla y el deseo de

realizar la captura de la fugitiva presa despierta en ellos instintos feroces.

Sin aliento Thibault, corre siempre sin volver la cara como no sea de tiempo en tiempo para tener los perros a distancia. Pero el gendarme va siempre cerca de él y de sus disparos dos han estado a punto de alcanzarle.

Armado con un viejo fusil aparece un aldeano. El anarquista deriva ligeramente en sentido inverso; como el bosque es muy espeso, tiene que encorvarse para pasar entre las ramas y los arbustos. Estos obstáculos que abruman a Thibault favorecen por el contrario a los cuadrúpedos enardecidos; uno de ellos clava sus colmillos en el brazo del fugitivo... Sofocando un grito de dolor éste dispara a boca jarro sobre el perro, que cae inanimado.

La caza continúa. El anarquista siente que sus piernas vacilan y todo su cuerpo tiembla. Se desarma.

Lanzando un grito de espanto trepa a un árbol. Un paso más y rodará por el arroyo fangoso que le corta el paso.

El río es muy ancho para que pueda franquearlo de un salto. Thibault no sabe nadar y a su espalda llega ya el gendarme.

Pero ¿a qué abordar el río, si los aldeanos armados de diversos útiles aguardan en la otra orilla? Podrá matar dos o tres; pero esto no le resuelve nada.

Con todo, si pudiera cruzar el maldito río, al menos con ello ganaría tiempo; pero ve el riesgo de ahogarse, porque debe ser profundo...

Con la boca espumante, un perro sobreviviente salta a su lado... El gendarme está a veinte pasos y le envía una bala que roza su carne... Thibault no duda más y se arroja al agua seguido por el implacable perro.

En la orilla, Thibault abre sus ojos aterrados. Sus manos y sus pies están atados y sus ropas, empapadas en agua, comunican a su piel una impresión ingratisima; un dolor intolerable lo anonada. La pierna, el brazo y el hombro le atormentan con agudos dolores... ¿En dónde está? ¿Qué le ha ocurrido?

En torno suyo flamean las antorchas y discuten voces agitadas.

-Me han cogido. He debido perder pie en la ribera y desvanecerme. Ese perro innoble se ha lanzado sobre mí y los cazadores me alojaron sus balas en el hombro y en la espalda. Mejor hubieran hecho en acabar conmigo... ¿Qué porvenir me espera si mis heridas no son mortales?

Tirita, su sangre brota de numerosas heridas y la fiebre castañetea sus mandíbulas y lo rodea como con una macabra danza. ¡Lo han cogido!... La prisión, los jueces, la guillotina...

Revolviéndose sobre un charco de agua sanguinolenta, el vencido lanza un grito de rabia y de nuevo pierde el conocimiento.

- ¡Ah!

Temblorosas las manos de Renato estrujan el diario del que sus ojos asombrados no pueden separarse.

- ¿Qué tienes?

- Yo nada... Ivona mía...

Pero su voz temblorosa y su rostro lívido contradicen con elocuencia sus pueriles palabras.

- Yo quiero saberlo... Vamos, dame ese periódico... no me engañes. Ivona se apodera del diario. Con ansiedad recorre las columnas impresas. De pronto tiembla y un suspiro estrangula su garganta... Renato abatido permanece mudo.

- ¡Que cosa más espantosa! Tenía el presentimiento de que había de ocurrir así...

Unas lágrimas gruesas y amargas martirizan los ojos azules de la hermana de Luis, y su cuerpo suspirante es horriblemente sacudido por la mano ruda de la desgracia.

A pesar de todo, quiere saber. Y en el papel que sus lágrimas maculan, busca oprimida los detalles de la terrible catástrofe.

« Abominable atentado anarquista. Asesinato de un empleado de Banca por unos bandidos en automóvil. El trío siniestro: Thibaulf. Langlois. Mahieu". En caracteres enormes destaca el título sugestivo y siguen los detalles indignantes de la muerte del cobrador.

Los bandidos eran tres. Después de haber muerto y despojado al infeliz, saltaron en su auto y huyeron: pero Langlois no pudo reunirse con ellos y tuvo que esconderse en una caseta ruinoso. Algunos valerosos ciudadanos trataron de dar caza al auto fugitivo, pero no pudieron conseguirlo.

Una hora después del atentado el bandido Langlois estaba sitiado en su refugio y trató de huir por los caminos: hacia las cuatro de la tarde dos gendarmes volvieron a encontrarlo en compañía de Thibault.

Este último quiso huir, pero gracias a la intrepidez del gendarme Dumont fue capturado en el momento en que intentaba franquear a nado un afluente del Oise, agrandado por la tormenta. Thibault recibió muchas heridas, pero su vida no corre peligro.

En cuanto a Langlois, fue preciso un sitio en regla para apoderarse de la cabaña en donde se había refugiado. El bandido sucumbió a los disparos de los gendarmes.

Por las confidencias recibidas en la Prefectura de Policía, se sabe que el tercer malhechor se llama Luis Mahieu y es un anarquista peligrosísimo. Las activas pesquisas permiten augurar que caerá pronto en manos de la Justicia.

La culpabilidad de Thibault y de Langlois, anarquistas los dos muy conocidos, es dudosa, pues se les ha encontrado encima billetes de Banco, títulos y papeles de los que le fueron robados al infeliz cobrador. La cartera, que contenía más de treinta mil francos, no ha sido recuperada.

Es de esperar que este crimen abominable sea severamente castigado, ya que desde hace bastante tiempo se tolera inexplicablemente la agitación

anarquista, El Credit Lyonnais ha ofrecido un premio de diez mil francos a la persona que con sus indicaciones facilite la detención del peligroso bandido Mahieu.

Muchos gendarmes resultaron heridos: pero sólo uno de ellos, valerosa víctima de su deber, lo está de peligro.»

Esto es lo que dicen, brutales, las líneas que danzan ante los ojos doloridos de Ivona. Terminada la lectura, se vuelve hacia Renato, siempre abatido y silencioso... Permanecen largo tiempo sin hablar.

Ante el golpe feroz del destino, una y otro se dan cuenta de su impotencia.

- Ya se lo había dicho yo a mi pobre Luis... ¿Podrá escapar?... ¿No le habrán vendido? ¿Cómo saben su nombre?... ¡Qué catástrofe más espantosa! La voz desolada de Renato ningún eco encuentra en la silencios y triste casita. Sentada en una silla baja, Ivona le mira sin contestarle. Y sus almas son sacudidas por los mismos terrores, por las mismas sospechas, por las mismas cóleras...

- Ya está aquí mamá -dice Ivona temblando -. ¡Esconde el periódico! Por tarde que lo sepa, siempre lo sabrá demasiado pronto. ¡Pobre mamá! Ahora que éramos tan felices...

XII

Por las calles escarpadas de Montmartre, Narsaggis vuelve lentamente a su domicilio. En la plaza Berthe se detiene un momento mirando al cielo, como si interrogara al crepúsculo primaveral y como si esperase de la tibia atmósfera alguna confidencia o alguna promesa.

Se detiene el soñador y acaricia con mirada bondadosa las cabezas rubias de los niños que se persiguen y se empujan entre gritos y risas.

Grandes nubarrones impalpables y borrosos pasan a lo alto sobre la colosal pastelería pedregosa del Sagrado Corazón. Saltan los gorriones sobre los viejos y mohosos tejados de la casa y por entré las ramas negras de los árboles desnudos. Y los desocupados, sentados alrededor de las mesas ante el aperitivo, se arriesgan a permanecer en las terrazas aun demasiado frescas.

Saturado ya de la decoración que le rodea, Narsaggis continúa en el camino de su morada: un cuartucho en el piso tercero del viejo caserón que hay en el ángulo de la plaza.

Pero un estupor conmueve de pronto al apacible paseante...

- Breusten sale de mi casa. ¿Cómo será eso?

Jamás vino a ella. Esto es extraordinario. Breusten se vuelve y toma la callejuela que conduce a las escaleras. Después de un momento de indecisión, Narsaggis lo sigue, deseoso de saber lo que trama aquel hombre, por el que siente una irresistible aversión.

Breusten baja las escaleras, y siguiendo su camino atraviesa el boulevard Rochechouart. La concurrencia permite a Narsaggis seguirlo sin ser visto.

Ya las cocotas comienzan sus idas y venidas y sus solícitas ojeadas.

Los burgueses, descansados, fuman su cigarro mirando lascivamente a las obreritas. A la salida del taller, los trabajadores discuten ruidosamente y van a la vecina taberna en busca de los argumentos decisivos. Gentes de todas edades y condiciones desembocan sin cesar desde las arterias que afluyen del corazón de la villa a los arrabales populares. Unos van presurosos hacia la sopa familiar, otros bostezan ante los carteles de los conciertos y de los cabarets que van poco a poco iluminándose, y en los restaurants una turba compacta satisface su voracidad entre los gritos estrepitosos de los mozos.

Los grandes boulevares. Los reverberos se encienden.

- ¿Me hará caminar mucho tiempo? -murmura Narsaggis un poco fatigado por aquella rápida marcha. ¿Qué traerá entre manos?

Los dos hombres continúan su paseo a veinte pasos uno de otro y al través de la multitud. Y de repente...

- ¡Calla, pero si es Luis!

En efecto, Mahieu, envuelto en un amplio gabán, se ha detenido entre un grupo de desocupados ante las carteleras del diario "Le Matin". Parece examinar con interés los grabados entre los que figura su propia fotografía.

- Imprudente muchacho, que tiene la cabeza puesta a precio y se pasea en pleno París. Felizmente Breusten no lo ha visto

Después de un rápido cambio de palabras precipitadas, Narsaggis arrastra a Luis y le hace amistosas observaciones.

- ¿Por qué no has abandonado París? Un día u otro te detendrán, querido amigo, sobre todo si te exhibes de esta manera.

-Tengo necesidad de ver a Margarita... Esta tarde debía venir a casa de unos amigos de Batignolles... Y la loca de ella me ha hecho correr inútilmente. Cuando me has encontrado iba a ver si estaba con otros camaradas en el arrabal del Temple, en donde solemos pasar algunas veladas.

Ante la desaprobación concluyente de su interlocutor, Luis siente la necesidad de defender su causa.

- ¿Qué quieres? Amo demasiado a mi compañera para renunciar a verla. Por prudencia vivimos cada uno en un sitio y tenemos entrevistas muy poco frecuentes. A ella le gusta París de tal manera, que siempre retrasa el momento de nuestra marcha. De otra manera, hace tiempo ya que nos hubiéramos ido, puesto que tengo dinero para ello.

Narsaggis no se convence.

- Veo que sigues tan enamorado; tus locuras lo demuestran; pero para dejártelas hacer es preciso que tu compañera te quiera muy poco.

- Tú exageras... Margarita es una niña...

- Es una necia o una coqueta; confiésalo. No es digna de tu amor. Su deseo de lujo te arrojó en el golfo del ilegalismo... Si fueras un hombre, Luis, si tuvieras un poco de buen sentido, lo demostrarías. Ha llegado el momento de tomar una resolución enérgica... Es preciso que salves tu cabeza.

- ¿Y Margarita?

- ¡Ay, Luis! Si tu compañera es un obstáculo, consuélate pensando el número infinito de Margaritas que hay en el mundo.

- Pero yo nunca...

- Las encontrarás en cualquier parte iguales; todas las hijas de Eva aman el lujo, los perfumes, los almacenes deslumbrantes...

- Es verdad... pero...

- Yo te pido que no confundas una compañera con una amante; esta última es muy fácil de encontrar; pero ya sabes que no se puede decir lo mismo de la verdadera compañera.

Iba Luis a contestar, cuando le abordó Blum:

- Acabo de encontrar a Breusten en la Plaza de la República y hemos discutido sobre Reybault, a quien acusa de ser un policía.

Luis no puede contener su indignación.

- ¡Qué mentalidad la de ese Breusten!

- De todas maneras, tú no tomas precauciones, Luis; no debes ignorar que para coger el premio ofrecido son muchos los que pueden convertirse en delatores.

- Eso mismo me decía Narsaggis. Tenéis razón; me marcharé... si Margarita me acompaña.

Narsaggis y Blum se aprovechan de aquella disposición.

- Marcha, marcha cuanto antes; nosotros decidiremos a Margarita a que vaya a buscarte en cuanto estés en lugar seguro; no vaciles, querido amigo.
- Yo os lo prometo: mañana por la mañana marchó, a Inglaterra primero y después a América, en donde creo podré vivir tranquilo.
- Eso es -apoya Narsaggis-: pero para mayor seguridad, no vuelvas a tu casa ni pretendas ver a Margarita.
- Ven a mi casa –propone Blum-; por esta noche allí estarás seguro.

Luis acepta y se aleja con Blum, que lo conforta amigablemente y le da prudentes consejos.

Contrariando sus costumbres. Narsaggis, para subir a Montmartre toma el Metropolitano. Aquellos largos paseos lo han fatigado y sueña ya con la satisfacción de deslizarse en su lecho, pensando que Luis podrá escapar a las emboscadas y al verdugo.

Narsaggis, después de haberse puesto un pantalón, se dispone a abrir su puerta, cuando uno de los que la golpeaban grita claramente:

- ¡Abrid en nombre de la ley!

La intimidación conminativa obtiene un resultado totalmente opuesto al que podía su autor esperar. Narsaggis retrocede sobre su camino y replica burlón:

- Si es en el nombre de la ley, no tengáis prisa, señores. No podéis venir sino con malas intenciones y sería yo muy necio si os ayudase a realizarlas. No abro. Haced lo que queráis. Sois los amos; pero yo no estoy a vuestro servicio.

Después se sienta sin ocuparse para nada de sus visitantes, cuyos golpes se redoblan.

Una voz irritada da una orden:

- ¡Si no quiere abrid, tirad la puerta!

La faena es fácil de ejecutar, porque la cerradura de Narsaggis ofrece muy poca resistencia. De un empujón abren la puerta y una docena de hombres llena el cuartucho.

Cogen a Narsaggis, lo levantan de su asiento, y después de inmovilizarlo lo sacuden rudamente.

- ¿No tienes armas?

- Antes de contestaros. ¿Puedo saber lo que queréis?
-pregunta Narsaggis, que se dice para sí: "Con tal de que a Luis nada le haya ocurrido..."

- Muy sencillo -contesta el que parece ser jefe de la brigada, y desabrochando su gabán muestra a Narsaggis una escarapela tricolor.
- Estás acusado de pertenecer a una asociación de malhechores y tengo orden de registrar tu casa.
- ¿Asociación de malhechores? ¿y qué es eso de malhechores?
- Yo no discuto -contesta el comisario desdeñoso.

Comienza el registro. Los harapos de Narsaggis abandonan el baúl que los guarda para salir al centro de la habitación. Sobre el fogón hay una pila de libros, otra sobre el lecho y otra mal instalada en el rincón sobre una tabla que se derrumba. Un paquete de cartas y papeles se disgrega entre las manos nerviosas de un policía por detrás de la mesa del tocador y sobre el orinal. Se desploman también los tablones y el polvo que guardaban de mucho tiempo se esparce por todos sitios y forma pronto una capa sobre el lecho de Narsaggis.

El filósofo asiste impasible a aquella revolución de sus bienes. En menos de cinco minutos los policías han subvertido, desplazado y destrozado todo el contenido del cuartucho.

El Quinto Evangelio desaparece entre un par de zapatillas viejas cuyo peso soportaba un amplio sombrero grasiento. Las hojas de las máximas de Epicteto se diseminan en los cuatro rincones de la habitación y muchos otros libros muy sobados, sin duda por haber soportado el contacto de manos poco filosóficas, yacen destrozados... Una edición ilustrada de "Afrodita" llama la atención deslumbrada de los buscadores, cuyos ojos se iluminan...

- ¡Cuidado que aquí hay algo!...

Y un inspector atento, junto a la obscuridad de un quinqué, se yergue victoriosamente con un paquete. El jefe se aproxima, y ante su contenido lanza un grito de alegría.

Son pedacitos de yeso y redondeles de plomo de los que se destacan los perfiles de algunas monedas de cincuenta céntimos, procedentes de algunas catacumbas antiguas a juzgar por su mala facha...

La tropa de invasores experimenta un contento visible; abrevian la requisa, y mezclados los libros, papeles, ropas y calzados, los arrojan en los rincones o sobre los muebles. Un policía celoso, después de haber descosido el colchón, revuelve inquisitivo entre la lana, apartando el jergón despanzurrado.

Narsaggis se muestra muy sorprendido ante aquello que han encontrado los policías.

- ¡Perdón, señores!... ¿Pretenden seriamente haber encontrado esos objetos en mi casa?

El comisario murmura:

- No intente desmentirnos. Usted sabe muy bien que este paquete estaba aquí; es inútil hacerse el cándido y el tonto... Conocemos la táctica anarquista. Nos va usted a acusar de haber traído nosotros estos moldes y de hacer moneda falsa, y querrá proclamar su absoluta inocencia. ¡Vamos, dígalos! Con los brazos cruzados el comisario, fija con vehemencia su mirada en Narsaggis, que piensa en aquel momento en la visita que Breusten hizo la víspera a su domicilio, y este recuerdo le aclara en parte la procedencia de los utensilios subversivos que los policías le muestran... ¿Será Breusten el que le ha traído aquel peligroso regalo? ¿Sabría que en su casa habían de practicar un registro?

Ante su mutismo, el policía prosigue:

- Harás bien en buscar otro recurso, porque éste está ya muy usado. Mientras lo consigues, prepárate a seguirnos a la Comisaría, porque quedas detenido.

- Mire, señor comisario: aquí hay una carta firmada por Luis Mahieu. Es muy antigua, pero creo que será conveniente recogerla.

- ¡Ya lo creo! Son de la misma banda.

- Ha hecho usted un buen negocio. Hace tiempo que le seguíamos la pista, pues yo nunca me he fiado de su aire ingenuo. Sus discursos cristianos y sus teorías pacíficas no me convencían, y demasiado sabía yo que ocultaba otro juego. ¿Verdad, señores, que no me engaño?

Un murmullo de aprobación aduladora acoge las palabras del jefe.

El tendero de la esquina está en su puerta acompañado de dos clientes. La nariz curiosa de la frutera destaca sobre una pila de coles y de cestos de peras. Y el vientre prominente de la anciana portera se agita con anormalidad, mientras su propietaria, juntando las manos y mirando al techo de su cuchitril, suspira:

- ¡Dios mío! ¿Será posible?

Pero su marido, un cantonal retirado, ajusta sobre su chata nariz los anteojos roñosos y gruñe contemplando el espectáculo.

Narsaggis sube a un automóvil con cuatro agentes de Seguridad. El resto de la expedición se aloja en otro coche, y

un instante después no queda en la plaza, en la que el aire matinal hace cantar a los gorriones, más que algún grupo de comadres virtuosas indignadas.

- A mí no me extraña -dice el portero quitándose las gafas con un aire inspirado-. Yo siempre he dicho que era un hombre dudoso, a pesar de su aire bonachón y de que sonreía a todo el mundo... Jamás me ha inspirado confianza.

XIII

-Todas estas coincidencias son extraordinarias, camaradas. Narsaggis ha sido detenido hace quince días y en la misma mañana capturaban a Mahieu en el momento de salir de casa de Blum para ir a tomar el tren. ¿No es esto muy curioso?

Así habla Breusten paseándose por la habitación, y cinco o seis camaradas, sentados alrededor de una mesa, le escuchan.

Adosadas a los muros, algunas láminas de color demuestran las miserias fisiológicas del hombre: esqueletos horribles y cráneos vacíos junto a intestinos verduzcos y sanguinolentas vísceras. Sobre una "etagere" una veintena de libros de títulos alocados, y en un frasco cuidadosa mente tapado, un objeto viscoso y grisáceo nada en un líquido amarillo.

El fondo de la habitación está ocupado por un lecho y en un rincón hay una vieja chimenea.

Todos estos detalles significan hasta qué punto padece su dueño la preocupación utilitaria: Es el científico Chara.

Después de una pausa, Breusten reanuda su paseo y su discurso, con los ojos obstinada mente fijos en el pavimento.

- Mi conclusión es terminante. Estoy convencido de que Narsaggis y Mahieu han sido denunciados por Renato. Hace mucho tiempo que no me fío de él...

- ¿Y en qué basas tu afirmación? -pregunta Chara.

Pero Elisa, sentada junto a él, le hace callar poniendo sobre su boca una mano huesuda que en seguida deja caer negligentemente sobre el muslo feliz de su vecino.

- Yo no acuso a la ligera; mis amigos me conocen...

Elisa, Bebert y otros dos, aprueban con la cabeza.

- ¿Por qué Renato, preso por robo, sólo estuvo un mes en la cárcel?

- ¿Cómo ha podido desertar del ejército con tanta facilidad? ¿Por qué azar ha quedado libre, viviendo con Ivona y Mahieu y teniendo trato con esos otros camaradas?

¿Por qué motivo no ha querido participar en el negocio de Creil? ¿Cómo la policía pudo saber el mismo día del atentado la participación de Luis, si Remiro no se lo hubiera dicho?

¿Cómo ha podido ser descubierto Narsaggis si no había confiado a nadie el secreto de su moneda falsa y no tenía

tratos más que con Renato y con Luis? ¿No os bastan todas estas pruebas?

Después de haber hablado así, Breusten continúa su paseo con las manos cruzadas por la espalda. Chara, con aire distraído, ha cogido la mano de Elisa, que tiene las dos sobre sus piernas.

La voz gangosa de Bebert rompe el silencio:

- Yo estoy de acuerdo con el compañero Breusten: hace mucho tiempo sospecho que ese tipo es un soplón.

Un joven camarada, sentado junto a la ventana, acerca su silla para tomar parte en la discusión.

- La cosa es grave, compañeros.

- Sería lamentable el que nos engañáramos, pues en nuestro medio se suele sospechar muy fácilmente; algunas de tus afirmaciones no se pueden sostener, Breusten.

- Déjame acabar... No ignoras, Bebert, que tú mismo te has visto calumniado. Algunos compañeros te acusan de haber traicionado a los demás en Creil, y otros insinúan que tú denunciaste el escondite de Mahieu en casa de Blum.

- ¡Eso es idiota! -grita Bebert-. En Creil no íbamos a dejarnos coger por la torpeza de unos embrutecidos que no saben

trabajar y que emplearon más de una hora para lo que debían hacer en un minuto.

Elisa apoya al ilegal.

- No nos podemos detener a tomar en consideración esos cuentos; son invenciones de los enemigos del anarquismo científico, de los revolucionarios, que no nos perdonan la superioridad de nuestro método y se vengan rodeándonos de sospechas.

Al hablar la enérgica Mujer-Cerebro levanta el puño, sin apartar la otra mano de los muslos de Chara: éste no puede menos de aprobar en su habitual y pomposo lenguaje:

- El anarquismo racional, utilitario y positivo, nada tiene que ver con la patología de las psicologías erróneas, taradas o sujetas a dogmas primitivos y a nociones metafísicas no comprobadas por la experimentación de la lógica y de la consciencia: así que...

Bebert corta el discurso, que amenaza prolongarse:

- ¿Se equivocan? Pues no merece el caso que perdamos por él nuestro tiempo.

- En todo este asunto la policía ha demostrado una incapacidad absoluta, igual exactamente que cuando el golpe del padre de Mahieu. Nadie estaría en la cárcel si no se hubiera mezclado en esto la traición -añade Elisa.

- Razón de más para vivir alerta -replica Bebert.

Llaman a la puerta, y un poco sorprendidos, se miran todos.

- ¿A qué esperáis para abrir? -dice Breusten impaciente.

Abierta la puerta y colocado el quinqué sobre la mesa, llegan dos nuevos personajes. Uno estrecha la mano de Bebert, a quien parece conocer así como a Chara: pero éste le vuelve la espalda con desprecio.

- Este gesto indigna a los individuos conscientes que han comprendido la vida normal y la utilidad de los gestos razonados para la mayor ventaja de la psicología del ser sano y natural. Dejemos a los embrutecidos cambiar sus microbios nocivos y sus gérmenes patógenos con apretones de manos insípidos, vestigios de la barbarie ancestral y de los más grotescos prejuicios conservados por la imbécil opinión pública. Vosotros sois antropitecos, poco evolucionados, camaradas. La sociología esencialmente científica se burla de los sentimientos irreflexivos, y la biología...

- ¿Tienes algo nuevo que decirnos, Brisset? -pregunta Bebert, intrigado, a uno de los que llegaron últimamente.

Chara suspende su conferencia sin disgusto, porque la Mujer-Cerebro le recompensa con una mirada de aprobación y con su mano huesuda imprime a su muslo una presión más fuerte y más elocuente que las de costumbre.

- Mirad lo que nos ocurre -dice Brisset-: hemos sabido con pena los últimos acontecimientos; la detención de Luis, la de Blum, acusado de haberle encubierto, la de Narsaggis, acusado sin duda en falso, de hacer moneda falsa... ¿Podemos permanecer indiferentes ante la pérdida de todos estos camaradas? ¿N o debemos intentar el arrancarlos a la vindicta social?

Algunos camaradas revolucionarios tienen intención de hacer una campaña a su favor por medio de mítines y de artículos en los periódicos avanzados; pero el resultado de estas cosas es siempre problemático.

El camarada Fortier piensa que debíamos intentar un golpe de mano para rescatarlos, y si no hacemos esto será cosa de pensar que ha llegado el tiempo de restituírnos a las vías legales.

Como sabemos que vosotros sois hombres decididos, que habéis dado pruebas de audacia y de sangre fría, y que, por lo menos dos de los compañeros detenidos, son de los vuestros, suponemos que querréis ayudarnos en la tentativa y venimos a proponérselo. Como Fortier no está con

vosotros en buenas relaciones, no ha querido venir solo y yo no he tenido inconveniente en acompañarle.

- ¿Qué decís? Verdad es que nuestras ideas no son las mismas. Nosotros somos revolucionarios y comunistas, mientras vosotros predicáis el individualismo integral; pero estas circunstancias deben hacernos olvidar nuestras discordias y unir nuestros esfuerzos por interés hacia los amigos presos.

Incorregible, Chara intenta una controversia.

- ¡Ah! tú eres revolucionario. Crees en la potencia intrínseca y renovatriz de una masa bovina ignorante, mientras sólo los individuos racionalmente evolucionados y adheridos a la verdad científica son susceptibles de efectuar gestos de normas útiles y de progresos basados sobre las conquistas de la psicología moderna, y...

Fortier nada ha dicho todavía y con un gesto ruega a Chara que corte su discurso.

- Escucha, Chara; ya discutiremos otro día; a despecho de nuestro antagonismo teórico, creo que podemos hacer un gran acto de camaradería y de revolución libertando a nuestros amigos.

Te diré además que el resultado de nuestro proyecto será moralmente bienhechor para los mejores anarquistas y disipará la atmósfera que sospechas que nos envuelve.

He aquí mi plan: Cuando nuestros camaradas sean conducidos para el juicio desde la cárcel a la audiencia, propongo que detengamos "el cesto de la ensalada" y después de sujetar al cochero y a los guardias, raptamos a los presos en un auto.

Los detalles del proyecto ya los discutiremos; tenemos todo el tiempo necesario para preparar la cosa con seriedad. ¿Podemos contar con vosotros? Diez hombres bien armados y muy resueltos y uno o dos buenos automóviles, y por muy difícil que parezca el golpe de mano, resultará de maravilla.

Un gran silencio acoge las explicaciones de Fortier, que se detiene sin haber recibido la menor muestra de aprobación.

Bebert es el primero que da su parecer.

- En pleno París intentar un golpe parecido, es cosa de novela.

Y Fortier le replica:

- Algunos compañeros han realizado con éxito cosas mucho más audaces...

Chara, a su vez, toma la palabra.

- Personal mente yo no quiero hacer nada por Narsaggis. Ese embaucador de cráneos, pretencioso, castrador de energías. Emite teorías pesimistas e incoherentes, incompatibles con nuestras doctrinas de revolución racional basada sobre el libre examen y el derecho a la vida integral...

La mano de Elisa expresa su asentimiento. Pero Brisset se indigna,

- ¡Cómo puedes oponer semejante objeción! Sólo se trata de servir nuestra causa y no nuestras amistades y nuestras preferencias personales. Mahieu y Thibault son individualistas y nosotros estamos dispuestos a sacrificarnos por ellos lo mismo que por Blum y Narsaggis.

- Perdona -replica Chara-. Cuando un individuo no me interesa, yo no debo gastar mi energía en su favor, porque soy partidario de los gestos útiles. Yo no puedo simpatizar con quien censura el ilegalismo.

- ¡Un excéptico, un bobo, un teórico para quien las cosas jamás son verdaderas, si no en una cierta medida, pues dice éstas y otras asnerías semejantes! Soy del parecer de Chara; Narsaggis es un farsante peligroso.

En cuanto deja de hacerse oír la voz agria de la Mujer-Cerebro, Bebert se apresura también a lanzar una flecha contra el ausente.

- Es un gran imbécil ese Narsaggis. ¿Se guarda por ventura la moneda falsa en un rincón? No tenía más que hacer lo que yo: He alquilado una caja en el Credit Lyonnais, y cuándo tengo algo que ocultar lo meto allí. ¡Brutos de ellos, que no han atisbado esta combinación! Y sólo me cuesta cincuenta francos al año.

- Por encima de todas estas discusiones pueriles, camaradas, tenemos un fin elevado que perseguir. El acto que yo os propongo servirá cien veces mejor para la propaganda que todos los de acción individual que podáis intentar. El pueblo admirará nuestra unión y nuestra solidaridad y las ideas anarquistas serán mucho menos antipáticas a la clase obrera.

Pero Bebert, tenaz, no deja a Fortier terminar su apelación al desinterés de la asamblea.

- ¡La propaganda! ¡Las ideas! Tú hablas como un verdadero religioso, querido Fortier. Quieres sacrificarte a entidades superiores a tu individuo y eso no es anarquista...

Chara acude en su auxilio.

- En efecto, ese sentimentalismo es ridículo. ¿Qué nos importan la propaganda y las opiniones del pueblo? La clase obrera puede persistir en su imbecilidad: no me importa. Un acto de ilegalismo que me permite desenvolver armónicamente y psicológicamente mi individuo, me interesa mucho más que un acto de propaganda, siempre estéril.

- Ese es el individualismo burgués -subraya Fortier.

- No, no -explica Chara-, porque los burgueses se amparan de la ley, mientras que nosotros despreciamos la ley en el mismo grado que los dogmas, los prejuicios, las convenciones, la moral, etc.

Elisa, después de un momento, trata nuevamente de hacer escuchar su palabra metálica.

- ¿Y no creéis que esa tentativa pudiera resultar perjudicial para los acusados? Pueden salir bien, porque en resumen los cargos que hay contra ellos hasta ahora no son muy graves.

- Olvidas, Elisa, la parcialidad de la justicia burguesa. ¿Cómo puedes esperar que no sean severamente condenados?

Todos callan. La sombra de Breusten, que durante toda esta conversación no ha interrumpido su paseo meditabundo, pasa y repasa sin cesar por debajo de la lámpara y va a proyectarse sobre las osamentas y las entrañas que decoran, muy conscientemente, los muros.

Fortier y Brisset están visiblemente disgustados por la frialdad de aquella acogida y por la indiferencia con que todos han oído su proposición.

Chara vuelve a la carga.

- ¿Hemos de considerar la camaradería como una nueva diosa y ofrecerle en holocausto nuestra individualidad? La camaradería sólo me interesa en la medida en que me ayuda a desenvolverme; pero me repugna inmolarme por otro. La biología no enseña nada semejante, porque el individuo es la única realidad tangible.

- En aquel momento Breusten se decide a salir de su mutismo.

- Por mi parte niego en absoluto mi concurso. Supongo que nadie se asombrará por ello. Puesto que se sospecha de mí, puesto que se me calumnia, pido que se me deje en paz. Trabajaré solo y por mi propia cuenta. Haced los demás lo mismo y realizad solos vuestros proyectos si de ello sois capaces.

Fortier se levanta ante la categórica repulsa a la que corresponde con un gesto y una mirada muy poco afectuosas.

- Casi había previsto esa negativa... Ya sabía yo que erais unos seres sin corazón...

- El corazón -hace observar Chara- es una máquina aspirante e impelente, de la que no se puede privar a la psicología de ningún ser humano.

- Necios egoístas sin ideal y sin escrúpulo. ¡Ah, si se tratara de despojar a alguno después de haberle asesinado! ¿A que seríais entonces de la partida? Se allanarían todos los obstáculos; pero ahora sólo se trata de salvar la vida a los compañeros... Los apaches mismos son más solidarios y menos egoístas que los anarquistas de vuestra ralea.

Breusten se encoge de hombros. Después, cruzando los brazos, mira con odio a Fortier y le dice:

- ¿Estás tú bien capacitado para venir a predicarnos la moral? Un arribista, un parásito que vive sobre la clase obrera, que se ocupa en la propaganda por un salario de trescientos francos mensuales...

Con los puños levantados Fortier se precipita sobre su injuriador; pero Brisset lo abraza y lo retiene.

- Nosotros habíamos venido ingenuamente para fraternizar, pero con tales individuos no es posible. Vámonos, Fortier; basta de controversias, que esto a nada conduce, vámonos.

XIV

- ¿Es usted el señor Delarbre, cafetero en Montataire?
- Sí; soy dueño del establecimiento que se titula "El punto de cita de los verdaderos amigos".
- Bueno; declaró ante los inspectores que hicieron el atestado haber asistido al paso del automóvil en el que huyeron los asesinos del cobrador. Uno de esos miserables murió, y en cuanto al otro sospechamos que está entre las garras de la justicia. Se trata de un individuo detenido recientemente a cuya presencia le voy a colocar. ¿Serán sus recuerdos tan precisos que le permita identificarlo?
- Sí, sí, señor Juez; lo vi muy bien y se me quedó grabada su fisonomía...
- Alguacil, haga venir a Mahieu.

El Juez de Instrucción señor Bonnad remueve algunos papeles en su mesa con aire de disgusto. Abre cinco o seis carpetas voluminosas y luego se va a mirar a las gentes que circulan con la nariz hacia el cielo y el Baedeker en la mano alrededor de la Santa Capilla.

El señor Delarbre espera con el abdomen confortablemente instalado sobre una silla demasiado estrecha para aquella importante carga. Sus grandes ojos inexpresivos brillan en el centro de una cara ancha y rubicunda y contemplan con respeto los diversos objetos que decoran el Santuario de Temis.

Apenas Mahieu franquea la entrada de la estancia entre dos guardianes, el señor Delarbre grita con acento tan convencido como patético:

- ¡Es él, señor juez, es él!

Para apoyar su declaración, intenta levantarse: pero la operación sin duda es demasiado penosa, porque renuncia a ello y se contenta con repetir formalmente sus afirmaciones.

- Ya lo oye. Mahieu; este señor dice que le reconoce y afirma que le vio en Montataire en el automóvil.

- ¡Eso es imposible! Este hombre se engaña.

- No, señor: yo nunca me engaño: sé muy bien lo que digo. Estoy seguro de haberle visto. Este era el que conducía...

- Su error es flagrante: yo jamás he conducido un automóvil ni sé cómo se hace.

Imperturbable Delarbre, guiña los ojos de una manera significativa.

- Ese día yo no sé si era usted o no competente, pero lo cierto es que yo le he visto conducir... ¡Con mis propios ojos!

El juez, concienzudo, interviene:

- ¿Está usted seguro de lo que dice? Reflexione bien, señor Delarbre, porque su declaración puede tener fatales consecuencias para el inculpado.

- No, señor juez: yo no me equivoco. Además, yo no tengo interés en mentir, puesto que a éste no lo conozco.

Después de esa filosófica afirmación, el señor Delarbre se encuadra en su silla y reconquista el equilibrio de su abdomen, pues lo habían destruido sus gestos amenazadores.

- Firme su declaración y retírese.

Después de lograr colocarse sobre sus piernas el grueso cafetero, distribuye sus saludos y abandona la estancia enarbolando una sonrisa de satisfacción que hace temblar la masa rosada de sus mejillas.

- Alguacil, que pase otro testigo.

Una aldeana, como de cincuenta años, hace su aparición. Sus movimientos poco desenvueltos parecen indicar que su corpiño negro, su falda marrón y su sombrero adornado de rosas blancas, así como el corsé, cuya acción se adivina sobre un talle poco flexible, no constituyen su equipo ordinario.

- ¿Es usted la señora Roque? ¿Su marido es labrador?

- Sí, señor -contesta la aldeana colocando sobre la mesa del juez un gran paraguas bastante usado.

- ¿Reconoce a este señor?

- ¿A quién? ¿A éste? -pregunta la señora Roque señalando al alguacil cachazudo que se alarma y la mira con asombro.

- No; a este otro. ¿Es este el que iba en el automóvil que vio pasar en la mañana del atentado?

- Yo creo que sí... Sí, es él... seguramente; ahora estoy cierta de que es él.

Luis se impacienta y levanta al cielo los ojos brillantados por la cólera.

- No hay para qué negar la verdad; en el momento en que lo reconozco debo decirlo. ¿No es cierto señor juez?

Este último insiste:

- ¿Era el que iba en el volante? ¿Lo conoció bien? ¿Lo recuerda bien ahora?

- Perfectamente, señor juez; era él... ¡Señor, juro! Recuerdo bien su nariz y sus ojos. Llevaba una corbata negra. Yo estaba en mi puerta mirando a ver, por qué mi hijo mayor, pues tengo dos, señor juez, y una niña de siete años, tardaba tanto a venir de un recado a donde lo mandé. Y justamente cuando yo miraba, oí gritar y hacer disparos de revólver y vi el automóvil que pasaba por delante de mi casa con este hombre y otro dentro. Esta es la verdad.

La señora Roque intenta apoyar su corroboración con un movimiento elocuente del brazo derecho; pero de pronto el corsé le recuerda su presencia y la aldeana se contiene con una mueca.

Después las formalidades de la firma.

- Puede retirarse, señora, dice el juez saludándola con una inclinación de cabeza.

- Ya lo ve, Mahieu. ¿Persiste en encerrarse en su absoluta negativa? Los hechos son terminantes y los testigos categóricos... Usted estuvo en Montataire en el auto. Además, ¿por qué abandonó su domicilio para irse a ocultar

en otro lado? ¿Por qué se separó de su compañera si era inocente? ¿Cómo se arreglaba para ofrecerla vestidos costosos, si nunca trabajaba?...

El juez al formular estas preguntas mira a Luis casi paternalmente.

- Dígame la verdad; es preferible; se le tendrá en cuenta su franqueza...

- ¡Por milésima vez! ¡Soy inocente!...

- Hace mal en obstinarse; nadie le creerá.

- Y el juez señor Bonnad, con un gesto inesperado, saca una carta que estaba oculta en una carpeta y la pone ante los ojos del acusado.

- ¿Reconoce usted este escrito?

- Me parece... diría...

- ¿Recuerda el contenido de esta carta?

- A fe mía que no.

- Se la voy a leer: "Querido Deverny. Yo no quiero obsesionarte, pero haces muy mal al rechazar mi proposición. Tu concurso sería precioso. ¿No tienes confianza en mí, cuando te digo que sabré velar por todos? Reflexiona todavía y trata de ser de los nuestros.

- ¿Quién es este Deverny? ¿A qué asunto se refiere la carta?

Esta lectura y estas preguntas desconciertan a Mahieu. Su espíritu duda entre muchas explicaciones poco satisfactorias. El juez se aprovecha para preguntar de nuevo.

- ¿Sin duda quiso llevarle a Montataire en su compañía?

Luis va más seguro, dice:

- ¡Jamás! Es un camarada que yo había querido que me acompañase a Suiza. Como yo era prófugo, tuve intención de refugiarme allí para vivir tranquilo; pero este amigo no quiso abandonar París por temor a no poderse ganar la vida en el extranjero.

Esta vez es al señor Bonnad a quien corresponde verse desmontado por la réplica de su adversario. Sin embargo, se esfuerza para simular una incrédula sonrisa.

- Esa explicación no me parece muy verosímil. Creo que se trataba del atentado de Montataire, y esta carta demuestra que usted fue el organizador y el jefe de la expedición...

Luis no se atreve a replicar, y el juez, al cabo de una pausa, continúa:

- ¿Puede explicar a la justicia la inversión de su tiempo durante la mañana del 26 de febrero en que fue asesinado el cobrador? ¿Qué es lo que hizo desde las ocho a las once de la mañana de aquel día?

- Hoy estamos a once de junio, señor juez. ¿Cómo puedo yo acordarme con cuatro meses de intervalo, de las cosas insignificantes en que sin duda me ocupé aquella mañana? Si yo le dirigiera esta misma pregunta, segura mente se vería comprometido para contestarme.

La compa ración disgusta al honorable magistrado.

- Aquí no estamos para reír, señor Mahieu. Su sistema es el peor y sus argumentos resultan muy pobres. El mal será para usted... Alguacil, llévese a este hombre y que venga el inculpado Narsaggis.

Los guardianes, después de llamar, franquean la puerta a una cabeza risueña y recientemente afeitada.

- Perdón, señor... ¿Es este el Juzgado de Instrucción que entiende en el asunto de Montataire?

- ¿Qué quiere usted?

- Yo soy Quantin, señor, el albañil que le ha escrito...

- ¡Ah! sí, entre y siéntese. Si no le hice llamar es porque me parece que su carta no tenía interés para la justicia. Al parecer pretende reconocer en Mahieu al hombre que le prestó auxilio en el momento de su accidente. Eso es inadmisibile...

- Perdón, señor juez. Los tres albañiles que estaban conmigo lo reconocen igual y están dispuestos a ayudar a la justicia viniendo a declarar.

- ¡Qué inverosimilitud! ¡Cómo pretenden que este malhechor tenga un corazón tan tierno que le permita acudir en auxilio de sus semejantes?

- Es muy raro, en efecto.

- Diga que es inadmisibile, insostenible, absurdo. Además, ese testimonio está totalmente contradicho por otras declaraciones. Cuando le ocurrió esa desgracia, Mahieu, gracias a su automóvil, estaba ya muy lejos de Montataire. Yo lamento mucho no poder acoger su declaración y le doy las gracias por su buena voluntad.

Al pronunciar estas últimas palabras, el juez se levanta y se dirige, hacia la puerta, saludándole con un gesto de despedida. El albañil toma su sombrero entre las manos y murmura algunas excusas.

- Como usted quiera, señor. Si la justicia tiene contra Mahieu pruebas suficientes, no es necesario mi testimonio... Buenos días, señor juez.

* * *

- Todo magistrado ve en el inculpado un culpable cierto; esta es una deformación profesional.

La salida de Narsaggis no parece extrañar mucho al señor Bonnad, que le contesta ingeniosamente:

- Explíqueme entonces por qué todos los anarquistas ven en el magistrado un enemigo irreductible y feroz. ¿Es también esto una deformación profesional?

- Puede ser -sonríe Narsaggis-; pero yo no he venido aquí para explicar las doctrinas anarquistas, de las que sólo acepto una parte. Como soy inocente, hubiera preferido que la Justicia no me molestara.

- Todos los perseguidos se declaran inocentes.

- Eso nada prueba contra mí. No soy tímido y las sanciones legales me tienen sin cuidado; si me proclamo inocente es porque lo soy.

- Sin duda preferiría verse libre...
- Según y cómo; no aceptaría, por ejemplo, el re- conquistar mi libertad a fuerza de bajezas.
- Luego persiste en decir que el paquete de moneda falsa encontrado en su cuarto no le pertenece. ¿Sospecha quién pudo colocarlo allí? ¿Puede decirme su nombre?
- Sospecho de uno, pero no me gusta convertirme en delator.
- En ello va su libertad, Narsaggis.
- Pero también va en ello mi dignidad, señor juez.
- Convendrá conmigo en que al reservarse el nombre de la persona o de la pretendida persona a quien acusa de haber colocado en su cuarto el cuerpo del delito, hace completamente increíbles sus explicaciones.
- Como conozco su estado de ánimo, me doy cuenta de ello; pero yo quiero obrar según mi conciencia. No seré el primer inocente a quien quema la injusticia. Mejor quiero ser víctima que degradarme moralmente.

El juez se encoge de hombros y se vuelve hacia el alguacil.

- Haga entrar al testigo Guillot Maurel.

El así llamado entra, saluda y se sienta. Es un hombrachón con un bigotazo y lleva un cuello rígidamente planchado que parece atormentarle.

- Veamos, señor Guillot; mire bien al inculpado y dígame si le reconoce.

- Si, señor juez, ya lo había reconocido por las fotografías que me enseñaron; pero ahora que lo veo estoy mucho más seguro. Este es, sin duda, el que vino un día de enero a comprarme setenta y cinco céntimos de chicharrones y tuvo el aplomo de pagarme con una moneda falsa de un franco.

- ¿Está seguro de que es él? No le acuse a la ligera, tenga cuidado...

- Lo juraría sin dudar. No se ven todos los días clientes con las barbas y los cabellos tan largos

- Ya lo ha oído, Narsaggis. ¿Reconoce usted haber hecho en casa del señor Guillot Mauret, carnicero de la calle de Alesia, la compra de que acaba de hablar?

- Yo vivo junto al Sagrado Corazón... Ya ve el señor juez todo lo que me haría falta para acudir a hacer mis compras en Montrouge.

- Nada hay imposible... Eso puede ser una táctica para evitar las sospechas.

Narsaggis continúa:

- Por otra parte, yo soy vegetariano desde hace muchos años. ¿Qué iba a hacer yo con los chicharrones, si además no tengo perros ni gatos en mi casa?

Esta declaración deja estupefacto al honrado comerciante; es la primera vez que llegan a sus oídos semejantes blasfemias, y su indignación es demasiado viva para que pueda articular una defensa seria.

- Cállese, señor. El inculpado es hombre de ingenio y le gusta inquietar a las personas; pero no tratarlas mal.

- Eso no. Mis burlas no destruirán la carnicería ni la Justicia, ni ninguna otra institución social.

- Concluyamos; esa es una táctica común a todos los anarquistas. ¿Insiste en negar los hechos? No eternice el interrogatorio. El señor Guillot puede retirarse.

En cuanto a usted, Narsaggis, si no tiene más que decirme, no quiero entretenerlo. Vaya en paz hasta el día en que tenga que responder ante el Juzgado del doble delito de fabricación de moneda falsa y de asociación con malhechores.

- En efecto, señor Juez, esa es la mejor solución. Deje a los comerciantes con sus salchichas y a los filósofos en sus calabozos.

- Puede llevárselo -ordena bruscamente el Juez al Alguacil, que escuchaba con una ingenua sonrisa en los labios.

* * *

El coche celular sale del Palacio de Justicia y se desliza por el Boulevard entre los tranvías que pitan y los cocheros que gruñen.

La sacudida brusca y súbita golpea dolorosamente la cabeza de Luis contra las paredes del coche. Aquellos golpes tan desagradables lo han sacado momentáneamente de las meditaciones que le abrumaban. Incorporándose luego como puede, intenta ver por una docena de agujerillos, abiertos para dar paso a la respiración, lo que pasa fuera de su estrecho compartimiento,

Al principio nada ve. A cada vaivén del "cesto de ensalada" golpea su cabeza contra el techo o sobre las paredes, de las que en vano intenta permanecer separado. Al fin ve recompensados sus esfuerzos, pues su mirada comienza a habituarse al movimiento de los objetos exteriores.

Marcha el coche lentamente por el Boulevard Saint-Michel. Son las seis y el cielo debe estar agradablemente claro. Todo parece sonreír y festejar la vuelta definitiva del sol caprichoso. Los paseantes son muchos; las mujeres ágiles y

elegantes. Los escaparates de las librerías, las camiserías y las joyerías, no están oscurecidos por los vagabundos, y las terrazas de los cafés comienzan a verse invadidas por sus fieles. El guardia que se estaciona en el paseo del boulevard Saint-Germain se despoja de su capuchón y empieza a blandir su cetro blanco con una gracia sin igual.

Este espectáculo sólo engendra en el alma doliente de Luis pensamientos pesimistas. Piensa que todas aquellas gentes viven y son felices, mientras su destino es morir muy pronto. ¡Y jamás la existencia le había parecido tan codiciable! Los más pequeños detalles, las cosas más pueriles adquieren a la vista de un preso un valor insospechado.

- ¿Había él jamás soñado, por ejemplo, extasiarse ante una mujer ocupada en coser sobre un banco y vigilando a la vez a dos bebés que juegan al pie de un árbol? ¿Cómo aquel cuadro le parecía encantador en aquel momento?

Y aquellas jóvenes pimpantes, que pasaban rápidas sin prestar atención a las miradas lúbricas con que las asaeteaban jóvenes y viejos?

¿Y aquellas parejas enlazadas, cambiando tiernas confidencias?... ¿y aquellos obreros con las dos manos sepultadas en las profundas bolsas de sus anchos pantalones?... ¿y aquellos muchachotes robustos que marchaban saltando y silbando?... ¿Y aquellas viejas que

mandaban parar muy azoradas a los conductores del autobús? ¿y toda aquella turba alegre que se expansiona bajo los árboles del Luxemburgo?... Las niñas que saltan a la sogá... Sus institutrices que charlotean... los rentistas que se arrellanan en los bancos y después de haber cruzado las dos manos sobre el puño del bastón instalan allí su barbilla descarnada y sus ojillos mortecinos... Todo esto ve... Todo esto marcha, canta, habla, se mueve... Todo esto siente la felicidad de vivir.

Únicamente los infortunados presos están excluidos de la universal agitación. El martirio incesante... la tortura refinada... pasar horas, semanas, años entre los cuatro muros silenciosos y fríos... Nada de alegrías, de amistades, de sociedad... la soledad eterna, el más odioso, el más agotador de los suplicios.

Las gentes miran curiosas al pasar el coche lúgubre. Los niños se esconden entre las ropas de sus mamás ante el inquietante vehículo. Algunos transeúntes sonríen... otros fruncen los labios con desprecio. Y muchos quedan indiferentes.

- ¡Qué les importa! Aquellos no van a tomar su sitio alrededor de la mesa familiar., No todos han de ser lo mismo, no todos han de tener derecho a abrazar a su mujer, acariciar a sus hijos y celebrar la sopa que humea bajo la luz amiga de la lámpara...

¿Apreciarán el valor inmenso de estas cosas banales de la vida? No; es preciso verse privado de ellas -dice Luis- para conocer su importancia. Es preciso verse arrancado a la vida para conocer todas las dichas que la vida puede procurar. Así aquella multitud no tendrá un pensamiento para los desgraciados que no tienen familia, ni techo, ni amigos y que sufren impotentes en el fondo de una ergástula. ¡Peor para ellos!... ¡Quién sabe!... El catálogo de las responsabilidades está tan embrollado...

- Esto se acabó; jamás ya el sol habrá de brillar para mí. Mis pies ligeros y alegres ya no han de hollar los paseos. Mis ojos ávidos ya no han de saborear la belleza severa o alegre de los prados, de los bosques, de los montes. Ya no iré más del brazo de mi querida Margarita a soñar en la hierba perfumada. Ya no prenderé a su corpiño los chillones ababoles. ¡Oh vida! ¡Oh libertad! ¡Cómo os amaba! Pero esto concluye... y tengo veinte años... Si me dejan la vida será para tenerla encerrada siempre en una horrible tumba... Esto es espantoso... ¿pero, en parte, no he merecido yo esta espantosa suerte?... Cuando pienso en todo esto, mi dolor es tan grande que con todas mis fuerzas llamo a la muerte liberadora y reposante...

El pobre Luis se ha dejado caer sobre la dura banqueta. Y la mano de la desesperación estrangula su corazón atormentado.

Unos golpes que suenan en las paredes del carruaje atraen la atención del prisionero, y una voz le pregunta:

- ¿Estás ahí, Mahieu?

- Sí.

- Está bien; pues hace un cuarto de hora que te llamo.

- ¿Pero eres tú, Narsaggis? ¿Cómo has venido a este infierno?

- Ya te contaré... Me han jugado una mala pasada... tengo muchas cosas que decirte...

- No va a ser posible, no nos dejarán comunicarnos.

- Ya lo veremos. ¿En dónde estás?

- En la quinta división, celda número 14.

- En el patio, ¿no es eso? Yo estoy en el primero, encima de ti; octava división, celda número 24. Mira lo que podemos intentar. Entregaré una carta al penado que está al servicio

de la cantina. Cuando la recibas destrúyela y contéstame por el mismo conducto.

- ¿No hay peligro?

- Yo creo que no. Ese pobre diablo no te pedirá más que un puñado de tabaco de tarde en tarde... Ese regalo es muy estimado entre los presos.

- Ya llegamos... Oye todavía una palabra, Narsaggis. Tengo una horrible sospecha... ¿Me habrá denunciado Renato? La justicia tiene una carta muy comprometedora que yo le había dirigido.

- No estés en eso. Ese pobre desventurado no es capaz de tal cosa. Sin duda se trata de una porquería de alguien que quiere perdernos a los dos.

- ¿Le ha ocurrido algo a él?

- ¿Lo ignoras?

- Habla ponto, yo te lo suplico... Renato...

- Si yo lo hubiera sabido...

- Veamos, Narsaggis... ya llegamos... dime la verdad.

- Nuestro buen amigo... ha muerto...

El coche penetra bajo el pórtico de la prisión, y después de una última y formidable sacudida se detiene en un patio

interior. Ya el guardia comienza a abrir los departamentos para hacer que bajen los detenidos.

- Valor, querido Luis... Yo te escribiré... –musita Narsaggis antes de descender.

XV

15 de Junio.

"Perdona, querido amigo, el que te haya dado la triste noticia de una manera tan brutal. No suponía que todavía pudieras ignorarla...

"El pobre Renato, en efecto, ha sido asesinado en los alrededores de Nanterre. Después de haberlo destrozado dejaron junto a su cadáver un papel escrito en el que los asesinos dicen que han hecho justicia: "Aviso a los soplones" decía el papelito. ¿Son sinceros los que han cometido esta brutalidad? ¿No han realizado, por el contrario, una baja venganza? ¿No son ellos los verdaderos delatores que tratan así de declinar la sospecha?

"Ese golpe será muy penoso para ti, querido Luis, y lo será más todavía para la pobre Ivona. Después de haber sufrido tanto se conceptuaba ahora feliz. Un día me dijo: "Ahora que mis desgracias han concluido, casi estoy contenta de haberlas soportado. Esto ha formado mi carácter y ha

templado mi voluntad. Ahora va sé apreciar mejor la vida y sus voces”.

„Ivona era para Renato una compañera ideal... y su dicha ha sido truncada para siempre. Dime después de esto si la vida no es una cosa amarga y estúpida. Nos obstinamos en dar un sentido a lo que no existe. Somos granos de arena orgullosos que danzamos sin darnos cuenta en un torbellino rabioso y caótico... Amor, esperanza, felicidad; quimeras que dispersa brutalmente el primer soplo del viento. Al pensar en todo esto concluyo por creer que es indiferente estar en la cárcel o en libertad, vivo o muerto, ser feliz o desgraciado. Todo es mentira, ilusión, locura. Todo es efímero, inaccesible. El prudente no puede hacer más que fortificarse en la indiferencia, cruzarse de brazos y mirar con calma cómo obra el destino cruel e insondable.

„Ya me doy cuenta de que mi carta no está hecha como para consolarte... Intentaré ser más alegre esta tarde al comunicarte los detalles de mi ridícula inculpación. Por tu parte, escíbeme. El penado es muy servicial y creo que podemos tener confianza en él. Valor.

„Tuyo

N.”

* * *

16 de Junio.

"¡Ay, querido amigo! escíbeme con frecuencia, con mucha frecuencia. Tus cartas son un gran consuelo para mi alma alterada y martirizada... Tus pensamientos, tus palabras de ánimo, me fortalecen, no en la esperanza ¡ay! sino en la calma y en la serenidad. He aquí todo lo que yo deseo. Ser bastante fuerte para soportar sin cólera mi desgracia.

„¡Pobre Renato! Tu y él erais mis mejores amigos entre los pocos que he encontrado. Pero contra mi voluntad, pensando en la desesperación de Ivona... Y mi madre, ¿tienes noticias de ella?

„Escucha N. Tu suerte no es grave: no debes preocuparte: prométeme que velarás por Ivona y por mi madre. Yo sé la confianza que ellas pueden poner en ti y esto me tranquiliza.

„Nuestro mandatario es muy activo y persona de confianza: puedo a favor de ello tener la satisfacción de saber de ti con frecuencia.

„Tu agradecido amigo

L."

* * *

27 de Junio.

"¿Dices tú que me libertarán? No. no es cierto y no quiero dormirme en las pajas ni recrearme en el optimismo, porque sé muy bien que la lotería judicial, como todas las loterías, es demasiado caprichosa.

„No tengo para qué añadir que si alcanzo la libertad me pondré con el mayor gusto a disposición de tu hermana y de tu madre. Tengo por ellas el más vivo afecto.

„Mi abogado, un tal Bruthin, arribista socialista, que anhela el palacio de Borbón, está siempre buscando ocasiones de reclamo. Esta otra parecida. Defiende también a Thibault y me ha traído noticias suyas. Nuestro amigo, a pesar de las pruebas abrumadoras, se defiende enérgicamente y niega su participación en el atentado. Pretende haber encontrado en el camino el paquete que contenía los cinco mil francos y el título que llevaba encima cuando fue detenido. Por lo demás, ningún testigo lo ha reconocido; cosa extraordinaria, porque hay siempre necios dispuestos a reconocer a todos los que les presentan y afirmar que los han visto y que los han visto muy bien, a pesar de lo dramático de las circunstancias. El ejemplo del carnicero es verdaderamente típico y sin embargo, puede ser que proceda de buena fe...

La vista de algunas fotografías le ayudó sin duda a autosugestionarse y ya el amor propio le impide modificar sus declaraciones, por lo que seguirá acusándome eternamente, ¡Esto es terrible!

„A pesar de la falta de testigos, el caso de Tribault está muy lejos de ser satisfactorio. Además, disparó sobre el gendarme y esto nunca lo perdonan.

„Supongo que Blum tendrá mejor suerte. Su único crimen está en haberte ocultado. Invoca el derecho de asilo y declara que ignoraba la persecución de que eras objeto. Tiene además la ventaja de que se mueven sus amigos y sus relaciones y la Prensa avanzada se ocupa mucho de él. En cambio, si sale libre, las sospechas ridículas de que es objeto crecerán: habrá muchos necios que registren su salvación como una nueva prueba, bastante categórica, de su infamia, porque se le acusa muy jesuíticamente, como siempre, de ser policía y de desempeñar el papel de agente provocador.

Siento mucho que ese muchacho sincero y simpático se encuentre entre dos fuegos: el de la justicia y el de los buenos camaradas... Espero que todo esto le cure de sus ilusiones anarquistas.

„Siempre tuvo

N,"

* * *

12 de julio.

"Lo confieso, fui muy cobarde...; cobarde con el amor, cobarde con la vida. Me he conducido como un egoísta y como un necio. Todos estos males son obra mía... La muerte espantosa de Renato, el golpe que sufre Ivona, y tiene aterrada a mi madre, todo esto se hubiera evitado si yo hubiese querido.

"Has tenido noticias, según me dices, de la enfermedad de tu madre y me reprochas el que no te lo haya dicho... Estás tan deprimido, querido amigo, que no he querido descargar sobre ti este último golpe. Este es el motivo, el único de mi silencio. Estoy seguro de que me lo perdonarás.

„Sí; al asesinar a Renato esos malvados han hecho indirectamente otra víctima en la persona de tu madre. Tenía un gran cariño a Renato y la dicha de su hija la hacía feliz. Cuando trajeron su cuerpo, cuando llegó Ivona llena de espanto, porque mataron a su compañero delante de ella, tu madre se puso como loca de dolor.

„¡Pobre señora! Tu detención va la había herido gravemente; el nuevo golpe fue, como ves, aún más terrible. Estuvo a punto de sucumbir. Ivona me escribe, en efecto, que el peligro está conjurado; pero vuestra madre quedará seguramente paralítica del lado derecho. Le espera una triste vejez.

„Que seas estoico, querido amigo Luis; esta es la única exhortación sincera que mi corazón puede dirigirte.

N."

* * *

12 de julio.

"Lo confieso, fui muy cobarde...; cobarde con el amor, cobarde con la vida. Me he conducido como un egoísta y como un necio. Todos estos males son obra mía... La muerte espantosa de Renato, el golpe que sufre Ivona y tiene aterrada a mi madre, todo esto se hubiera evitado si yo hubiese querido.

Si yo hubiera escuchado los consejos de los que me quieren bien, si no me hubiese acercado a los ilegales o hubiera desdeñado sus proposiciones, los míos seguirían viviendo

tranquilos y felices... He obrado como el peor bruto, como el más vulgar malhechor...

„¿Y por qué hice eso? Por amor. Por amor a una mujer frívola que ni aun se molesta en enviarme noticias tuyas. Tú mismo, amigo N. nunca me hablas de ella... Ya comprendo que su nombre debe parecerte odioso.

„Por satisfacer sus caprichos, por obedecer a su egoísmo mezquino, he roto no solamente mi vida, sino la de los demás... ¡Eso es todo lo que he hecho! ¡Eso es todo lo que Margarita ha hecho que yo haga! Tienes razón; jamás me hables de ella...; que acabe todo esto, que muera yo muy pronto para poder al fin olvidarla.

„¡Cómo sufro! ¡Qué atormentado está mi corazón, amigo mío! Habías llegado a infundirme un poco de fuerza, pero estas desdichadas noticias han vuelto a sepultarme más profundamente que nunca en el dolor, en la pena, en la amargura... ¡Que no tenga yo entre mis manos un medio de destruirme!

„Perdona, querido amigo, si te importuno y te apeno con mis lamentaciones. Mejor hubiera hecho, cuando todavía era tiempo, en escuchar y seguir tus buenos consejos. Yo era demasiado joven, ardiente e impulsivo... pero ¡que razón tenéis!... La vida ferozmente se ha encargado de

demostrármelo. Hoy ya veo claro; pero, por desgracia, es demasiado tarde.

„Tuyo.

LUIS.”

* * *

17 de julio.

"A pesar de tu cólera y de tu prohibición, hoy quiero hablarte de Margarita, porque en el fondo no merece del todo tus anatemas. Nunca la mortifiqué con mis críticas y esto me da algún derecho a salir a su defensa en este momento.

„Es ingenua; no ama más que lo que brilla; es una criatura. Su corazón es superficial y jamás ha sentido amor por nadie. Seguramente no es malvada, pero hace sufrir por inconsciencia, sin querer y acaso sin saberlo.

„Su influencia sobre ti ha sido funesta, lo admito; pero de ello no es responsable. Margarita no ha nacido para vivir en tanta sencillez, y se hubiera separado de ti si le hubieses

querido imponer el que renunciara a sus vestidos y a sus gastos inútiles. Así me lo declaraste en cierta ocasión.

„Esta mentalidad frívola te era perfectamente conocida, y sin embargo, tomaste el partido de satisfacerla. Aquí acaban los errores de Margarita y empiezan los tuyos.

„A despecho de su inferioridad moral e intelectual, tú le diste todo tu amor.

„¿Has hecho esfuerzos serios para iniciarla en las cosas del espíritu? No lo creo y además, es muy probable que tus esfuerzos hubiesen resultado vanos... La pretendida educación que se da a las mujeres en los medios anarquistas es casi siempre nefasta y entorpece el desarrollo de las rarísimas camaradas que en otra esfera tal vez hubieran podido progresar.

„Tú has amado a Margarita tal y como era. ¿Es justo el que hoy la recrimines? Es una golfa, convenido; pero tú por tu parte fuiste muy débil; no has sabido reaccionar contra tus propios sentimientos. Te dejaste arrastrar por los ilegales, y para complacer a la hembra amada, para satisfacer una desordenada pasión, has cometido... tus graves faltas.

„No le tengas odio... Por lo demás, todavía detrás de tus maldiciones palpita el amor exaltado y él es el que sufre y el que habla...

„Autosugestión, esencia financieramente egoísta del amor, influencia de las necesidades materiales y de las cuestiones económicas sobre los sentimientos, tiranía del sexo sobre el espíritu, confusión entre el amor y la sensualidad... ¡Qué de cosas perturbadoras serían de analizar si quisiéramos ver un poco claro en este problema de la unión conyugal y del amor! Pero... ya he dicho demasiado.

„Vas a saber ahora las noticias de Margarita que me ha traído mi abogado. Ha hecho lo posible por obtener un permiso para visitarte y se lo han denegado. Al estar casada legalmente con Thibault, podría ver a su antiguo compañero, mientras no le permiten visitar al hombre con quien está libremente unida. Esto es estúpido; pero así es la moral oficial.

„A despecho de su ligereza, la pobre niña no ha querido apenarte. No visitará a Thibault y ha de intentar escribirte aun cuando es muy poco experta en este género de ejercicio.

„Ten calma, querido amigo. Haz los esfuerzos necesarios para permanecer impasible y frío ante los acontecimientos...

„Tuyo.

N."

* * *

10 de septiembre

"Aún tengo que apenarte más, queridísimo amigo. Me dice Ivona que para ayudar a nuestra madre hiciste vender todo lo que tenías y especialmente tu biblioteca, a la que querías tanto. No sé cómo agradecerte; pero lamento el que hayas hecho ese sacrificio sin decírmelo antes.

„Aún me queda una cantidad importante oculta en lugar seguro.

„Hubiera esperado poder comunicar a solas con mi hermana para hablarle de esto. Mi deseo es que esta cantidad se la repartan Margarita, Ivona y mi madre. Así se pondrán al abrigo de la miseria hasta que puedan dar a su vida una nueva orientación.

„Margarita ha pensado otra cosa; ha pedido un permiso para comunicar con Thibault y viene a verle dos veces a la semana.

„Han sido los culpables nuestros camaradas, que le han reprochado el dejar a Thibault en completo abandono. El no tiene familia ni persona que le atienda, y por esto el juez le ha concedido la autorización; los compañeros insistieron para que ella usara de su derecho de esposa legal y no se

dejara influir por mi. Me han permitido hablar con mi hermana y por ella conozco estos detalles.

„Yo no tengo rencor a Thibault; pero sufro al pensar que Margarita va a verle y que a mí se me niega esta dicha. Cierto que no es muy agradable el ver a los seres amados a través de una doble reja; pero mi dicha y mi alegría serían muy grandes si aún pudiera verla y hablar con ella.

„Querido N.: cada vez estoy más apenado. No sé que hacer de mi tiempo. Me dan libros estúpidos que tienen arrancadas la mitad de las hojas. Durante el día paseo rabioso por mi celda. Por la noche me retuerzo sobre mi jergón sin lograr conciliar el sueño. Hago una serie de proyectos insensatos... Si me tienen aquí duran te mucho tiempo acabaré por volverme idiota.

„Así, tus cartas son para mí cada vez más preciosas; cuando pienso que nuestras celdas apenas están separadas por una veintena de metros..., y sin embargo, en realidad, estamos penosísimamente apartados... Durante meses enteros viviremos así, sin podernos ver siquiera un momento... ¡Esto es espantoso!

„Afectuosamente

L."

* * *

15 de septiembre.

"¡No te anonades, querido!... Haz como yo: todas las mañanas una ducha fría y a continuación un poco de gimnasia. No te repliegues sobre ti mismo. Trata de ordenar tus pensamientos para que entretengan tu tiempo y ocupen tu espíritu. Así sufrirás mucho menos.

„Sé más prudente; tu última carta era muy comprometedor. Si por desgracia se hubiera perdido...

„He sabido que B., R... y Beb... (tus ex amigos) han marchado a pasar sus vacaciones a las orillas del Océano. Han intentado llevarse a Margarita, pero ella no ha querido. Mándale decir que no se fie de ellos.

„Tuyo

N."

* * *

23 de noviembre.

"Mi abogado el señor Bourdet ha venido a verme. Me ha comunicado noticias de Margarita y de nuestro proceso, que he escuchado con placer; esto me ha confortado un poco, pues parece que mi situación no es tan desesperada como yo creía. Sólo hay contra mí dos testigos de cargo que insisten en afirmar que yo iba dentro del auto. Esto es falso. Te lo juro. Pero me es imposible, sin hundirme más todavía, decir al juez la verdad...

„Sin embargo, como es difícil condenar a favor de frágiles testimonios, veo probabilidades de salvarme, y esto me da ánimo para luchar.

„Si tuviera la dicha de salir... creo inútil decirte que sabría aprovecharme de la experiencia. Ahora Margarita me escucharía con seguridad y nos iríamos al campo, al Mediodía, en donde el sol brilla más que en nuestras comarcas brumosas. Arrendaría un campo y toda mi ambición consistiría en producir los frutos y las legumbres en cantidad necesaria para nuestra subsistencia. Con el concurso de Ivona y de Margarita creo que lo conseguiría cómoda mente...

„¡Esto sí que endulzaría los viejos años de mi madre, tan atormentada!

„Ya comprenderás que mi dicha no será completa si no logro compartirla contigo. Pero tú te salvarás más fácilmente que yo. ¿Vendrás a vivir con nosotros? ¿No te agrada este proyecto?

„Se realice o no este hermoso ensueño, debes confiar en Ivona: yo sé que ella tiene por ti una sincera y profunda estimación... y que por su parte puede contar con tu afecto.

„No me hables más de B... y compañía. Felizmente, la anarquía no tiene nada de común con egoístas de ese temple.

„Debo decirte además que me siento un poco desilusionado... Yo que era tan ferviente, que amaba tanto la propaganda, que tenía tanta confianza en la lógica de nuestra concepción... esos falsos camaradas hacen mucho daño a las ideas, que sólo utilizan para enmascarar sus taras.

L."

* * *

26 de noviembre.

"¡Ay, amigo mío! Después de haberte defendido de la desesperación, heme aquí obligado a ponerte en guardia contra ese optimismo exagerado a que te entregas. Hace ocho días todo estaba perdido y querías morir: ahora haces proyectos que son en verdad encantadores. Ya gozas con vivir en libertad al calor del sol del Mediodía y tienes la amical atención, que te agradezco, de invitarme a desempeñar un papel en esos tus sueños agradables.

„Se ha dicho que el espíritu huma no ama las soluciones categóricas y cae fácilmente desde un extremo al otro. Esto es, ante todo, verdad para los presos. El que ahora canta en su calabozo, llorará amargamente dentro de diez minutos. El que desespera de alcanzar la libertad y piensa en el suicidio, mañana tendrá una confianza inquebrantable en el porvenir, esperando una mutación de la que el pobre diablo de ningún modo podrá comprender la causa.

„Por esto es preciso tener fuerza de voluntad." No eres una astilla dolorosa con la que juega el flujo y reflujo.

"Toma además nota de esto: los sentimientos de los abogados, optimistas o pesimistas, rara vez son sinceros. No tienden sino a hacer que el cliente marche y a dar a los servicios del defensor la mayor apariencia de utilidad.

„Thibault, que confió sus veleidades de suicidio a su abogado, sólo logró que éste fuera a prevenir a la administración y que se redoblara su vigilancia; así que ya no puedo comunicarme con él.

„El verdadero motivo de esta actitud es que el abogado no quiere privarse de hacer una defensa de la que hablarán todos los periódicos, dada la importancia de la causa. Estos hombres, cuando son avisados, jamás se olvidan de cultivar su reclamo.

„No te hagas demasiadas ilusiones. Es cierto que en tu asunto hay elementos favorables para ti; pero hay otros que son muy desfavorables, no lo olvides. Nada de ideas negras, pero nada de alegrías desbordantes; aprende a esperar. Los sueños más encantadores preceden a los despertares más melancólicos.

„Perdóname esta ducha moral. La creo muy útil.

„Dicho esto, no tengo que añadir que deseo desde el fondo de mi corazón el que tus ilusiones se realicen. No eres un malhechor avezado y no comprendes lo que puede ganar la sociedad al mostrarse implacable contigo. Tu corazón es demasiado recto para dejarse engañar de nuevo por criminales sofismas.

N."

* * *

2 de diciembre.

"Mientras yo me entregaba a este optimismo que con razón has calificado de arbitrario, se preparaban nuevas pruebas contra mí...

„Han vuelto a resucitar el asunto de Saugy. Ya sabes que de los asesinos de mi padre jamás se supo nada.

„Pues bien, hoy se me acusa de haber tomado parte en aquel odioso crimen. La inculpación se basa sobre los dos hechos siguientes:

„1.º Los asesinos perdieron en el patio de la granja unas cartas dirigidas a Renato, que a la sazón estaba preso. ¿Quién podía llevar aquellas cartas sino Mahieu, su mejor amigo?

„2.º El servicio antropométrico ha descubierto en la cama y en la puerta huellas dactilares sangrientas, al parecer absolutamente conformes con las mías.

„No hacía falta más para que los temores más implacables abrumaran mi cabeza.

„Felizmente, sin haberlo buscado, tengo un recurso excelente: a mi pobre padre lo mataron en 10 de diciembre de 1910, un año antes del asunto de Creil; entonces yo estaba en Suiza, desde el mes de septiembre, y precisamente ese día 10 de diciembre fue cuando me presenté a inscribirme en el registro de la policía de Ginebra como extranjero.

„Esta feliz coincidencia constatada, en un documento oficial, que conservo por casualidad, -desconcierta un poco a la ciencia antropométrica.

„Espero que esta nueva inculpación no tenga consecuencias. ¡Acusado del asesinato de mi padre!... Esto es más espantoso que entre todo los demás. Yo he podido dejarme arrastrar a cometer delitos graves; pero jamás hubiera descendido a tan bajos crímenes.

„Y sin embargo, si yo no hubiera tenido la suerte de poseer esta prueba palmaria y definitiva, al negar se hubieran reído de mí, y correría el riesgo de ser condenado por un desatino espantoso, cuyo solo pensamiento me enloquece.

„En cuanto a las cartas de Renato, ¿quién pudo llevarlas allí? Yo me lo pregunto en vano. ¡Quién sabe si esto no envuelve una malvada maquinación!

„Otra cosa: los albañiles de Creil, en cuya ayuda hube de acudir, han podido reconocermme para servir de testigos de

cargo. Me recompensan muy mal: pero estoy satisfecho de mi rasgo.

„Esto no impide el que en algunos momentos yo sienta la más grande indignación para con la sociedad. ¡Ah, si fuéramos los más fuertes! ¡Qué ocasión para dar un gran escobazo!...

„Tuyo de todo corazón,

L."

* * *

10 de diciembre.

"Mi querido amigo: Comprendo tu indignación; pero no acepto tus conclusiones.

„Recuerda nuestras antiguas controversias. No se puede llegar a practicar la violencia sin antes envilecerse y degradarse moralmente. Aun cuando se trate de servir la más justa de las causas, no se puede abrir el corazón al odio y convertirse en verdugo. Un fin noble y hermoso no se

puede perseguir por tortuosos caminos ni con armas brutales.

„El fin justifica los medios, dicen los necios y los violentos; pero es porque sus fines se acomodan a los medios que emplean. No hay que olvidar que los medios torpes e inmorales apartan siempre de un fin moral y consciente. ¡Comprendes la diferencia de concepción y de razonamientos que te indico?

„Por otra parte, matar a los malvados, a los traidores y a los violentos, no es destruir la perversidad, la hipocresía ni la violencia; estas taras parecen estar muy arraigadas en el alma humana y para extirparlas por completo harán falta sin duda, muchos siglos.

„Tu dogmatismo anarquista acabará por quebrantarse. A partir de este momento, tu evolución será más rápida, porque el arrabal de la duda no está muy lejos de la cima de la prudencia.

„Basta, además, contemplar los medios anarquistas para convencerse. Desde que en ellos reina el ilegalismo todo idealismo ha desaparecido. Ya no hay fraternidad; se trata, ante todo, de desenvolver el yo aunque sea con detrimento del camarada vecino. Jamás hubo en este medio tantos malhechores. Entre camaradas se roba y se vende; abundan

los confidentes y soplones. Es muy triste, pero yo estoy decidido a no volver a poner los pies en esos medios.

„Además, ya no hay anarquistas en el sentido utópico, pero noble, de la palabra. Vuestros pseudoindividualistas no combaten la autoridad sino porque estorba sus apetitos; no creen en el mejoramiento de las relaciones sociales y se burlan de todo progreso colectivo.

„Jamás se ha cometido tanto delito. Esto es una verdadera epidemia: moneda falsa, robos, asesinatos. Y esta epidemia atrae hacia los grupos anarquistas una turba de detritus sociales, de individuos sin escrúpulos, que no pueden hacer otra cosa sino precipitar su disgregación...

„La instrucción de nuestro proceso avanza y creo que pronto nos señalarán la vista. ¿Cuáles serán los resultados? Esto depende de muchos factores pequeños y grandes, mezquinos, serios y grotescos.

„No te atormentes, pues; es completamente inútil.

„Un consejo: vístete de limpio, preséntate correcto y no hagas discursos anarquistas, pues podrían perderte.

„Siempre tuvo.

„Posdata. -Me dices que Margarita no te escribe ya; sin duda es por negligencia y no debes atormentarte por ello. En cuanto a mí, hace mucho tiempo que no oigo hablar de ella.

„Los proyectos de liberación con que habían soñado a favor nuestro algunos amigos, no se pueden realizar. Yo mismo les rogué que desistieran puesto que no han podido encontrar el concurso, necesario; deben limitarse a una campaña de prensa.

„Y aquí cierro; ya tienes bastante que leer.

„Es mejor que nunca firmes tus cartas..."

* * *

12 de enero.

"Me volveré loco; es inevitable. ¿Cómo he podido entregarme al optimismo? Mi situación es horrible: a pesar de la falta de pruebas concluyentes van a condenarme, tal vez a causa sólo de mis ideas anarquistas. Yo hubiera querido callarme y renegar de ellas en caso necesario; pero no prestarían crédito a mi sinceridad... Me veo condenado a muerte, o a trabajos forzados; lo mismo da; en los dos casos es morir... Una absolución completa sería cosa de milagro.

Margarita ya no me escribe: sus cartas repetían siempre las mismas banalidades; pero eran sus cartas; eran un poco de ella. Las releía cien veces, las cubría de besos y las colocaba bajo mi almohada durante la noche; murmurando su nombre mis labios se posaban cien veces sobre el papel precioso... Me decía que me amaría siempre, que esperaría mi vuelta, y yo la creía neciamente.

Ya no me escribe, me ha olvidado. Hace ya meses y meses que nos separamos y su corazoncito frágil era incapaz de resistir mucho tiempo. ¿A qué querer condenar esos lindos labios a una eterna tristeza cuando no piden más que sonreír y recibir besos?... ¡Pobre muchacha! ¿No está rodeada de fascinadoras seducciones? Cuatro días después de mi detención, ella misma se lo dijo a Ivona confidencialmente: algunos buenos camaradas le hacían ya la corte y le decían que yo estaba perdido para siempre y jamás podría volver a verme. Estos buenos amigos anarquistas, se apresuraban a suplantarme y obraban bien poco fraternalmente.

¿Cómo Margarita, tan débil, iba a poder defenderse contra las solicitudes de la vida? La hipótesis es poco verosímil. Pensando que todavía podía ser feliz, es fácil que me haya olvidado ya y que me haya reemplazado.

Búrlate de mi. Despréciame, bien lo merezco; pero el sufrimiento es demasiado fuerte... Yo no puedo impedir que mi corazón se crispe y mis lágrimas corran. ¡Qué cosa más

horrible son los celos! En sueños, la veo del brazo de otro hombre... la oigo murmurar palabras amorosas de las que tanto me embriagaban y va nunca gustaré... La sigo en sus paseos, siempre alegre, contenta con sus trajes nuevos, deteniéndose ante los sombreros y las cintas de los almacenes... Todo esto me encoleriza y me aplana.

Mi pobre cabeza febril me hace sufrir horriblemente. Ya no como; no comprendo como tengo fuerzas para sostenerme sobre las piernas... Esto se acaba... Prefiero cien veces la muerte a semejantes torturas.

¿Qué me importa va el resultado del proceso? ¿Por quién y para qué he de obstinarme en vivir, puesto que Margarita me ha olvidado y su amor me falta? ¿A qué luchar todavía? Comprendo que al hablar así soy injusto para ti, para mi madre y para Ivona... Perdonadme, perdonadme. ¡Sufro tanto! ¡"Margarita es de otro"! he aquí la frase odiosa que me persigue y me tortura; que aniquila mi energía y exacerba mi cerebro.

Adiós, queridísimo amigo. Tú, todavía serás feliz. Ivona necesita tu cariño, y su corazón sincero jamás te traicionará. Guarda mis recuerdos y perdóname el mal que haya querido hacerte. ¡He amado tanto y he sufrido tanto!

L.

Potsdata. El guardián me dice que no tardaremos en ser conducidos a la Conserjería, en vista de que el juicio se acerca: es probable que ya no podamos comunicarnos.

Estoy tan desalentado, que me felicito de ver próximo el final del proceso, y en consecuencia, el final de nuestros males.

¿Sabrá ella alguna vez lo mucho que por ella he sufrido?

Adiós...

XVI

- Las once. Esto está muy lejos... Vamos a perder el último metro,
- Es que los Jurados tienen que contestar nada menos que noventa y dos preguntas.
- Si yo hubiera sido Jurado habría terminado muy pronto. Estos cuatro bandidos merecen ser colgados.
- A pesar de sus negativas, seguramente son culpables.
- Sobre, todo, ese Narsaggis. Me ataca los nervios con sus gestos desdeñosos.
- Debían enviarlo a filosofar en el presidio.
- ¿Quiere usted otro vaso de vino?.
- Con mucho gusto. La Justicia es demasiado suave a mi juicio.
- Es verdad. Si fuese más severa habría menos crímenes.

Aún nos quedan dos sardinas, tómelas.

Una turba curiosa llena la Sala de Justicia. El Jurado delibera desde hace dos horas y esperan impacientes su vuelta.

Los unos, para dormir allí, a pesar del ruido, se han refugiado en los rincones. Otros van y vienen conversando, y la mayor parte de los concurrentes se ha instalado en los bancos ante las provisiones sólidas o líquidas. Para soportar las grandes emociones, hace falta restaurarse concienzudamente y lo hacen con la alegría con que el hombre acostumbra a decorar todo lo que concierne a las funciones alimenticias. Las mandíbulas están en plena actividad; los codos se levantan con frecuencia. Y la animación crece a medida que las vituallas desaparecen y quedan vacías las botellas. Las bocas llenas cambian palabras cariñosas. Se trinca. A guisa de proyectiles se bombardean con papeles grasientos y pellejos de naranja de un extremo a otro de la Sala. Los guardias contemplan la escena con miradas tiernas cuando no están también ocupados en trincar unos con otros

La asamblea es escogida; el público brutal no puede ser admitido a los juicios; y todos aquellos señores brillantes y todas aquellas damas lujosas, son invitados de la Magistratura. Un gran proceso es una representación

resplandeciente y rara, preciosísima para los nervios quebrantados, en un grado mayor que los viejos melodramas y los combates de boxeo.

En otra Sala se dedican a las mismas faenas los testigos, los empleados de la casa, los representantes de la Prensa y las notabilidades policiacas.

Una dama delgaducha, muy pintada, y con los ojos fulgurantes, confía sus impresiones a un viejecito temblón que la mira con una insistencia particular, de la que parece no darse cuenta.

- Sí, señor; tenía miedo de no poder asistir a la vista. Felizmente un amigo mío está en grandes relaciones con un fiscal sustituto y me ha proporcionado una carta.

El viejo inclina la cabeza sin apartar los ojos de su interlocutora, que prosigue abanicándose con un pañuelo cargado de violentos perfumes:

- Ya llevamos cuatro días... Me parece que es demasiado largo. Acabaremos por cansarnos. Lo siento, porque mañana por la tarde tenía que asistir a una conferencia de monsieur Maurice Barrés.

Los labios del viejecito se deciden a pronunciar algunas palabras que su mirada insistente hace significativas.

- ¡Ah! ¿Conque va usted a escuchar a nuestro gran filósofo?... Yo también. Si mi compañía... no le desagrada... para mí la suya sería encantadora... Estoy siempre a su disposición; y le entrega su tarjeta: Atanasio Duperron. Antiguo magistrado. Caballero de la Legión de Honor...

Entre silencios, miradas furtivas y turbaciones, la dama no se atreve a rehusar ni aceptar... Lucha por enrojecer bajo la espesa capa de cremas y de pastas que cubren su rostro, mientras el viejo magistrado, cuyas mejillas y cuyos ojos relucen casi tanto como su cráneo desnudo, insiste y dice cosas que ella no quiere comprender, aun cuando tampoco se decide a separarse.

- Querido maestro: Encantado de encontrarle.

- Querido Dutoit. ¿Cómo le va? ¿Siempre en "Le Matín?"

- Si, yo soy quien reseña esta causa... No puedo quejarme de mi suerte.

- No se olvidará de hablar de mí. ¿Quiere publicar por extenso el informe que acabo de pronunciar en defensa de Blum?...

- No tenemos sitio. Bruthin me ha colado ya un manuscrito de cuarenta páginas, del que extractaré unas diez líneas.

- Y hará bien, porque no ha estado feliz. Con tal defensor, Narsaggis tendrá mucha suerte si no lo condenan. Thibault ha tenido razón para, en los últimos momentos, cambiar de abogado renunciando a Bruthin. Es un incapaz... falso y ambicioso. ¡Qué arribista! ¿Sabe usted que prepara su candidatura por Grenelle?

- ¿Ya? ¡Si que se apresura!

- Desde hace seis meses, amigo mío. Compadezco a los que entregan sus asuntos a abogados tan poco serios... Además, rebaja la profesión trabajando de balde y ofreciéndose a la clientela. En una sola semana ese hipócrita me ha quitado tres asuntos... ¡Eso es vergonzoso!

El periodista trata de cambiar de conversación.

- ¿Y el señor Bourdet?

- Su informe ha sido regular; ordinariamente no lo hace muy mal; pero hoy no ha estado en uno de sus malos momentos...

Un recién llegado presuroso y con los brazos cargados de papeles vuelve la cabeza, enarbola en su cara una sonrisa amable y pregunta:

- ¿Cómo le va, señor Bidault? Permítame que le felicite, porque su informe ha sido admirable.

- Usted me adula... El suyo fue muy superior.

- Eso nunca.

- ¡Con qué arte ha sabido usted sacar partido de las contradicciones del carnicero! Gracias a sus preguntas apremiantes, este testigo no se ha decidido a precisar si Narsaggis le había comprado salchichón, jamón o foie-gras. De nada se acordaba...

- Usted ha encontrado una definición muy sutil del derecho de asilo y su peroración fue verdaderamente emocionante.

- La personalidad de Narsag.gis la ha puesto usted de relieve de una manera soberbia, querido Bruthin.

- ¡Qué documentación! Cuando usted ha fijado las ciudades de refugio de que habla la Biblia... los jurados lloraban inconsolables.

- Como cuando usted ha descrito el espanto de un error judicial.

- El mismo presidente se emocionó con sus citas inmortales de Víctor Hugo...
- Yo he vibrado de la cabeza a los pies cuando usted ha hecho el proceso de la Policía...
- Me alegro mucho, querido maestro Bidault, de verle conquistar la gran reputación que merece...
- Ante un talento como el suyo no puedo menos de inclinarme... Gracias a usted, Narsaggis saldrá libre.
- Así lo espero; pero después de haber oído a usted informar, estoy seguro de que en cuanto a Blum, no dudan en absolverle.
- ¿Qué me dice usted de Bourdet? ¿No nos ha deslumbrado, verdad?
- Como de costumbre... Y Lefevre ha defendido muy mal a Thibault.
- Han hecho lo que podían.
- Sí; es preciso que seamos indulgentes.
- Sin embargo, se prestaba el caso a decir cosas muy bonitas. Si yo hubiese defendido a Mahieu, hubiera conseguido su absolución.

- Y yo había imaginado en favor de Thibault un procedimiento infalible; pero ha preferido dejarme.

- Se ha equivocado.

- En cuanto a Bourdet, se le perdonaría su mediocridad si fuera menos hablador, y sobre todo, si caminara con menos frecuencia sobre las huellas de sus colegas. Me ha quitado recientemente dos negocios...

- Yo no cuento con los clientes que puede él quitarme...

El redactor de "Le Matin" durante la conversación de los abogados toma notas rápidas e indescifrables.

- Hasta la vista, señores.

Después de unos apretones de manos, Bruthin se aleja y atraviesa majestuosamente por entre la concurrencia,

- Dígame Dutoit, -pregunta Bidault- ¡No podría usted intercalar mi fotografía en el artículo?

- Lo intentaré; pero ya tenemos muchas. Todos los abogados han pedido figurar en nuestras columnas, así como muchos testigos, particularmente la linda Margarita, la antigua amante de Mahieu.

- Es simpatiquísima.

Un joven abogado, afeitado y completamente, se mezcla en la conversación.

- ¡Ah gran sátiro! ¡Apostaría a que hablas de Margarita!

- ¿Y qué? ¿No vale la pena, querido Lefevre? -contesta Bidault con los ojos iluminados.

- ¡Ya lo creo! Yo me haría de buena gana anarquista por pasar sólo una hora con ella.

Muy satisfecho de su salida el joven abogado ríe a carcajadas. Luego añade confidencial:

- ¿Tú sabes que tiene un nuevo amante después de la detención de Mahieu? Un anarquista, que al parecer quiere hacerla subir a los escenarios...

- No está mal; es una bonitísima mujer y tendrá un gran éxito cuando se sepa que además ha estado envuelta en el asunto de los bandidos de Montataire.

- Seguramente. Adiós, Bidault, voy a tomar un bock antes de que vuelva a comenzar la vista. Si quieres venir, te invito.

* * *

- ¡El Tribunal!

Las provisiones desaparecen. Los abogados vuelven e sus puestos. Los periodistas se mantienen alerta lapicero en ristre, para registrar las decisiones judiciales. Los hombres no manifiestan ya su admiración a las mujeres, sino por miradas insinuantes. Un gran silencio reina y todos los ojos se fijan en el presidente del Jurado.

En el nombre de sus once colegas que se mantienen alineados gravemente detrás de él, da lectura a las preguntas y a las contestaciones del veredicto.

La turba no tarda en conmoverse. Sacudidas magnéticas se transmiten por medio de los nervios excitados cada vez que se oye una contestación importante.

- ¡Han absuelto a Narsaggisl

- ¡Eso es demasiado fuerte!, grita indignado el carnicero de la calle de Alesia ¡Un hombre que se ha atrevido a despreciar mi mercancía!

- ¡Silencio! ¡Silencio!

- ¡A Blum sólo le benefician algunas circunstancias atenuantes.

Se cambian impresiones; pero todo el mundo calla cuando los cuatro inculpados aparecen en las gradas rodeados por los guardias. Se esfuerzan por permanecer tranquilos y sólo las miradas, que buscan entre la multitud algún rostro amigo, dicen las emociones de su alma.

Narsaggis recibe con placidez la noticia de su libertad. Ninguna alegría visible manifiesta y sólo se preocupa de animar a los demás; pero pronto le hacen abandonar la Sala.

- ¿Tiene usted algo que añadir, Mahieu, a lo dicho por su defensor? pregunta el presidente del Tribunal.

- No, señor presidente... ¡soy inocente!... ¡lo aseguro!...

- ¡Y usted, Thibault?...

Este hace signos de que quiere hablar; pero su boca articula penosamente y sus primeras palabras son acogidas con estupor por la Sala entera. Muchas damas se accidentan y se dejan caer sobre sus vecinos que, cosa extraordinaria, no se dignan atenderlas. Este golpe teatral es muy palpitante.

Todos los ojos se clavan en Thibault. Las respiraciones se suspenden... Diríase que son estatuas los que escuchan...

-Yo declaro, señores... que estaba en Montataire... Que soy yo quien ha dado el golpe con Langlois... pero, lo juro, Mahieu no estaba allí... Mahieu es inocente!... ¡Yo soy el que conducía el automóvil!

De nada me disculpo. Como anarquista he combatido la sociedad injusta y malvada y he reivindicado mi derecho a la libertad integral. ¡He querido vivir y me he rebelado contra la iniquidad! Puesto que fui vencido, aplastadme, ya que sois mis enemigos. Pero aplastadme a mí solo, puesto que yo solo soy culpable...

Jueces, jurados y abogados parecen preocuparse.

Thibault calla. Desfallecido, con la mirada vaga, se apoya sobre la balaustrada.

El presidente, un viejecillo calvo, parece disgustarse por esta complicación imprevista. Los abogados formulan sus conclusiones pidiendo la revisión del proceso y los magistrados deliberan rápidamente.

Al ver que nadie se ocupa de ellas, vuelven en sí las damas desvanecidas y recobran sus sentidos y sus impertinentes. A continuación cada uno murmura al oído de su vecino:

- ¡Esto es incomprensible! Ha esperado el último momento, cuando ya todo lo veía perdido, para declarar... Esto no es creíble. Lo más curioso es que trate de acudir en ayuda de Mahieu que fue con respecto a Margarita su rival encarnizado...

- ¡Silencio! -impone la voz ronca de un ujier.

El presidente murmura una cantidad de frases, que reunidas significan que el Tribunal rechaza la petición de los defensores y condena a Blum a diez meses de prisión y a Thibault y a Mahieu a pena de muerte.

Pero Thibault, que durante la lectura de la sentencia parecía debilitarse poco a poco, tiembla y cae como una masa inerte. Brota espuma de su boca convulsa y su mirada vidriosa traduce sentimientos de agonía...

- ¡Se ha envenenado!... ¡Ha muerto!...

Una agitación extraordinaria se apodera de toda la concurrencia. Todo el mundo habla, grita, gesticula... Todo el mundo quiere ver... Pero el cuerpo de Thibault es retirado prontamente y los guardias hacen evacuar la Sala.

-Es igual; concluye el presidente del Jurado al montar en su auto con su señora. Todos estos anarquistas no son sino criminales ordinarios...

XVII

- ¡Sí, sí, es ella, va lo veo!...

- ¡Mi madre!

- ¡Cómo ha envejecido! ¡Qué blancos están sus cabellos!

Sentada en un sillón parece inmóvil. Sólo sus ojos bondadosos están aún vivos. Al través de la ventana entreabierta mira los ramos de lilas cuyas flores comienzan a abrir y toda la tierna verdura que decora los grandes árboles negruzcos. Es el mes de abril; pronto la naturaleza se mostrará maravillosamente ataviada... y yo... habré muerto...

- Oh tiempo aquél en que íbamos llenos de despreocupación y de amor a respirar a plenos pulmones un aire puro y libre, cuando tarareábamos felices de vivir la canción de Floreal...

¡Pobre madre! ¡Qué triste está!... Sin duda está fijo en mí su pensamiento... Se representa a su hijo Luis esperando en un calabozo la hora espantosa del suplicio. ¡Cuántos males ha

soportado por mi culpa, desdichada madre! Así como todos los corazones que me aman...

Mi querida hermana Ivona y el paternal Narsaggis van y vienen con solicitud alrededor de la pobre enferma. Diríase que la alegría ha desertado para siempre de sus ojos y que en adelante sólo la melancolía reinará en el pabelloncito de Renato... ¡Renato!, mi gran amigo.

Piensa sin duda en la proximidad de mi ejecución... En el mismo instante en que mi espíritu torturado se entrega a las más sombrías pesadillas.

Sin duda se preguntan: ¿Qué haríamos? Deben compartir mis sufrimientos...

Más tarde, serán felices a pesar de todo. Cuando pronuncien mi nombre y el de Renato, una emoción sombreará su alma; pero será una emoción fugitiva. Ante lo irreparable se atenúa la pena. ¡Que me olviden! ¡Que sean felices, puesto que lo merecen! ¡Que vuelvan cuanto antes la triste página que mi necedad ha salpicado de sangre y de lágrimas...

Y ese rostro querido, de ojos turbadores, ese cuerpo armonioso y ligero... ¡Margarita! Nombre adorado, repetido mil y mil veces durante este largo año de ergástula... Una mujercita de nada, y ¡qué perturbación ha venido a traer a mi vida!... Desde el día en que la conocí entré en un mundo nuevo. ¡Ah si ella hubiera querido!...

He amado mucho a esta muchacha. Es imposible querer más; estoy seguro. En el fondo no tenía malos instintos y no es responsable de su falta de educación...Entre los hipócritas que le lanzarán piedras ¡cuántos hay inferiores a ella!

¿Qué habrá de hacer ahora? Me han dicho que ha entrado como figuranta en un café concierto, y que lleva mucho público. ¿Será esto verdad? Hay tanta maldad en nuestros medios... A no ser que se haya dejado seducir por los vestidos y las alhajas...

¡Loco de mí, que le predicaba la vida sencilla y quería, como en las novelas, vivir solo con ella en una cabaña rústica. ¡Cuánto se habrá burlado de mí!...

Querida Margarita, yo te amo mucho, bien lo sabes... Siempre cedía a tus caprichos... Por nada en el mundo hubiera querido desagradarte... Y tú tomaste mi corazón en tus manos impías y lo rompiste entre sonrisas ingenuas...

Cuando sepa mi muerte, tal vez llore; pero no durante mucho tiempo... y después olvidará... Un olvido pesado, negro, eterno, como la misma muerte...

Sin embargo, ¿quién sabe? Llegará un día en que la pobre Margarita se desengañe; sus encantos estarán marchitos y su sonrisa juvenil a nadie deleitará. ¿Habrá encontrado un corazón sincero que comprenda el suyo? Y aquel día ¡ay!

demasiado tarde, ¿no sabrá hacer justicia a su Luis, a su loco amante que muere por ella?

¡Qué noches tan largas y tan horribles! Desde hace un año ya el reposo no me visita; hasta en mis raros instantes de sueño estos despiadados pensamientos me persiguen. No me apena perder la vida; pero me repugna la guillotina... ¿Por qué no me dejan la libertad de suicidarme?... Envidio la suerte feliz de Thibault... Estaba decidido a matarse en caso de condena y fue tan feliz que pudo ocultar entre el forro de su vestido una pequeña dosis de veneno...

Me había propuesto que hiciera yo lo mismo. Margarita iría a la Sala de Justicia uno de los días del Juicio y pediría al Tribunal permiso para abrazarme, cosa que raramente se niega, y en un beso rápido y lúgubre su boca deslizaría en la mía una capsulita llenas de polvos liberadores... Yo no he querido... recibir la muerte de los labios adorados de Margarita... ¡qué tristeza y qué amargura!...

Me será, pues, preciso llevar mi cabeza al odioso patíbulo... ¡Oh muerte abominable!... Verdad es que soy un bandido, y sin embargo, a nadie maté. Yo mismo había propuesto a Breusten raptar al cobrador en el auto y despojarlo sin causarle ningún mal. Quería robar: pero sin derramar

sangre... ¡Yo que era tan entusiasta y que había soñado con ver al ideal anarquista renovar la faz del mundo!

La maldad es tan grande entre nosotros como entre los demás. ¿No se atreven a decir que Blum ha sido insuficientemente condenado? Por haber cometido el delito de recibirme en su casa este entusiasta camarada, ha sufrido un año de detención. ¿No es esto bastante? Algunos anarquistas tienen el corazón más duro que los propios jueces a quienes critican. Se sospecha de la lealtad de Blum y se insinúa que es policía... Y los estúpidos acogen esta torpe calumnia... Parece que Blum está descorazonado y quiere abandonar la propaganda.

Sólo veo ruinas en torno mío. Las ruinas de mi amor... Las ruinas de mi ideal utópico; las ruinas de mi familia...

¡Ah! ¡Qué venga pronto la muerte!... Nada de gracia; el presidio prolongaría horriblemente mi tortura... ¡Qué me maten!...

¿No he colaborado en un asesinato?... ¿Aquel desgraciado no dejó una viuda y un niño? ¡Ay! Narsaggis, bien me decías en una ocasión: "¡Los anarquistas son lobos!"

Me he mezclado con las fieras rebeldes y he rugido y he combatido entre ellas sin reflexionar acaso... y caigo herido de muerte, no como un luchador belicoso, sino como un muchacho aturdido entre dolorosas penalidades...

- ¡Despierte, Mahieu!

- ¿Qué me quieren estas sombras que furtivamente han invadido mi celda? ¿Acaso forman parte de mi sueño?...

Una voz cariñosa le responde:

- Valor, Mahieu; sea fuerte.

Luis al fin comprende. Sus ojos y su espíritu se abren a la realidad. En torno de su lecho reconoce al director de la prisión, que cariñosamente le da golpecitos en el hombro.

Otro personaje se aproxima.

- Le han denegado el indulto; prepárese... La hora de la expiación llega...

Un solo pensamiento formidable penetra en Luis hasta las fibras más íntimas. Ha llegado su fin. Ya no hay esperanza. La guillotina está dispuesta.

- Está bien, señores, contesta el desdichado vistiéndose. Estoy a su disposición.

Y calla absorbido por los rápidos preparativos y por un último soliloquio.

- Sí, quiero ser fuerte sin aparecer bravucón. Ni un grito ni una protesta, ni una palabra de cólera saldrán de mis labios. ¿Para qué? Además, desde el punto de vista moral no tengo derecho. Quiero calmar mi carne palpitante y cobarde y comprimir este corazón impresionado... No pensemos en los detalles inmundos del suplicio... Con tal de que todo termine pronto.

Mientras Mahieu se entrega en manos de un ayudante del verdugo, que corta sus cabellos y el cuello de su camisa, se le acerca su abogado.

- ¡Ay, pobre Mahieu! Inútil es decir cómo comparto su dolor y su emoción... Un poco de valor que el paso será rápido... Narsaggis y su hermana vinieron a verle muy apenados... "¡Ay, si yo pudiera morir en su puesto", decía su escéptico amigo, para quien la vida va no tiene ilusiones. Su gran preocupación era la de que este momento no le pareciese a usted muy amargo. Consuélele, me ha dicho, dígame que la vida es una carga pesadísima, que no da más que muy escasa felicidad y en cambio nos abrumba de sufrimientos. Dígame también que no hace más que precedernos en el viaje al seno del Infinito y del Misterio...

He visto también a su compañera. Cuando le he dicho que quedaban pocas esperanzas comenzó a llorar ardientes lágrimas diciendo: "¡Mi pobre Luis, que me quería tanto! Y aun cuando así no fuera, le quería yo..." Pero Luis interrumpe a su defensor:

- Señor Bourdet, yo se lo suplico, no me quite el poco valor que me queda... Lo necesito tanto... Mire, ya lloro... No me hable de ella... Dígale únicamente... mis lágrimas, mi ternura... mi amor más fuerte que la vida.

Concluyó el tocado del reo. Sus palabras entrecortadas resuenan más en la calma lúgubre de la celda. Un silencio sepulcral pesa sobre todos los asistentes y los hombres negros, los hombres de ley hasta parecen sentirse influidos por la piedad. Ninguno de entre ellos mira al vencido lamentable con cólera ni con odio; la sociedad se venga sin alardes... la hora es tan triste y el combate tan desigual...

Allí abajo espera la máquina siniestra e implacable su codiciada presa. Y en la bruma fresca y rosada de la aurora próxima los guardias a caballo circulan entre la turba ansiosa que se aproxima...

Algo terrible y majestuoso revolotea sobre todas aquellas almas repentinamente inquietas. ¿En las mismas puertas de

la muerte, qué labios pueden pensar todavía en engendrar risas o en vomitar injurias?

Sin embargo, de las calles vecinas se elevan ruidos. Un populacho mal despierto se calienta trincando sobre el mostrador de las animadas tabernas... Y las mujeres desgredadas, y los vagabundos cubiertos de gorras mugrientas se burlan de la "viuda"...

Los árboles del boulevard Arago se han cubierto de verdura joven y sobre sus ramas algunos gorrioncillos saludan piando la llegada del día. Sus revoloteos y sus voces expresan la eterna admiración de todo lo que vive por la claridad, el calor y el bienestar... y su piar despreocupado canta la alegría de vivir y la dicha de ser libres...

Pero un movimiento se dibuja entre la turba. Un coche sale de la prisión y se aproxima. Imperiosa la solemnidad del silencio se abate sobre todos aquellos seres, y por un instante, la masa heteróclita, comulga en el mismo temblor intraducible, en la misma intuición atormentada...

-Adiós, señor Bourdet... Diga adiós a mi madre, a mi hermana y a Narsaggis... Y diga a Margarita que la perdono y que la adoro siempre... ¡Pobrecita mía!... No es suya la falta... Es una víctima... Una pobre víctima... Como yo...

FIN



Acerca del autor

André Georges Roulot, conocido como Lorulot, fue un propagandista anarquista individualista, más tarde librepensador.

Nace el 23 de octubre de 1885 en París, en una modesta familia trabajadora y comienza a trabajar a los 14 años. En 1905, conoce a Libertad (Albert Joseph), con quien participa en la creación del periódico L'Anarchie, órgano de los anarquistas individualistas. El 1 de junio de 1905, es

detenido y encarcelado durante ocho días por haber silbado al paso del rey de España.

Funda en 1906, con Ernest Girault y algunxs otrxs, así como su compañera en ese tiempo Emilie Lamotte una colonia anarco-comunista en St-Germain-en-Laye. Esta colonia durará 2 años, durante los cuáles él continuará dando conferencias por el país.

Varias veces condenado por sus opiniones y escritos. En 1907, su folleto "El Ídolo patria y sus consecuencias" publicado por Benoît Broutchoux le vale 15 meses de prisión por "Instigar a los militares a la desobediencia". Pero obtiene la libertad condicional unos meses más tarde a causa de enfermedad.

En 1908, tras la muerte de Libertad, reanuda la dirección de "L'Anarchie". En 1911, deja la dirección de este periódico a Rirette Maîtrejean. El 1 de diciembre de 1911, edita la revista "L'Idée Libre".

En enero de 1915, es detenido por injurias y difamaciones hacia el ejército, por lo que se le prohíbe la estancia en París durante 4 años. Se instala entonces en Lyon y más tarde en Saint Etienne donde reanuda la publicación de "L'Idée Libre" en 1917.

En los años veinte, favorable a la revolución bolchevique, se aleja del movimiento anarquista. Participa con Manuel

Devaldes en "Réveil de l'Esclave" (Despertar del Esclavo) (1920-25) pero centra su lucha en el anticlericalismo con la publicación de distintos periódicos: "L'Antireligieux" (1921-25), "L'Action Antireligieuse" (1925), "La Libre Pensée" (1928); "La Calotte" (1930).

Participa en 1921 en la Federación de los Libres Pensadores, donde será un infatigable orador. En los años treinta, colabora en la Enciclopedia Anarquista de Sébastien Faure.

En 1958, será nombrado Presidente de la Federación Nacional de los Librepensadores, más tarde Vicepresidente de la Unión mundial.

Es el autor de numerosas obras: "Le mensonge électoral" (la mentira electoral) (1908); "Chez les loups" (1922); "Méditations et souvenirs d'un prisonnier" (Meditaciones y recuerdos de un preso) (1922); "Histoire de ma vie et de mes idées" (Historia de mi vida y mis ideas) (1939); "Histoire populaire du socialisme mondial" (Historia popular del socialismo mundial) (1945); entre otras...

Muere el 11 de marzo 1963 en Herblay